

ESCRIBIRÁS EN EL DESIERTO

Miki

En 1987 cursé el último año de la carrera *Ciencias de la Educación*, en la *Universidad del Centro*, Tandil. La tesis que había planeado para acreditar la licenciatura tenía por objetivo la creación de los espacios educativos públicos en mi pequeña ciudad de San Carlos, fundada en 1878. Dentro del material acopiado, un nombre de mujer alcanzaba la categoría de mito en la comunidad educativa. A la pregunta: *¿quién fue la primera maestra del San Carlos?*, invariablemente la respuesta era: *Casimira Barroso*. Ningún entrevistado dijo: *Giole Maranesi*.

En aquella época, la producción investigativa del pueblo era tan limitada que todas las consultas sobre el pasado, en formato libro, pasaban exclusivamente por la publicación de Álvaro Martínez, cuya primera edición data de 1939 y divide la historia de *San Carlos* en tres bloques: *Historia Vieja*, *La Fundación* y *Aquellos primeros días*. Por supuesto, existían otras fuentes escritas: los libros de actas de la *Sociedad Italiana* fundada en 1881, la *Sociedad Española* de 1882 y los del juzgado de Paz. Además de una importante hemeroteca en el museo *Florentino Ameghino*, con cientos de ejemplares conservados en muy mal estado; expuestos a las lauchas, la humedad y al raterismo bobo de algunos pseudohistoriadores.

Lo sorprendente era que, siendo *San Carlos: Historia Vieja, La Fundación y Aquellos primeros días*, un libro de consulta obligatoria, nadie registrara la presencia de Giole Maranesi como la primera maestra del pueblo. Álvaro Martínez dedica por completo el apartado 2 del capítulo X, perteneciente

al tercer cuerpo del libro —*Aquellos Primeros días*— a las inauguraciones de las escuelas públicas: en 1881 la *Nº 1 para varones* y al año siguiente, en 1882, la *Nº 2 para mujeres*. En el apartado 2, Martínez se detiene con especial interés en la rápida exoneración de Giole Maranesi al cargo de preceptora. Al punto tal que, incorpora en calidad de documento, la carta que Giole envía en su defensa al diario *La Prensa* de Buenos Aires y resulta publicada el 7 de julio de 1882. El libro debe ir por la quinta o sexta edición y el ejemplar que aún conservo es del año '68. No existe biblioteca pública o escolar en San Carlos que no contenga en sus estantes al menos un par de ejemplares. Es difícil pensar cualquier operación de lectura que no se detenga, aún por mera curiosidad, en el apartado 2 del capítulo X.

Álvaro Martínez no toma ninguna distancia epistemológica de su objeto de estudio y a lo largo de las 506 páginas que componen el texto, no se priva de desplegar su ideología conservadora y xenófoba. No obstante, como buen positivista, dejó horas y horas de su vida en el archivo general de la nación y documentó exhaustivamente su trabajo. Lo cual, nobleza obliga, se agradece.

La pregunta que me consumía entonces: ¿Por qué la memoria colectiva había eliminado el nombre de Giole Maranesi instalando en su lugar el de Casimira Barroso como la primera maestra contratada por el Estado para educar las niñas de San Carlos? ¿Qué efectos de poder habían realizado el desplazamiento?

Casimira barroso había iniciado su tarea educadora en 1885. Dos años más tarde, fue nombrada directora de la Escuela Nº 3 en el paraje '*Cabeza del buey*' y tuvo por alumno a un niño que ocuparía la centralidad en el campo literario del pueblo. El niño se llamaba Luis Mallol y en su temprana juventud

fue ácrata y librepensador. Los años y los cambios políticos aplacaron el ardor juvenil. En la década del '30, Mallol se integra al conservadurismo local y queda en la memoria como el poeta del pueblo. No careció de recursos literarios y su poesía inscripta en cierto romanticismo tiene dignidad lírica. Aún hoy; su tumba es de visita obligada en el cementerio de San Carlos.

Mi hipótesis era que el mito de Casimira Barroso estaba construido en función del mito de origen de Luis Mallol. No es casual que una de las cuatros calles que encuadran la plaza, con que homenajearon a Casimira Barroso en 1948 y erigieron un busto, lleve el nombre del poeta. Una calle que da una plaza; un mito que retroalimenta otro mito. Qué menos podía concedérsele a una anegada educadora quien en medio del desierto bárbaro despierta el espíritu literario en el niño que será "el" poeta del pueblo. Tampoco está mal ¿verdad? A nadie se daña con la creación de mitos literarios o educativos. Pero... ¿qué fue de aquella primera maestra que por su comportamiento inmoral obligó a la clausura de la escuela de niñas, según el informe del consejo escolar de San Carlos al ministerio de educación de la provincia?

Treinta años atrás leía la realidad con las categorías de Michel Foucault y Pierre Bourdieu. A mis padres, ambos empleados de comercio, no les interesaba en lo más mínimo mis devaneos intelectuales, la historia de la primera maestra del pueblo y la invención de mitos urbanos. Leían la realidad desde uno de los sueldos que tenían que entregar a cambio de mis estudios universitarios. Por aquel entonces mi hermana menor cursaba el último año de la secundaria y la presión familiar entraba en ebullición. Así que, por economía de tiempo, me vi obligado a cambiar de rumbo y la tesis final giró en torno a las *Prácticas educativas en términos de estrategia* para sumar puntaje en el listado

oficial, que habilita en asamblea pública el acceso a las horas cátedras y cargos docentes: cursos, especializaciones, posgrados; acceso y manejo de la información pertinente, etcétera. Una tesis mediocre con marco teórico en la *Teoría de los campos* de Pierre Bordieu, que realicé rápidamente, fue aprobada con elogios, y la única utilidad que tuvo fue relativizar mi preocupación laboral. Al fin y al cabo, con tesis y todo, tardé un par de años en conseguir un cargo de gabinete despreciado por los psicopedagogos, que no querían embarrar sus vehículos en calamitosos caminos rurales para acceder a una escuela de nivel secundario inmersa en el idiotismo rural.

Al año siguiente de licenciarme, me tomé el trabajo de buscar en la guía telefónica *los Maranesi* de la Ciudad de Buenos Aires. Por aquel entonces, Internet solo existía en las universidades norteamericanas, la *Guía Telefónica* de ENTEL tenía un lomo de quince centímetros y los locutorios eran negocios rentables. Increíblemente, el quinto Maranesi que telefoneé —de los cuarenta y ocho existentes en la guía—, dijo tener información. Se trataba de Eva Ferraro; sobrina nieta de Giole Maranesi. De inmediato conjeturé que tendría más de ochenta años. Me presenté como un licenciado en *Ciencias de la Educación* interesado en escribir sobre la primera maestra de San Carlos, que nadie recordaba.

Se hizo un silencio tan largo que creí interrumpida la comunicación telefónica por fallas del sistema. Pero no fue necesario colgar y volver a discar. Eva se recompuso de la emoción y dijo que me enviaría por correo todos los papeles que conservaba de Giole Maranesi. Ahora el silencio se hizo de parte mía. Un nudo en la garganta me impedía hablar. Cuando retomamos, me enteré que era docente jubilada. Le pedí una entrevista. Me sugirió que,

primero organizara la información y luego, de ser necesario, hablaríamos. A la semana siguiente me llegó una encomienda con remitente: *Eva Ferraro Maranesi de Robles, Sánchez de Loria 440, Capital Federal*. Volví a telefonarle en agradecimiento. Ella dijo que era muy feliz por el sólo hecho de colaborar y reiteró que investigara tranquilo, que se hallaba a mi entera disposición.

Recuerdo que abrí la encomienda con una ansiedad increíble; quería leer todo al mismo tiempo. La caja contenía cinco cuadernos que conformaban el diario personal de Giole, una intensa correspondencia epistolar con un hombre llamado Henri Dubois, textos pedagógicos, reflexiones de su experiencia docente y un grupo de relatos escritos en francés. Por defecto profesional; empecé a leer desde lo más reciente fechado en el tiempo. La letra era firme y precisa. La escritura de Giole se entregó a una primera lectura con amabilidad. Después de lidiar con manuscritos de época —la mayoría de ellos cuasi ilegibles—, fue un placer entrar en su universo como un viajero que disfruta del paisaje.

Clasifiqué temporalmente el material, trabajé la intertextualidad y establecí tres núcleos paralelos a partir del diario personal, la correspondencia con Henri Dubois y el grupo de relatos. Afortunadamente en la facultad había optado por cursar los dos niveles de francés en detrimento del inglés y el italiano y estaba en condiciones de traducir fluidamente al castellano. Las conexiones entre los núcleos creaban una visión que cerró totalmente cuando descubrí que los relatos no eran autónomos, sino que las acciones se concatenaban de modo tal que constituían un solo relato. Obvio; se trataba de una novela.

Volví a releer la correspondencia epistolar, que iba de 1883 a 1925. Treinta y dos años de intercambio; sesenta y ocho cartas. La última con el remitente de Mirelle Dubois confirmando el deceso de su padre. En los primeros intercambios, Henri Dubois elogia y estimula la actividad literaria de Giole. Más adelante, en una carta fechada en febrero de 1891, Dubois le comenta que hay un editor interesado en publicar los relatos por entregas y sugiere correcciones de estilo. En la correspondencia subsiguiente y hasta la interrupción epistolar, son recurrentes los comentarios de los relatos, pero ninguna confirmación de que hayan sido publicados en Francia o aquí, en Argentina. Me tomé el trabajo de traducirlos y tuve ante mí la experiencia total de Giole Maranesi como la primera maestra de mi pueblo. Confronté los relatos con el diario personal, que Giole clausuró para siempre en aquellos primeros días de 1882, y sentí que tenía un verdadero tesoro en mis manos.

Inmediatamente llamé a Tomás Landívar; por aquel entonces profesor de estadística en la *Universidad del Centro* y referente de la *Red de Editoriales Universitarias*. Le comenté que tenía un material único. Quedamos en encontrarnos a mitad de la semana siguiente. Tomé *El Rápido* y viajé a Tandil. Landívar se sorprendió con el hallazgo y prometió movilizarlo en la editorial. Pero antes tenía que obtener el consentimiento firmado por Eva Ferraro Maranesi de Robles.

Intenté comunicarme con Eva, una y otra vez, infructuosamente. Nadie respondió. Viajé un sábado en tren a Buenos Aires. En constitución tomé un taxi que me llevó a *Sánchez de Loria 440* y se detuvo junto a un cartel de chapa clavado al tronco de un plátano: *Inmobiliaria San Julián*. La casa estaba cerrada y en venta. Recién ahí caí en cuenta que había transcurrido ocho

meses desde mi primer contacto con los papeles de Giole Maranesi. Un vecino me informó que hallaron el cadáver de Eva Ferraro en avanzado estado de descomposición y que la propiedad había sido puesta en venta por los familiares de la anciana. Almorcé en una fonda de Constitución y a las seis de la tarde emprendí el regreso a San Carlos en una formación del *Ferrocarril Roca*.

Un año más tarde, Tomás Landivar me informó que la facultad se comprometía a conservar la correspondencia epistolar y el diario personal con carácter de documentos históricos, y que la REUN estaba dispuesta a publicar la producción literaria de Giole Maranesi. Le sugerí respetar las formas de los textos literarios y publicarlos como lo que constituían: una novela. Él había pensado lo mismo, pero con la incorporación intercalada del diario, específicamente los días que Giole registró con lujo de detalles su experiencia de campo en San Carlos. Tomás me encargó la diagramación con las notas a pie de página —que había realizado en mis primeras lecturas— y prometió también acreditar mi nombre en el hallazgo del material. Acepté sin reparos y a mediados de 1989 envíe el primer borrador a la editorial de la facultad. El país, tan pródigo en noticias catastróficas, se hundió en la hiperinflación y todo quedó, como siempre en estas tierras, hasta nuevo aviso.

M.A.F



ESCRIBIRÁS EN EL DESIERTO

## EL VIAJE

No veía la hora de llegar. Las últimas leguas fueron horribles. Al cabo de dos jornadas y media de viaje una no sabe cómo sentarse sin perder la dignidad femenina. Y pensar que la primera etapa, de Buenos Aires a Cañuelas,<sup>1</sup> fue tan maravillosa y reveladora que contrasta con mi actual incomodidad y mal humor. Estado de ánimo que deberé doblegar para emprender la trascendental misión que me ha sido encomendada y da sentido a mi existencia en este páramo. Mañana, luego de descansar, recuperaré el entusiasmo que me hizo latir con fuerza el corazón al momento de internarme en esa increíble pradera, que se abre infinita en los ojos y nos hace sentir que lo absoluto es sólo cielo y tierra en el reino del aire.

En Cañuelas cambiaron los caballos y abordaron el coche dos pasajeros: John Caldwell, un estanciero inglés que tiene sus campos en Quillauquén, y Henri Dubois, ciudadano francés, empleado de la *Compagnie des chemins de fer de L'Est*, empresa de capitales franceses con intenciones de invertir en el país. Las presentaciones se extendieron más allá de lo normal debido a los giros lingüísticos que entorpecían la comunicación; pero que al final resultaron tan divertidos que hicieron entretenido el viaje hasta 25 de

---

<sup>1</sup> Tengo documentación que confirma que "La Constante del 25", empresa de Juan Negri y Cia. conformada por 6 galeras y 410 caballos, cubría regularmente la ruta Buenos Aires-Luján-Chivilcoy-San Carlos-Guaminí-Carhué. Existía por la época otra empresa también llamada "La Constante" de Eratchu y Flores, compuesta por 6 diligencias y 310 diez caballos que unía Lobos- Saladillo-Alvear y San Carlos, pero no encontré documentación alguna que certificara la existencia de la ruta: Buenos Aires-Cañuelas-25 de Mayo-San Carlos en 1882.

Mayo, donde pernoctamos para continuar, al día siguiente, rumbo a San Carlos.

Al despuntar el alba nos pusimos en movimiento. Aún arrastraba el cansancio del viaje en todo el cuerpo, como si no hubiese pegado un ojo en toda la noche, a pesar de haber ingresado ni bien me desplomé en la cama en un sueño tan profundo y oscuro que aún no logro recordar. El sol brillaba a pleno en un cielo vacío de nubes y antes del mediodía comenzó a apretar el calor. Sin poder acomodarme a los movimientos cada vez más bruscos de carruaje, me dediqué por completo a batir el abanico. Monsieur Dubois, sentado a mi derecha, para retomar la conversación, que se había interrumpido hacía un par de horas, preguntó cuál era mi destino final. Pensé que bromeaba y, no sé si por la incomodidad persistente o por algún motivo que desconozco, contesté con una ironía:

*Vaya pregunta... sólo Dios lo sabe.*

A través de la ventanilla observé la pareja de ñandúes, que al paso quejumbroso de la galera emprendió una veloz corrida campo adentro. Monsieur Dubois hizo caso omiso a la ironía y con una sonrisa displicente rectificó que se refería a mi destino inmediato.

*San Carlos*, le respondí.

En ese preciso momento, sobre los médanos, se recortó la figura del jinete. Era el primer hombre que veíamos desde que abandonáramos la posta de *Loncagüe*.<sup>2</sup> Mr. Caldwell extrajo del baúl el pequeño largavista y lo enfocó. Monsieur Dubois estiró el cuello para observarlo.

---

<sup>2</sup> Otro dato que genera incerteza sobre la ruta por la cual Giole Maranesi llegó a San Carlos. No pude dar con ninguna posta, que se levantaban tres leguas unas de las otras para el recambio de los caballos, con el nombre de Loncagüe. Existió sí un fortín llamado Loncagüe, pero en la línea que constituía la frontera Sur, al sudoeste de 9 de Julio, distante unas treinta leguas de 25 de Mayo. Es improbable que se refiera a dicho fortín.

*Indien*, susurró.

Sin dejar de abanicarme, porque sentía cada vez más calor, pregunté si nos atacarían. Mr. Caldwell abandonó el silencio que mantuviera en las últimas horas de viaje y, sin dejar de observar al jinete, comentó que era extraño; que no solían exponerse a plena luz del día. Desde el pescante, el cochero azuzó los caballos y el golpeteo de los cascos se tornó frenético. La presencia del jinete, que se irguió sobre la grupa, incrementó la inquietud. Una sensación de incertidumbre me invadió sin que pudiera reconocerla; hasta que advertí la inmovilidad del abanico en mi mano derecha y supe que tenía miedo. Nos habían asegurado que viajábamos detrás de la segunda línea de fortines y no sé en qué momento lo habré pronunciado en voz alta, porque Mr. Caldwell, entrecerrando los ojos, me preguntó:

*¿Qué más le informaron acerca de la frontera señorita Maranesi?*

El cochero abandonó la huella para evitar los pajonales que se alzaban a la vera del camino y la galera se estremeció al correr campo traviesa. A través de la ventanilla, el jinete parecía desplazarse hacia atrás y su figura empequeñeció a medida que nos alejamos.

*Nos vigilan*, sentenció monsieur Dubois y una vez más insistí que deberían estar del otro lado de la línea de fortines. Mr. Caldwell sostuvo que no era tan sencillo; que nos encontrábamos a mitad de camino entre el fortín *Rifle* y el *Quenehuín*, en la línea de frontera Oeste, y que la distancia entre estos dos emplazamientos no era menor a seis leguas. Sin perder la calma y con total naturalidad encendió un cigarro y arrojó la cerilla fuera del carruaje. Dejó escapar con placer unas volutas de humo blanquecino, entornó los párpados y

comentó que desde el encontronazo en *San Carlos*<sup>3</sup> los salvajes variaron de táctica y no organizan grandes malones como antaño, salvo raras excepciones. Ahora prefieren moverse en pequeñas partidas de quince a veinte guerreros al mando de un capitanejo.

*¿Y cómo cruzan con tanta facilidad la línea de frontera?*

*Aprovechan los pajonales, las noches sin luna, o las nieblas que suelen levantarse al amanecer,* me respondió.

La galera retomó la huella y volvió a su marcha normal

*¿No hay modo de controlarlos?,* intervino monsieur Dubois.

*Se desplazan a gran velocidad, tienen caballos excelentes, y cuando se abren en abanico emiten tenues silbidos para comunicarse. ¿Usted alguna vez los enfrentó?*

Monsieur Dubois negó con un leve movimiento de cabeza.

*Son verdaderamente temerarios, astutos, muy inteligentes. Se termina admirándolos. Es fascinante que la naturaleza haya creados seres tan excepcionales,* agregó, y no pude contener la indignación

*¡Son salvajes!*

Mr. Caldwell arrojó por la ventanilla la cola del cigarro y apoyó las manos sobre la empuñadura del bastón.

*Estuve en el malón de Azul<sup>4</sup> en el '76. Cuatro mil lanzas al mando*

---

<sup>3</sup> Refiere a la batalla de San Carlos, 8 de marzo de 1872, en la que se enfrentaron las fuerzas de Calfulcurá y las tropas del ejército argentino comandadas por el general Ignacio Rivas, apoyadas por los guerreros de Catriel, en las cercanías del Fortín San Carlos, que le da el primer nombre al pueblo. Hay controversias respecto a la categoría de "batalla", eso tal vez explica que Caldwell denomine al enfrentamiento como "encontronazo". Se dice que Calfulcurá envió a una pequeña partida de sus guerreros para realizar una maniobra de distracción, entregó 70.000 reses de las 150.000 que arriaba y siguió con el resto rumbo a Salinas Grandes, su cuartel general.

<sup>4</sup> El Malón de Azul, fue un jalón en una serie de malones que asolaron además de Azul, Tandil Olavarría, Juárez, Tapalqué, Tres Arroyos y Alvear. Estuvo encabezado por Namuncurá (hijo de Calfulcurá), Pincén y Catriel, el mismo que combatió contra las fuerzas de Calfulcurá en 1872 en San Carlos.

*Namuncurá, más mil lanzas de Catriel que se le unieron en Sierra Chica. Cuando cargaron sobre la campaña la tierra temblaba. Se llevaron trescientas mil cabezas de ganado, cuatrocientos yeguarizos y quinientos cautivos. Perecieron más de trescientas almas y quedaron ardiendo todos los ranchos. Sentí el aliento del indio en mi rostro, el olor a potro, el alarido infernal... señorita Maranesi.*

*¡Son bárbaros, inadaptados! La civilización se impondrá sobre ellos.*

*Error preceptora. Usted sin su bendita civilización no sobreviviría ni quince días en el desierto. ¿Leyó On the Origin of Species?*<sup>5</sup>

Henri Dubois carraspeó y me miró de soslayo. Sin lugar a dudas el malestar que sentía ante las ideas de Mr. Cadwell se patentaba en mi expresión.

*No deseo disentir con usted, pero creo que la ciencia y la técnica, o lo que la señorita Manaresi prefiere llamar civilización, si mal no creo entender, juegan de nuestro lado,* sostuvo Dubois en un tono conciliatorio.

Mr. Caldwell sin abandonar su petulante postura le respondió:

*La ciencia y la técnica acabarán con el hombre, destruirán sus energías vitales. La existencia será vana, anodina.*

*Es inevitable, mal que le pese Mr. Caldwell, el progreso abatirá la barbarie. Monsieur Dubois... usted... nosotros... somos la civilización en pleno movimiento,* intervine en actitud un tanto más controlada y él dejó escapar la estentórea carcajada. Ahora se reía de mí.

*Nosotros somos los bárbaros en el más estricto sentido del término,*

---

<sup>5</sup> El Origen de las especies, Charles Darwin, publicado en 1859. La hipótesis de "evolución de las especies" produjo un sisma en el ámbito de las ciencias naturales y acorraló la teoría creacionista defendida por la iglesia católica.

buscó aleccionarme.

Monsieur Dubois enarcó las cejas e intentó solidarizarse con mi posición:

*¿Bromea usted, Mr. Caldwell?*

La galera desaceleró la marcha y se detuvo junto a la aguada. Dentro del carruaje se oía el resoplar de los caballos y el golpeteo apagado de los cascos sobre la greda.

*Los Romanos llamaban bárbaros a quienes vivían allende a las fronteras del Imperio, a los extranjeros más precisamente. Bárbaro fue Hernán Cortés en Tenochtitlan, Francisco Pizarro en el Cuzco. Usted y yo somos bárbaros en estas tierras. ¿O acaso cree que vinimos a traer el progreso o la civilización, como prefiere la señorita Maranesí?*

A través de la ventanilla alcancé a ver el cuerpo del cochero descolgarse del pescante rifle en mano.

*Con sinceridad; creo que sí Mr. Caldwell,* afirmó Dubois. *Nunca la humanidad ha producido tantos logros materiales en tan corto tiempo. Este es un país promisorio; usted será testigo de su espectacular crecimiento.*

*Este país que comienza nunca progresará en el sentido que usted lo predice.*

*¿Que lo lleva a tal afirmación?*

*Sus propias palabras: la civilización juega de nuestro lado.*

El cochero nos observó con curiosidad. Mostró unos dientes amarronados y el aliento a tabaco masticado me obligó a arrugar la nariz.

*Vamos a descansar la caballada y continuamos. Estamos a dos leguas de San Carlos,* afirmó.

Mr. Cadwell calzó la punta de la bota en el estribo e hizo pie en tierra. Se

sacudió las solapas del saco y luego procedió a quitar el polvo depositado en el sombrero. Alzó la vista y siguió por unos instantes la pareja de chajás, que a gran altitud planeaba en círculos.

*Sabrá disculparme, pero su pedantería me provoca un profundo desagrado*, alargué en un tono seco de voz al bajar del carruaje con la gentil ayuda de monsieur Dubois.

Mr. Caldwell me miró con un dejo de conmiseración.

*Sigue usted confundiendo los términos*, deslizó, *no es pedantería, es escepticismo preceptora; escepticismo*.



10 de febrero de 1882.<sup>6</sup>

*Cuando se reanudó el viaje decidí guardar silencio. Estaba profundamente indignada por la actitud de Mr. Caldwell. La suficiencia con la que se dirigió tanto al señor Dubois como a mí, es altamente reprobable en cualquier persona educada. Espero en el futuro tener la fortuna de no entablar por mero accidente una plática como la que sostuvimos durante este agotador viaje. Por contrapartida, el señor Dubois, hizo gala de una verdadera caballerosidad. Me causó gracia la preocupación que exhibía por sus instrumentos. Por suerte va a permanecer en San Carlos, según sus propias estimaciones, hasta el mes de mayo, para cuando finalice los estudios de toponimia. También me alegró que Mr. Caldwell prosiguiera viaje tres leguas al sur del fortín Vigilancia. Por comentarios que le realizara a Dubois, tiene su estancia en Quillalauquen.*

*San Carlos es un oasis de civilización en medio del desierto bárbaro. A medida que me internaba en la pampa salvaje, me daba la sensación de quedar atrapada en las páginas de El Facundo.<sup>7</sup> El desierto es fascinante. La tierra parece no tener fin. El aire es liviano y el cielo extraordinariamente azul. El sol cae al oeste con lentitud en el ocaso. La llanura torna de un verde apagado a un rojizo fugaz, y el sol en esas instancias es una pequeña esfera*

---

<sup>6</sup> Diario personal de Giole Maranessi.

<sup>7</sup> Civilización - Barbarie, vida de Juan Facundo Quiroga, Domingo Faustino Sarmiento, 1845. Libro ineludible no sólo en el ámbito de las ciencias políticas sino también en el ámbito de la literatura argentina, por el gran estilo narrativo de Sarmiento. La dicotomía civilización-barbarie, definiendo a la civilización como lo culto, lo blanco, lo europeo, lo emprendedor, enfrentado a la barbarie, en representación del atraso: el indio, el negro, el gaucho, la rémora colonial, que impedía el desarrollo de las fuerzas del progreso, fue la gran operación intelectual que, entre otras acciones, legitimó moralmente la violenta expansión territorial al "desierto" sobre los pueblos originarios, expulsados de las tierras que ocupaban.

*incandescente que podemos sostener en la palma de la mano, si la extendemos hacia el horizonte. Luego las sombras lo cubren todo y la noche se siembra de estrellas. Logro entonces comprender como Aristóteles pudo concebir la corteza terrestre fija y el cielo una bóveda celeste. Y si alguna duda acechó en mí acerca de la existencia de Dios, en algún momento de efímera debilidad, estas contemplaciones desalojan toda inquietud al respecto, y reafirman los atributos descriptos por Descartes. Mi finitud, esta frágil existencia mía, no pueden ser sino, copartícipes de la infinitud y eternidad del creador.*

*El juez de Paz y el señor intendente<sup>8</sup> nos recibieron frente a la plaza, junto a dos raquítricos ñandubay,<sup>9</sup> que parecen no resistir los embates del viento y el polvo. Mi primera impresión de San Carlos es agradable, pese a la modestia de sus edificaciones. Mientras disfrutábamos del té con que nos agasajaron, el intendente comentó, con orgullo mal disimulado, que el trazado pertenecía al agrimensor Rafael Hernández, hermano de quien escribiera el Martín Fierro.<sup>10</sup> Acotación, esta última, que puso de mal humor al señor juez de Paz.*

*San Carlos es una de las tantas cunas de futuro que se mecen en el desierto, es el aliento civilizador que avanza imperturbable frente a la barbarie y el salvajismo. Llegará a ser, dentro de no muchos años, una ciudad importante. Hoy por hoy, es apenas un caserío habitado por trescientas cincuenta y ocho*

---

<sup>8</sup> En 1882 en San Carlos existía la intendencia pero no existía la figura de intendente, sino la de comisionado municipal. Giole Maranesi utiliza siempre el término intendente para referirse al jefe de gobierno municipal.

<sup>9</sup> Un edicto municipal de 1880 promueve la plantación del ñandubay con la intención de obtener madera dura para postes. En la actualidad no existen ejemplares de ñandubay en San Carlos, al menos en mi conocimiento. No he podido hallar, en zona urbana y rural, un solo ejemplar.

<sup>10</sup> El gaucho Martín Fierro, José Hernández, 1872. Otro imprescindible de la literatura argentina. Instalado como "el poema" nacional, narra en la primer parte, y en la figura de Fierro, todas las injusticias sufridas por el gaucho en tensión con la ley. El final de la primer parte, con la decisión de Fierro y el Sargento Cruz de abandonar la sociedad a la que pertenecen para vivir con los indios es excepcional por la "otredad". El éxito de ventas del poema en una población de poco más de un millón, en la que el analfabetismo trepaba hasta el 90 % , sacude a Hernández y cree ver en el Martín Fierro una herramienta pedagógica-moralizadora que caracteriza y arruina la segunda parte del poema.

*almas en el ejido urbano; pero si tomamos en cuenta que su fundación data de apenas cuatro años ¿qué duda cabe de su brillante porvenir?*

*Estoy agotada físicamente, pero feliz. La casa que me asignaron cuenta con un amplio salón y diez pupitres, donde se sentarán las dieciséis niñas. Releo los nombres en la lista que me cediera el juez de Paz y no puedo evitar imaginar los tiernos rostros y la ansiedad que les debe provocar el inicio de las actividades escolares. Imagino la sed provocada por el deseo de saber, el asombro en los ojos inocentes cuando lean El Matadero<sup>11</sup>, la alegría de los padres cuando deletreen en los silabarios, la emoción en los cuerpecitos al izar la insignia patria y entonar estrofas del himno nacional.*

*La casa cuenta también, con una cocina y dos dormitorios. Según el señor intendente, es una de las diecinueve, de las sesenta y cinco construcciones que conforman San Carlos, asentada en ladrillos, lo que constituye todo un privilegio en estos parajes. Ante la curiosidad del monsieur Dubois al respecto, el señor juez de Paz relató la procedencia de los materiales con los cuales se construyeron las primeras edificaciones. Al parecer, desmantelaron un emplazamiento urbano denominado "La Verde", ubicado a unas catorce leguas rumbo al este, que el gobierno le cediera a los indios en una de las tantas negociaciones llevadas a cabo, más precisamente con una tribu de un tal cacique Raninqueo<sup>12</sup>. Pero como se sabe, los bárbaros aceptan*

---

<sup>11</sup> El Matadero, Esteban Echeverría, escrito en 1840, publicado en 1871 en La Revista del Río de la Plata, Bs. As. Presenta por primera vez en la literatura argentina de forma impactante la cuestión del "otro", la división indisoluble de lo "alto" y lo "bajo", de la Civilización y la barbarie. La escena en que los bárbaros asesinan al joven unitario y disfrutan de la crueldad, expresa el racismo de la famosa "generación del 37", y tal vez el primer cuento de terror de la literatura argentina.

<sup>12</sup> Raninqueo, 1816-1884. Hay controversias acerca de separación de Raninqueo de la tribu de Coliqueo (los Toldos, actualmente municipio de General Viamonte) y la concesión de tierras cercanas a actual poblado de Del Valle (25 de Mayo). Una hipótesis sostiene que la división se produjo por diferencias entre Coliqueo y Raninqueo, la segunda hipótesis sostiene que la división fue promovida desde Buenos Aires por temor al levantamiento de una tribu muy numerosa. Lo cierto es que un capitanejo llamado

*algunos ofrecimientos de la civilización de acuerdo a sus intereses siempre mezquinos. Estas concesiones son inútiles, porque la naturaleza salvaje puede más y vuelven a las andadas, a maloquear, a robar, y destruir todo lo que encuentran a su paso. La segunda desazón del día, siendo la primera la discusión con Mr. Caldwell, la tuve al desempacar el equipaje.*

*Mis bellos libros de delicada encuadernación se hallaban cubiertos del polvo del camino. Didáctica Magna<sup>13</sup> había desaparecido bajo una lámina blanquecina. El Canto del Cisne<sup>14</sup> estaba sólo cubierto por el polvillo, al igual que El Matadero, El Facundo, y Las Bases<sup>15</sup>, en sus cantos. La contratapa de Pedagogía General<sup>16</sup> se hallaba en las mismas condiciones que mi querido Comenio. Por lo que me dediqué a retirar cuidadosamente la suciedad adherida.*

*Cuando logré poner en orden mis pertenencias cerró la noche. En ese instante se me hizo presente la recomendación del señor juez de Paz y procedí a apagar las velas. Me tiré sobre el camastro y dejé flotar mis pensamientos. ¡Qué lejos me hallaba de la bulliciosa Buenos Aires! ¡Qué lejos de los figurines de Kitty Bell y Flora Campbell y los tapados que Mr. Worth firmaba como un puntillista! Un aire fresco se cuela por la ventana trayéndome una melodía de grillos, y considero que la vida es de por más bella si Dios nos alumbra, como a mí, en esta misión civilizadora. Y no puedo menos que sentir piedad por los espíritus oscuros y errantes como el de Mr. Caldwell.*

---

Tripalao secuestró al lonco Raninqueo, arrasó La Verde y unió la tribu a la confederación indígena que dirigía Calfulcurá en Salinas Grandes.

<sup>13</sup> Didáctica Magna, de Juan Amos Comenio, publicado en 1630. Se considera a la Didáctica Magna el primer tratado de pedagogía de la modernidad

<sup>14</sup> El canto del cisne, 1825, último libro del pedagogo Alemán Johann Heinrich Pestalozzi.

<sup>15</sup> Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina, 1852, Juan Bautista Alberdi, integrante de la llamada "generación del '37".

<sup>16</sup> Pedagogía general de la educación, 1806, Johann Friedrich Herbart, filósofo neokantiano, su "Pedagogía General" es, como Didáctica Magna, un clásico en el mapa de lecturas docente.

## EL PUEBLO

Ignoré el cansancio acumulado y antes del alba me levanté a contemplar mi primer amanecer en San Carlos. No hacía frío. El aire apenas se movía. Las sombras se replegaron sigilosas ante el avance imperturbable de la claridad y los contornos del caserío adquirieron formas definidas. Sobre el esquinero de la alambrada el gallo sacudió la cresta y estiró el cuello hacia el lucero, que aún parpadeaba en el azul impreciso del cielo. El canto gutural del ave encontró rápidas respuestas que se multiplicaron a lo largo y a lo ancho del pueblo. El sol comenzó a trepar el horizonte en el este y me dispuse a desayunar. Tomé una galleta de la alacena y la deposité sobre la mesa. Junto a la cocina a leña se apilaban los tronquillos de cardo que no tardaron en encenderse y arder. La tetera silbó y serví la taza hasta la mitad. A las ocho treinta oí los golpes secos sobre la madera de la puerta y abandoné la lectura a la que estaba abocada para atender el llamado.

*Buenos días*, saludó el hombre de traje negro y se quitó el sombrero aferrándolo de la copa. *Manuel Ortiz, presidente del Consejo Escolar de San Carlos, a su entera disposición*, concluyó inclinándose ante mí. A su lado, la mujer lucía un vestido caqui y un sombrero al tono. *Consuelo Llanos de Ortiz*, se presentó con una sonrisa amable. *Adelante*, les ofrecí, luego de estrecharles cordialmente la mano.

En la calle, la carreta tirada por cuatro caballos se detuvo frente al

almacén de ramos generales. Los hombres que la conducían se descolgaron del pescante y comenzaron a retirar las lonas que cubrían las cargas. Cerré la puerta, conduje los visitantes a la cocina y les ofrecí una taza de té. Manuel Ortiz bebió un sorbo, elogió el sabor con un leve movimiento de cabeza y desplegó el cuaderno de tapas duras

*La dirección de escuelas, por intermedio de don Pedro Achával, nos suministró: "treinta tinteros, una pizarra mural, un mapa de la provincia, un mapa de definiciones geográficas, un termómetro, una regla métrica, un compás de madera, dos escuadras, cincuenta pizarras de mano, tres cajas de tiza, tres cajas de lápices, cuarenta libros de lectura, cien silabarios, un mapa de América del Sud, diez litros de tinta, cincuenta plumas, y setenta cuadernos cuadriculados de veinte hojas", detalló.*

Seguí tan extasiada la enumeración que me quedé sin palabras. La emoción me oprimía el pecho y tuve que contener un par de lágrimas. Por suerte Consuelo Llanos me sacó del trance:

*¿Les fue difícil el viaje?, ¿tuvieron algún inconveniente?*

*Avistamos un indio. En principio nos inquietamos, pero Mr. Caldwell que viajaba con nosotros nos tranquilizó. Parece haber estudiado las costumbres de los salvajes. ¿Usted lo conoce a Mr. Caldwell don Ortiz?*

El presidente del Consejo Escolar buscó los ojos de Consuelo Llanos.

*Sí claro, el "Inglés" es muy mentado en el pago. Su estancia es muy importante. Se comenta que tiene más de treinta mil cabezas de ganado, para el lado de Quillalauquen. Además de ser propietario de saladeros en Cañuelas, se dice que tiene negocios en el puerto de Buenos Aires, y que una vez por año viaja a Manchester, aseguró Ortiz.*

*Y conoce bien a los indios porque es amigo de ellos,* añadió Consuelo, *no hay un sólo cristiano en su estancia, son todos pampas,* concluyó con un gesto de repulsión en el rostro regordete.

*Es un hombre extraño... dejé correr.*

*Es un hombre callado, diría yo... las malas lenguas dicen que tiene negocios no santos con los indios,* agregó Manuel Ortiz y se alisó los bigotes.

*¿Qué son negocios no santos?, pregunté.*

El presidente del Consejo Escolar carraspeó incómodo y dio un pequeño rodeo antes de responder.

*Hay quien dice que les vende aguardiente, tabaco, yerba, y algunas armas. Bueno, eso hay quien dice.*

*¿Y con qué le pagan los bárbaros?*

*Con plumas de ñandú, ajuares de plata labrada, tejidos, esas cosas...,* confirmó Consuelo Llanos.

*¿Y cómo trabajan la plata?, pregunté; esta vez intrigada.*

*Los indios tienen en sus tolderías orfebres exquisitos. Usted debería ver las joyas que labran para los ajuares de las mujeres,* aseguró Consuelo con un dejo de admiración.

Depositó la taza del té sobre la mesa y no pude evitar mirarla con desconfianza.

*No debe preocuparse, los indios ya no constituyen una amenaza. Después de la batalla de San Carlos y la muerte de Calfulcurá, el ejército ha tomado la iniciativa y los está empujando hacia la Patagonia. Indios alzados... casi ni quedan,* intervino Manuel Ortiz tratando de aventar mis dudas, sin comprender la auténtica dirección de las mismas.

*Dicen que el funeral de Calfulcurá fue extraordinario, comentó Consuelo, lo sepultaron en Pichí Carhué con doscientos caballos, cien de sus esposas, la legendaria piedra azul y la tacuara empenachada para que lo acompañaran al más allá.*

*¿Vivas las enterraron?*

Y sí, afirmó con naturalidad Ortiz.

*¡Bestias!, exclamé enardecida. ¿Qué culpa tenían esas benditas mujeres que ese miserable haya decidido morirse?*

Consuelo Llanos comenzó a abanicarse visiblemente nerviosa.

*¿Benditas mujeres dijo usted preceptora?,* deslizó Manuel Ortiz un tanto desconcertado. En el exacto momento en que, a la distancia, se oyó el primer disparo de cañón, seguido de dos estampidos consecutivos.

*¡Los indios!, es el alerta del fortín Reunión,* exclamó Consuelo Llanos y de inmediato llegó la respuesta débil del fortín *San Luis*, con tres disparos de cañón.

Salimos a la calle. La actividad del pueblo se había paralizado. El intendente y el juez de Paz, de pie sobre la cornisa del edificio municipal junto a seis peones, señalaban en dirección sudoeste. Con la ayuda de Manuel Ortiz me encaramé a la carreta estacionada frente al almacén de ramos generales y pude divisar la polvareda, que se extendía como un gigantesco gusano, a legua y media de distancia. El gaucho montado al alazán hizo visera con el rebenque y comentó:

*Pal lao' que va... están cruzando la frontera.*

Monsieur Dubois, de pie sobre el asiento del landó, estiró el telescopio hacia el arreo.



*El indio que avistó ayer era un bombero señorita Maranesi*, comentó Consuelo Llanos con angustia, en un tono delgado de voz.

*Qué raro...*, dejó escapar Manuel Ortiz con un gesto de desconfianza en el rostro. *Ya no maloquean... de seguro que algo con el "Inglés" tiene que ver...*, insinuó.

El 2 de Caballería<sup>17</sup> entró al galope en la calle principal del pueblo y se detuvo frente a la plaza. El caballo del capitán López caracoleó nervioso. Con voz altisonante, el militar preguntó sable en mano:

*¿Sin ataque de los infieles?*

Detrás del capitán, la caballada resoplaba sudorosa e inquieta. Los treinta soldados, sucios y desgredados, blandían amenazantes los remington cortos de caballería. Entre la barba y la mugre era imposible diferenciar las facciones de uno a otro. Sólo se distinguía el sargento por las jinetas coloradas que exhibía en las mangas del desteñido uniforme azul.

*¡Sin novedad!*, le respondió el intendente desde la cornisa.

El capitán López tiró de las riendas y el caballo dio un giro.

*¡Sargento Báez!*, gritó con voz de mando.

*¡A la orden señor!*

*¡Tras la rastrillada!*, ordenó y taloneó el caballo.

*¡Tras la rastrillada!*, repitió el sargento Báez.

El 2 de Caballería salió al galope tendido del pueblo y se transformó en una nubecita de polvo, que no tardó en disolverse tras el fabuloso arreo que atravesaba la frontera.

---

<sup>17</sup> Es improbable la presencia del regimiento 2 de Caballería del ejército argentino. Mi opinión es que se trata de una licencia literaria de Giole, como la escena misma del arreo. En 1880 San Carlos tuvo un Cuerpo de Guardias Nacionales, con un comandante general, un mayor y un instructor creado desde la sociedad civil con funciones militares. Hay registros de desfiles con vecinos vistiendo uniformes militares en 1882.

*Martes 11 de febrero de 1882.*

*Al mediodía almorcé en casa de los Ortiz. De ningún modo podía negarme, aunque otro fuera mi deseo. Don Manuel es uno de los prominentes vecinos de San Carlos. Es propietario de una importante estancia en 14 Jagüeles y, según sus propias palabras, tiene cerca de cuarenta hombres trabajando en distintas tareas rurales. Su fuerte es el ganado ovino. La esquila periódica y otros procedimientos explican el número elevado de peones bajo su mando. A juzgar por el mobiliario, y por la ausencia de decorados en las paredes de la casa, por las prendas que visten y el número exiguo de criados, esta no es lo que se dice una familia con “aspiraciones”. Son gente simple, de costumbres sencillas, como es característico en todos los hombres y mujeres que trabajan la tierra.*

*Las preocupaciones de los Ortiz parecen girar en torno a la educación de los cuatro hijos. Celestino, el mayor de diez años, sabe leer y escribir modestamente. Me mostró con orgullo su cuaderno de tareas, escrito con letras toscas y oraciones espartanas. Mabel es la segunda, tiene nueve años, y también sabe leer y escribir. La letra de su cuaderno es pequeña y apretada, no por eso exenta de cierta elegancia femenina. Es una de las dieciséis niñas que estarán bajo mi custodia. Creo que lo tiene en cuenta y por eso trata de agradarme. Pienso que podría matricularla en segundo grado y, si responde satisfactoriamente a las evaluaciones de rigor, acceder, antes de terminar el ciclo lectivo, sobre todo por la edad, a tercer grado. Eso lo veremos. Le sigue*

*Irma, de cuatro años, que a cada momento pregunta si va a ingresar a la escuela para cuando comiencen las clases. Doña Consuelo se dirige a ella, desde mi criterio pedagógico, con exacerbada ternura: “No mi vida, mi corazón, criatura más hermosa... el otro año puede que usted vaya al colegio”, y me mira con una sonrisa que busca compartir cómplice. Irma se conforma por unos breves instantes y de inmediato vuelve a la carga. “No mi vida, mi tesoro, criatura más preciosa...”, repite Consuelo Llanos y le acaricia la cabellera azabache. Julio Argentino acaba de cumplir dos años, y es el último del linaje. Gatea todo el tiempo por debajo de los muebles, y cuando la madre lo reprende cariñosamente: “No mi vida, mi tesoro, criatura más preciosa...”, corre torpemente hacia el patio y espanta las gallinas. Otra de las preocupaciones evidentes en los Ortiz, es colaborar con el progreso social de San Carlos. Doña Consuelo me comprometió a integrar Las Damas de Beneficencia por lo que, mañana, será mi primer velada social.*

*Exactamente a las doce del mediodía, las criadas: una anciana de tez mate, cabellos grises y andar lento, secundada por una niña de rasgos indígenas, mirada esquiva y andar descalzo, comenzaron a servir el almuerzo. Pregunté por la edad de la pequeña, pero los Ortiz manifestaron desconocerla. Supongo que por la talla debe rondar entre los once y doce años. Doña Consuelo por lo bajo me pidió, para luego del almuerzo, mantener una conversación acerca de ella.*

*Las criadas sirvieron de entrada un caldo de gallina en unas delicadas tazas de cerámica, que los niños bebieron ruidosa y desagradablemente bajo la mirada permisiva de los padres. A continuación, depositaron sobre la mesa un puchero de vaca hervida con verduras y arroz. Bebimos un vino seco y oscuro*

*de buen cuerpo, de procedencia riojana. De postre, las criadas, sirvieron un pastel de maíz pisado con azúcar y almendras. A juzgar por el almuerzo, debo reconocer que los Ortiz demuestran la solvencia económica deglutiendo, y por ende, ciertas aspiraciones de orden gastronómico. A regañadientes fueron obligados los niños a dormir la siesta que se estira, como es costumbre, más allá de las tres de la tarde. Mientras bebíamos el negro café, me advirtieron acerca de la necesidad de por lo menos un criado para las tareas domésticas, que se extienden al cuidado de la huerta, las aves de corral, a la recolección de huevos, y sobre todo de leña, que se restringe a los cardos salvajes y a algunos arbustos espinosos, debido a la escasa vegetación del desierto. Comprendí que elípticamente se referían a Isabel, cuyo nombre se lo habían concedido unos cristianos que la encontraron diez años atrás contemplando los restos humeantes de La Verde, luego de que Tripailao secuestrara al cacique Raninqueo y se uniera en malón bajo el mando de Calfulcurá.*

*Según los Ortiz la niña es muda, pero no sorda. Lo cual me parece extraño. De todos modos no había necesidad de inquietarlos cuando estaba en mí el interés genuino de llevarla. Entre otras cualidades enumeradas, resaltaron la obediencia y la capacidad de trabajo. Les dije que podían empacar sus pertenencias, puesto que no veía inconvenientes, sino por el contrario, una gran ayuda. Los Ortiz se miraron desconcertados y comprendí que la niña era sólo dueña de lo puesto. Traté de subsanar el error pero la embarré más aún, porque cuando solicité un catre prestado, me dijeron que dormía acucillada en cualquier rincón de la casa. La conversación derivó hacia los sucesos del malón, las intrigas acerca de las estancias presumiblemente damnificadas, el número de ganado robado, los cautivos y otros detalles*

*menores; como el aspecto del 2 de Caballería, y languideció con las faltas de lluvia que venían afectando las pasturas. A Las dos y media de la tarde, bajo un sol abrasador, nos despedimos.*

## LA NIÑA

Salimos a la calle. El aire permanecía en una quietud agobiante que aletargaba los sentidos. Me detuve a observar la lagartija que reptó hasta el palenque del almacén y se quedó allí, inmóvil, por unos instantes. El cuello y el lomo verde jade desprendieron brillantes destellos, hasta que el minúsculo lagarto decidió salir de la quietud y reiniciar los movimientos quebrados, para desaparecer entre las pajas bravas que invadían el solar. Detrás de mí, la niña extendió la enigmática mirada a lo largo de la calle desierta. De fondo, los espejos de agua de las lagunas encadenadas<sup>18</sup> devolvían los rayos del sol y herían las pupilas.

*¿Así que la señorita no quiere hablar?*, busqué interpedarla sin obtener respuesta alguna. A cada paso que daba mis pies se hundían en la arena. Penosamente seguí por la calle hasta el edificio de la escuela. La niña caminó a mis espaldas como un cachorro extraviado.

*Espero que reveas esta actitud antisocial que reviste una innegable irreverencia hacia la civilización*, le regañé al abrir la puerta. La niña no se atrevía a entrar. La tomé del hombro y atravesamos juntas el umbral. Dentro del salón deposité la sombrilla sobre uno de los pupitres y me dirigí al modesto escritorio. Saqué una tiza del segundo cajón y con letra precisa escribí en la pizarra mural:

---

<sup>18</sup> Las encadenadas, también llamadas acollaradas, por la forma de collar. Hay registros que eran siete lagunas, en la actualidad sólo queda una llamada "Glorieta del parque".

*"Todo a todos y totalmente".<sup>19</sup>*

*Siéntate*, le ordené señalando el pupitre. La niña se acurrucó en el banco y depositó la mirada en el orificio del tintero. *¿Sabes cuál es el descubrimiento más importante del ser humano? Anda, mírame a los ojos*, le exigí y alzó la vista sin insinuar un mínimo gesto. *¿Es acaso el dominio del fuego?*, pregunté. *Pues no*, me respondí al salir detrás del escritorio para ubicarme junto a la pizarra mural. *¿Es acaso la invención de la rueda?*, volví a preguntar mientras jugueteaba con la tiza. *Pues fíjate que no. La más grande invención del ser humano es la palabra*, concluí; creo que, en un tono de erudición.

Abrí la ventana. Un aire fresco y agradable me golpeó el rostro. Contemplé con desinterés los teros alborotados en la loma y prolongué la mirada más allá del rancho solitario. El desierto se abría en todas las direcciones.

*Te confesaré un secreto, ya que sabes dominar el silencio*, deslicé en un tono cómplice. *Los hombres de ciencia son grandes y pequeños al mismo tiempo. Son gigantes cuando realizan descubrimientos que hacen adelantar la civilización por siglos, pero son liliputienses al concebir la inteligencia femenina. La soberbia, niña, reduce aún a los preclaros, al tamaño de roedores. Jamás esos hombrecitos aceptarán estos audaces pensamientos, máxime viniendo de una modesta preceptora en medio del desierto.*

De pie, en el centro del aula, eché a reír.

*Prefieren creer que todo empezó con moluscos, continuó con reptiles y prosiguió con grandes simios, pero eso es producto de un biologismo pedante que pretende competir con Dios. El Hombre*, afirmé elevando el índice frente

---

<sup>19</sup> "Todo a todos y totalmente", frase de Juan Amos Comenio para expresar el programa pedagógico, Didáctica Magna.

a la mirada ausente de la niña, *estricta-mente es hijo de la palabra, que a su vez es un atributo divino. La palabra oral es la línea que separa a la humanidad de la animalidad. La palabra escrita es la frontera entre la civilización y la barbarie ¿entiendes? Los tuyos nunca tendrán historia niña, sólo serán un recuerdo cada vez más lejano que se irá esfumando lentamente hasta no quedar más que rastros difusos, débiles huellas en la arena que el soplo del tiempo borraré. Los hombres civilizados son amos de la palabra escrita, en ella reside su gran poder; por eso la miman, la preservan, la embellecen. Ella los hace dueño de la historia. Ustedes serán lo que ellos pongan sobre el papel.*

Me incliné junto al pupitre y le concedí una mirada piadosa.

*¿Comprendes porque no puedes rehusar al lenguaje?, ¿Entiendes que si quieres ayudar a tu gente debes dominar la palabra escrita? ¡Habla!, ¡díce!, ¡escribe! De lo contrario no tendrás pasado ni futuro, sólo este triste presente perecedero.*

La niña me contempló en silencio. Me aproximé lentamente y le acaricié los desgreñados cabellos. *¿Sabes?*, murmuré con un dejo de tristeza mientras contemplaba el azul del cielo a través de la ventana. *Creo que todo comenzó con un breve chasquido en los labios, cuando aún no corríamos tras los alimentos y nos protegíamos de las fieras y de las tormentas en las copas de los árboles, como les gusta decir a los biólogos.<sup>20</sup> Creo que todo comenzó con un silbido apagado, un sonido fugaz, una vibración en el aire que todos comprendieron. Luego un dibujo en la piedra, más tarde un símbolo tallado en la arcilla y, finalmente, una combinación inagotable de signos agotables: alfa, beta, delta, y Dios allí dictaba las palabras.*

---

<sup>20</sup> ¿Se refiere a los defensores de la selección natural?



Por primera vez me confrontó con la mirada. No había en sus ojos, ni en su expresión, algún tipo de sentimiento que pudiera identificarse como bueno o malo.

*Todos tenemos derecho a la salvación. Tienes suerte, aquí te salvarás. Este es un taller de humanidad, como todas las escuelas, pero hay que trabajar duro, busqué convencerla y regresé al escritorio. Tomé el libro y dejé correr las páginas hasta que hallé el fragmento que buscaba: “Quede, pues, sentado que a todos los que nacieron hombres les es precisa la enseñanza, porque es necesario que sean hombres, no bestias feroces, no brutos, no troncos inertes. De lo que se deduce que tanto sobresaldrá cada uno a los demás cuánto más instruido esté sobre ellos. Acabe el sabio este capítulo: El que no aprecia la sabiduría y la disciplina es un mísero; su esperanza será vana, sus trabajos infructuosos y sus obras inútiles”, Juan Amos Comenio, Didáctica Magna.*

Cerré el libro y me quedé, por unos instantes, pensativa. Luego fui al dormitorio y regresé con un par de botines de montar.

*Pruébatelos, le dije al cerrar la ventana. La niña procedió a calzárselos con dificultad pese a que le iban grandes. Luego iremos a la peluquería y te recortarás el cabello. Tenemos que comprar una cama que pagarás con tu propio dinero. Para eso te concederé el tres por ciento de mi sueldo. Te sentarás a la mesa y compartirás mi comida. Ya lo verás; seremos felices aquí. Ahora descansemos, ven.*

La niña me siguió hasta la habitación. Plegué la colcha y la deposité en el suelo, junto a la cama.

*Acuéstate aquí, le ordené.*

La niña ingresó al cuarto y prefirió acucillarse. No insistí; me quité el

vestido y me tendí en la cama boca arriba. En esa posición bajé los párpados y me dormí. Súbitamente desperté con el rostro bañado en transpiración. *Tuve un sueño horrible... y era feliz*, murmuré acongojada. Al girar la cabeza tuve en mis ojos los ojos intensamente negros de la niña, acucillada en el rincón más oscuro de la habitación.

*Vístete, vamos a la peluquería*, le ordené.

## II

A media tarde el calor sofocaba. El encargado del almacén de ramos generales abrió las ventanas de par en par. Cruzamos rápido la calle con Isabel. Dos hombres en mangas de camisa sacaron el coche de paseo tirando de las varas; nos observaron pasar y volvieron a entrar al corralón.

*Es una Berlina. ¿Bonita verdad?, ¿te gusta?*, le pregunté.

La niña asintió con la cabeza. Fue la primera respuesta que obtuve de ella a lo largo del día. Cruzamos la calle y entramos al almacén. Detrás del mostrador el hombre vestía un chaleco negro sobre la camisa blanca.

*Buenos tardes.*

*Buenas tardes señorita,*

*¿Cuánto vale el catre de madera?*

Los ojos de roedor escudriñaron a la niña

*Treinta pesos*, dijo

*Lo llevo*, confirmé y señalé la Berlina. *¿Cuál es el precio?*

*Seiscientos pesos, setecientos cincuenta con la yegüita de tiro*, me

respondió y apoyó las dos manos sobre el mostrador. Hizo un gesto con el mentón hacia la ventana. La yegua pastaba mansamente en el solar. *Es joven, tiene cuatro años.*

*Ensíllela, le ordené.*

Me dirigí a la niña y le pedí que no se moviera de ahí. Volví a cruzar la calle en dirección a la escuela y al cabo de unos minutos estuve de regreso frente al mostrador con parte de mis ahorros.

*Ha hecho una buena compra,* dijo complacido el hombre, se quitó los anteojos y limpió los cristales con el pañuelo.

Subimos al coche y sacudí las riendas. En la esquina de la intendencia la Berlina dobló con elegancia. La yegua llevaba la cabeza en alto y mantenía un trote digno.

*Le pondremos un nombre. ¿“Dulcinea” te gusta?,* le pregunté y la niña miró a la yegua.

Al pasar frente a la casa de forrajes aminoré la marcha y nos detuvimos en la peluquería. La niña se descolgó del coche, tomó las riendas y las ató al palenque. Dentro del pequeño local, el peluquero acicalaba al juez de Paz.

*¡Qué grata sorpresa preceptora!, ¿Deseaba hablar conmigo?*

*No señor juez de Paz,* le dije, *venimos por los cabellos de esta niña.*

El peluquero limpió la navaja con un género blanco que le colgaba del cinto y la sumergió en la palangana de porcelana, ubicada junto al espejo. Giró la cabeza hacia la niña que se hallaba detrás de mí y arrugó la nariz.

*Perdón ¿señorita...?.*

*Maranesi, Gioele Maranesi.*

Meneó la cabeza, se secó las manos en el delantal y alzó la mirada. Con

un gesto de gravedad en el rostro dijo para mi desconcierto:

*¿Bromea usted, señorita Maranesi?*

*¿Por qué habría de hacerlo?, le pregunté.*

Él no se hizo esperar:

*Jamás voy a poner mis manos sobre la cabeza de un indio mugriento,* afirmó con una violencia apenas contenida y agregó: *A menos que no sea más que para romperle el cuello.*

El juez de Paz no pudo reprimir la carcajada, que retumbó dentro del local. Me sentí ridícula

*Comprendo,* admití en un tono neutro y busqué despedirme con una cortesía impostada: *Adiós señores, que tengan muy buenas tardes.*

*Tenga cuidado, debe tener la cabeza llena de piojos,* me advirtió Sardiña desde la puerta, en el preciso momento en que la niña desataba las riendas del palenque. Desde el sillón de la peluquería se volvió a escuchar la carcajada a mandíbula batiente del juez de Paz.

Regresamos a la escuela. Dentro de la habitación le quité el raído vestido. La hice parar dentro de la fuente y procedí a higienizarla con la esponja. Isabel inclinó la cabeza y miró el agua correr entre sus delgadas piernas. Luego la envolví con la toalla, le sequé los cabellos y la hice salir de la fuente. De pie, en el centro de la habitación, me miró a los ojos.

*Bueno... habrá que levantarle el ruedo y tomar un poco la sisa,* pensé en voz alta. La pollera del vestido gris que acababa de ponerle se amontonaba en el piso. *Tampoco soy una experta peluquera, pero algo de peinados conozco,* busqué convencerme sin mucho entusiasmo. Comencé a peinarla y experimenté un raro cariño maternal.

*Miércoles 10 de febrero.*

*Por la tarde concurrí a la reunión de las Damas de Beneficencia, en la casa de Rosalía Gómez, esposa del juez de paz. Habían preparado unas masas azucaradas acompañadas por un exquisito té de Ceylan. Catalinas Lineras y Rosa Laciari no han visitado Buenos Aires y seguían con interés mis respuestas a las preguntas de Consuelo Llanos acerca de la mansión que construían los Montefiori; cuya fama, como se ve, ha llegado hasta aquí. A lo largo del encuentro mantuvimos una conversación coloquial y amena. No encontré en el lenguaje empleado artilugios ni giros gramaticales extraños; ni ciertas entonaciones de lenguas extranjeras, como es común en las damas de la sociedad porteña. Muy por el contrario; el que aquí se emplea es un castellano pulcro y directo.*

*Por las estrechas relaciones que las Damas de Beneficencia mantienen con los integrantes del Consejo Escolar, las actividades están dirigidas hacia un par de alumnos de baja condición. A su vez expresan una gran ansiedad por los futuros actos de inauguración de las dos escuelas. Desean que todo salga a la perfección, dado que será un acontecimiento que quedará en la historia de San Carlos. En el mismo orden, se sienten intrigadas por la personalidad del preceptor Olguín, de quien sólo tienen los antecedentes de su desempeño escolar que le enviara el inspector Achával y no parecen conformes.*

*La conversación había alcanzado su apogeo cuando la esposa del*

*Intendente, Carmen González, me preguntó acerca de la peste del '71.<sup>21</sup> Y muchos de los recuerdos e imágenes que creía sepultados en la memoria acudieron en tropel. Ese trágico año, vivíamos en una bonita casa de San Telmo. Mi padre era un arquitecto de prestigio en aquella Buenos Aires que se transformaba con gran vértigo. Lo recuerdo dibujando planos con excelente pulso bajo la luz que se desprendía de la enorme claraboya. Al regresar de la escuela me deshacía del uniforme y corría al estudio a copiar de las grandes láminas las columnas de diferentes estilos: dórica, corintia, jónica, romana, bizantina, persa, egipcia... mi padre giraba la cabeza y sonreía. "Fíjate el capitel niña, el ábaco es más inclinado, las volutas son más cerradas, por eso se descompensan las hojas de acanto. Borra el astrálogo y trázalo de nuevo", me aconsejaba con mirada crítica. "Muy bien, ahora sigue con el fuste". Al atardecer realizaba las tareas escolares frente a la mampara del comedor. Mi madre, Inclínada sobre la mesa, decoraba con plumas de aves exóticas las anchas y onduladas alas de los sombreros, que tanto éxito tenían entre las damas aristocráticas. Los sábados, seguía a mi padre en su recorrido por las mansiones que los albañiles construían bajo su dirección. Me encantaba pasear con él por las calles adoquinadas. El sonido metálico de las herraduras, los señores de galera, que respetuosamente lo saludaban al cruzarse los carruajes, las damas que lucían sus vestidos y sombreros a la moda que venía de París, los hombres que leían el diario, conversaban y fumaban los largos cigarros negros, sentados a las pequeñas mesas redondas en las veredas de*

---

<sup>21</sup> Conocida como "La fiebre amarilla" que asoló Buenos Aires, enfermedad que ahora sabemos era transmitida por el mosquito *Aedes Aegyptis*, pero en aquella época no se tenía siquiera idea del concepto virus. Hubo brotes en años anteriores, pero la epidemia de 1871 en Buenos Aires fue desastrosa y eliminó según datos de la época el 10% de la población. A las causas citadas por Giole se le suman otras hipótesis como la contaminación de las napas de agua asociada a brotes de cólera y soldados argentinos sobrevivientes de la guerra Triple Alianza contra el Paraguay que actuaron como portadores de la enfermedad.

*la avenida de Mayo. ¡Qué hermosa era Buenos Aires! Y como por arte de magia, las bellas imágenes ciudadanas trastocaron en visiones horrendas, espantosas... los cascabeles del Rey Momo aún tintineaban en el ocaso del carnaval y en los conventillos de San Cristóbal apareció el vómito negro. Luego las noticias se trasladaron a los conventillos de Concepción. Las clases se suspendieron y en San Telmo se supo de los primeros infectados. Las puertas de las casas permanecían cerradas. Era obligación civil hervir los alimentos, pero la peste igual se extendía. Las actividades comerciales, bancarias, tribunalicias y portuarias cesaron; la ciudad entera se paralizó y el número de víctimas creció de manera formidable.*

*Las culpas se descargaron sobre los saladeros, que descartaban los desperdicios en las aguas del riachuelo. Los higienistas aseguraban que allí se encontraba el foco infeccioso y las familias patricias decidieron trasladarse al norte de la Plaza de Mayo. Ante tan desolador panorama, mis padres acordaron abandonar la ciudad. Recuerdo que comenzó a llover torrencialmente y se decidió esperar a que la tormenta se disipara. Pero eso no ocurrió y salimos de casa sólo con lo puesto, porque teníamos miedo que el mobiliario estuviera infectado. Con tanta agua caída del cielo, las calles de San Telmo se transformaron en ríos torrentosos que arrastraban muebles, maderas, animales muertos y todo objeto que flotara.*

*Bajo la demencial lluvia subimos con mi madre al coche, chorreando agua a raudales por el ruedo de los capotes. Los truenos hacían temblar las edificaciones y los caballos relinchaban encabritados bajo la luz de los relámpagos. Cierro los ojos y puedo ver a mi padre tirar de las riendas con el agua hasta la cintura. En un momento dado, una de las ruedas muerde algo*

*sumergido y el carruaje se inclina. Pierdo el equilibrio y caigo al agua. Mi madre sigue a bordo del coche. Me aferro a la mano que ella estira hacia mí. Las dos gritamos desesperadas. Intento subir al coche pero algo me golpea y me desacomoda; un bulto, a la altura de la cintura. En medio del vértigo veo los ojos en blanco del cadáver que flota arrastrado por la corriente. Es un hombre de piel negra y cabellera mota, totalmente desnudo. Detrás de él otros cadáveres, de mujeres y niños, todos de piel oscura, flotan con los vientres hinchados.*

*Logramos escapar a la ciudad maldita por la peste y nos hospedamos en la estancia de los Aragón, una familia amiga de mis padres. Desgraciadamente, tres días más tarde, comenzaron las manifestaciones de la enfermedad, primero en mi padre y luego en mi madre. Ambos fueron trasladados y puestos en cuarentena en un rancho alejado del casco de la estancia. Al segundo día de aislamiento, uno de los peones comentó por lo bajo que habían fallecido. No pude evitar que las lágrimas escaparan de mis ojos y las Damas de Beneficencia tras un breve silencio dieron por concluida la reunión hasta nuevo aviso.*



## EL PROGRESO

Desperté con los gallos y contemplé por unos instantes las maderas saladas del cielorrasso. Un rayo de luz se filtró por la hendidura de la ventana y reveló la silueta de la niña en el rincón de la habitación. Nos vestimos y desayunamos en silencio. Le dije que daría un paseo por los alrededores de San Carlos y en el solar atamos la yegua a la Berlina. El sol era un pulpo de fuego que tendía sus tentáculos sobre el desierto. Me acomodé el sombrero y subí al coche. La niña me miró y creí prudente que se quedara en la casa.

A cuatro cuerdas de la escuela, el esqueleto del rancho se alzaba junto al espinillo. Al fondo del solar la mujer ordeñaba una escuálida vaca y el niño que perseguía los cuises me señaló. Los perros salieron de los pajonales y torear las ruedas del coche, hasta que se cansaron y decidieron echarse en medio de la calle. Bajo la ramada de la pulpería, el gaucho que bebía del pico del porrón de cerámica exclamó: *¡Linda prieta pa' mi pial!* y los caballos atados al palenque cabecearon. Mantuve la vista al frente como si no hubiera escuchado nada. Abandoné el cuadrante urbano y la silueta de monsieur Dubois se perfiló sobre la loma.

*¡Aquí señorita Maranesi!*, exclamó agitando los brazos.

Me dirigí hacia él y tiré de las riendas para detener el carruaje. El teodolito parecía un cuervo desplumado sobre el trípode. A unos doscientos

metros de los instrumentos, un hombre parado junto al caballo sostenía la banderilla colorada.

*Buenos días monsieur Dubois*, lo saludé con un pie en el estribo.

*Buenos días señorita Maranesi, venga, acérquese*, dijo y tendió la mano para ayudarme a bajar del coche.

El aire del desierto comenzó a moverse como un animal herido. La yegua inclinó el cuello y se dedicó a masticar una mata de hierbas. El caballo alzó la cabeza, olfateó a la yegua y relinchó sacudiendo las varas del Landó. Sobre la mesa, desplegada junto al trípode, se amontonaban los papeles aprisionados por las reglas y el sextante. Me incliné sobre el teodolito y en la circunferencia de la lente se recortó la figura del hombre que sostenía la banderilla.

*Aguarde un instante*, dijo Dubois y se dirigió al Landó. Del baúl extrajo otro aparato, similar a un gran largavista. Regresó al trípode y lo suplantó por el teodolito. *Es el último adelanto de la técnica*, agregó al asegurarlo sobre la base,  *mire por aquí*. Volví a ver el mismo paisaje; un poco más ampliado. *Es un estereoscopio, permite detectar los diferentes relieves y establecer una definición gráfica a escala reducida casi perfecta*.

*Disculpe mi ignorancia monsieur Dubois, pero siempre veo aquel hombre que parece aburrirse con la banderilla en la mano*, dije y no pude evitar reírme.

Él compartió mi gracia y sugirió:

*Cierre los ojos*.

Acepté el juego y bajé los párpados.

*¿Lo ve?*, preguntó y pensé que bromeaba.

*Con los ojos cerrados es imposible ver algo monsieur Dubois.*

*No creo que sea tan así. Mantenga los ojos cerrados, por favor, insistió.  
¿Acaso no es capaz de ver la locomotora que avanza hacia usted arrastrando  
los coches repletos de pasajeros?*

*Sí... claro que la veo.*

*¿Oye el rechinar de las pesadas ruedas de metal sobre los rieles? ¿Ve  
cómo el humo de la caldera corta el aire del desierto; los cientos de pueblos  
que crecen como hongos a su paso; las personas en el andén junto a sus  
equipajes; los vagones repletos de trigo y de vacunos?*

*¡Sí, claro que lo veo!*

*¡Maravilloso señorita Maranesi!, exclamó con júbilo. Toneladas de hierro  
arrancadas a las entrañas de la tierra y transformadas en una colosal  
maquinaria de movimientos perfectos: el ferrocarril. Uno de los logros más  
extraordinarios de nuestra civilización. El progreso en su marcha irreductible,  
patente, inexorable, hacia el futuro.*

*Alcé los párpados y el desierto se abrió en abanico. El hombre de la  
banderilla se sentó a la sombra que proyectaba el caballo. Dubois junto al  
trípode se abanicó el rostro con el sombrero.*

*¿Sabe monsieur...? . A veces tengo miedo que sólo se trate de un  
sueño. Esta tierra es en muchos aspectos bárbara. ¿No lo cree usted así?*

*Se alisó los bigotes y se calzó el sombrero. Luego dio un paso al frente,  
extendió el brazo hacia el horizonte y trazó un semicírculo.*

*No tema, este es un país moderno; el más civilizado de América del sur,  
afirmó.*

*¿Le parece?*

*No le quepan dudas, América será moderna sólo en sus extremos: Estados Unidos al norte y Argentina al sur. Nada tendrán que envidiarle a Europa, excepto la carencia de una nostalgia histórica, los viejos castillos y sus reyezuelos; las infatigables guerras religiosas y la aristocracia decadente, que desde un punto de vista operativo son un gran lastre, créame.*

*¿Por qué está tan seguro?*

Cruzó las manos detrás la espalda y alzó la cabeza como si quisiera mirar más allá de la frontera.

*La vejez, señorita Maranesi, es un gran problema. Los reflejos entorpecen con los años. Se actúa con mucha cautela y desconfianza. Se pierde audacia y las ideas se fosilizan. En cambio, la juventud es el ímpetu, la velocidad, el ensayo y el error. Es la mente abierta a nuevas posibilidades, la tentación de la aventura, el impulso indómito. Europa es vieja y América es joven.*

*Pero la experiencia cuenta... me permití dudar.*

*Relativamente; desconfíe de los viejos, los mitos son sus triquiñuelas predilectas.*

Alcé una piedrecilla de color y la observé.

*Siempre emparenté la vejez con la sabiduría.*

*No hay causalidad directa, replicó seguro de sí.*

*Pero en los pueblos primitivos es característico el consejo de ancianos...*

Dejó escapar una sonrisa y se dispuso a desmontar el estereoscopio del trípode.

*¿Elogia usted los pueblos bárbaros?, preguntó en un tono irónico y logró sonrojarme.*

Arrojé lejos la piedrecilla.

*Para nada monsieur Dubois.*

*¿Por qué no pensar que el culto a la ancianidad forma parte de una rémora bárbara aún enquistada en nuestras sociedades modernas?, se interrogó y prosiguió en un tono bajo pero enérgico: Con sinceridad, no creo que la ancianidad sea sinónimo de sabiduría, sino de decrepitud; en el amplio sentido de la palabra, señorita Maranesi...*

*Sin embargo...*

*Este país es joven y al mismo tiempo sabio. Usted aquí, en medio del desierto, es una prueba irrefutable de dicha sabiduría. ¿No lo cree así? No supe que decirle; él prosiguió: Naciones con siglos de historia sobre sus espaldas como Rusia, Italia, o España, no tienen dentro de sus prioridades educar al soberano. Le interesan los súbditos, no los ciudadanos. En cambio, este país que acaba de nacer siembra escuelas en medio de la nada. ¿No le parece maravilloso?*

*¡Claro qué sí!, exclamé con entusiasmo.*

*Sólo Francia, Inglaterra, Estados Unidos y Alemania, han fundado sistemas educativos nacionales para emprender la monumental tarea de llevar hasta el último de sus niños los rudimentos del conocimiento científico. Sólo cuatro países en el mundo entero, y Argentina será el quinto.*

*¡Dios lo oiga monsieur Dubois, Dios lo oiga!*

El francés sonrió al asegurar el teodolito a la base del trípode y con el índice apuntó el cielo.

*Descuide, ya está sobre aviso. La ley..., insinuó y no lo dejó siquiera concluir:*

*Ochocientos ochenta y ocho<sup>22</sup> de la provincia de Buenos Aires, propulsada por Domingo Faustino Sarmiento en 1875 bajo la presidencia de Nicolás Avellaneda. ¿A ella se refiere monsieur?, dije de corrido y él asintió con la cabeza.*

*El gobierno tiene la profunda convicción de ampliarla a nivel nacional, afirmó y se secó la transpiración de la frente con el pañuelo. El propio presidente lo confirmó en una reunión que me tuvo de partícipe.*

*¿Usted conoce al señor presidente?*

Dubois agitó el brazo en dirección del banderillero.

*Estoy invitado por el general Roca a la exposición industrial<sup>23</sup> que se llevará a cabo en Buenos Aires, dijo sin estridencias y se inclinó sobre la lente del teodolito. ¿Está enterada que conjuntamente se desarrollará un gran congreso pedagógico?<sup>24</sup>*

*Oh sí, claro que lo estoy. En él participará Domingo Faustino Sarmiento y los Normalistas.*

Frunció el ceño y se dirigió al Landó.

*Y también los Católicos,<sup>25</sup> dijo al guardar el estereoscopio en el baúl. No va a ser fácil, añadió de regreso al teodolito.*

---

<sup>22</sup> La ley 888 fue el antecedente de la ley 1420 que configuró el espacio escolar público y articuló la enseñanza primaria, gradual, laica, obligatoria y gratuita en la Argentina. La diferencia con Sarmiento era que éste pensaba la organización educativa desde la sociedad civil, influenciado por la experiencia norteamericana, y no desde la principalidad del Estado, que hizo de la 1420 un logro sin precedentes en cuanto derecho social a lo largo del continente americano.

<sup>23</sup> La exposición Continental Sud-Americana, de carácter mundial, se realizó en marzo de 1882 en el club industrial situado en Plaza Once, y a la que concurrieron representantes de todos los países de América y numerosos europeos, con 2.000 expositores nacionales y 1.200 extranjeros.

<sup>24</sup> El Congreso Pedagógico se desarrolló en abril y mayo de 1882 en el marco de las "Exposición continental de la industria". Concurrieron más de 250 delegados y las figuras más importantes del ámbito político e intelectual. El Congreso debatió acerca de las ideas y principios que debían regir la educación pública. Sus resoluciones suelen considerarse un antecedente de la legislación escolar nacional que legitimó la ley 1420 promulgada en 1884.

<sup>25</sup> Las discusiones entre Liberales y Católicos en torno al proyecto educativo fue violenta y el saldo final fue el triunfo de los Liberales que se plasmaría dos años más tarde, 1884, en la sanción de la ley 1420, cuyo requisito de laicidad provocó nada menos que la excomunión del presidente de la nación el general Julio Argentino Roca por parte del Vaticano.

La melodía pareció irrumpir de la nada. Eran unas notas de guitarra que se encadenaban en el aire, frágiles, como gotas de rocío. Detrás venía la copla.

*“Ya me estoy poniendo viejo  
ya me a tomao la carcoma  
apenas falta un poquito  
pa’ que la tierra me coma”.*

Giré en busca de la voz y vi al jinete encimado sobre la guitarra.

*“El cielo es pa los pobres  
los que siempre comen mal  
no sé si cuando me muera  
tendré fuerza pa llegar”*

El poncho deshilachado se abría ante la brisa como las alas de un murciélago y el caballo malacara estiraba las patas como si quisiera acariciar el desierto.

*“Cuando se muera este pobre  
que lo tiren en la loma  
es destino del que hambrea  
darle a la tierra que coma”.*

El sombrero desteñado y tirado hacia adelante, la barba cana y el chiripá mugriento. La imagen del gaucho deprimía; los dedos de los pies asomaban como orugas de las botas de potro. Ahuecado sobre la guitarra criolla pasó frente a nosotros como si no existiéramos.

*“El hombre que va a morir  
por los ojos se conoce  
tiene una agüita de leche  
por donde le entra la noche”.*

*¿El progreso llegará a todos?*

Dubois desvió la vista del jinete.

*¿De qué otra manera puede concebirse el progreso señorita Maranesi?*

*En Francia trae muchos problemas el progreso.*

*¿Usted se refiere al Fantasma que recorre Europa?*<sup>26</sup>

Asentí con la cabeza. Monsieur Dubois calibró el teodolito y dijo:

*Bueno; eso tiene que ver con el espíritu francés.*

No pude menos que observarlo; intrigada.

*La exageración forma parte de nuestra identidad nacional señorita Maranesi. Los ingleses son más prácticos, por ejemplo. Son menos escénicos. Sumado a esto, la novedad de que algunos franceses ahora compran ideas alemanas, cuando históricamente ha sido al revés, acontecen los exabruptos. No tema, es nuestro estilo; nada más. ¿Me comprende?*

*Si se explicara con mayor claridad, tal vez sí.*

Extrajo del bolsillo trasero del pantalón el pañuelo y volvió a secarse la transpiración de la frente.

*James Watt perfeccionó la máquina de vapor, que rápidamente fue adoptada por la industria textil y se transformó en la piedra angular de la revolución industrial en Inglaterra. Sin embargo, los británicos jamás suplantaron el patíbulo por la guillotina, a pesar de la sofisticación de esta última y su argumentación "humanitaria". Tanto Gran Bretaña como la Galia, está impregnada de duendes, hadas y brujas. Los ingleses hablan de estas criaturas como si fueran reales, pero ninguno de ellos cree que verdaderamente existan. Los franceses, en cambio, denunciamos*

---

<sup>26</sup> "Un fantasma persigue a Europa", es la imagen con la que Karl Marx (1818-1883) inicia la redacción del Manifiesto Comunista publicado en 1848 por la Liga Comunista.



*racionalmente la inexistencia de estos seres, pero en el fondo creemos que existen. ¿Hace calor verdad?*

No logré adivinar hacia dónde se había dirigido y sumé perplejidad

*Sigo sin comprenderlo monsieur*

Dubois se abanicó con el sombrero.

*Para los británicos no fue necesario decapitar la mitad de la nobleza en nombre de la Libertad, la Fraternidad, y la Igualdad. ¿Comprende?*

El viento cambió de dirección y arrastró la copla que pudimos escuchar; nítidamente:

*“Bájese, pues, amiguito  
saque el fuego, pitaremos  
no tenga miedo a las balas  
después lo degollaremos”.*

Jueves 11 de febrero de 1882

*Isabel continúa sin emitir sonido alguno. Hay algo en ella que me estremece, no sé si son esos ojos negros, hermosos, brillantes, que miran desde algún extraño lugar, remoto, desconocido para mí, o la perpetuidad de su silencio. Estoy convencida que puede hablar, pero se niega. Tal vez sea su manera de rechazar la civilización. Por otra parte he decidido no presionarla, aunque me desagrade la pésima costumbre que tiene de llevar con las manos los alimentos a la boca. De todos modos, no se resiste al aseo personal y creo que es un buen punto de partida para que vaya adquiriendo hábitos civilizados. Por lo demás, es muy trabajadora y fuerte, pese a la fragilidad aparente de su cuerpecito delgado. Los zapatos se ve que le molestan al caminar, pero no se queja. Y no cederé. No soporto imaginarla descalza juntando cardos en esos pastizales donde abundan alacranes y serpientes.*

*Espero que un día de estos acepte las ventajas de dormir en una bonita cama como la que le preparé junto a la mía. Por lo pronto prefiere acucillarse en un ángulo de la habitación. A veces me vienen deseos de acariciarla, pero debo evitar cualquier manifestación de afecto que pueda constituir un escollo en esta tarea pedagógica de largo alcance que me he propuesto, aunque en el fondo de mi corazón, desearía que por las mañanas me despertara con un tierno beso en la mejilla y me dijera: “Buenos días señorita Maranesi”.*

*En otro orden de cosas, la falta de lluvia comienza a dejar su huella en*

*las huertas que palidecen bajo el sol, en los animales que pierden peso inexorablemente, en el nivel del agua en las lagunas. Y de seguir la sequía, es probable que los chacareros pierdan la cosecha de maíz, lo que constituiría un duro golpe para la economía del pueblo.*

*Con tal motivo se hizo presente un indio viejo, de ojos descoloridos, que vino cubierto de polvo del desierto y provocó inquietud en los chacareros, que lo vieron pasar amontonado sobre la grupa del caballo ceniciento. Pero a media mañana concitó la atención de estancieros, peones y comerciantes, quienes lo rodearon en el centro de la plaza, a pocos metros de los raquíticos ñandubayes.*

*De labios de Consuelo Llanos escuché que se trataba de un indio Boroga de edad inconcebible y de milagros más inconcebibles aún. Alcancé a ver por sobre el hombro de un gaucho de mal olor que, ante un gesto extraño, el caballo del salvaje se tumbó con las cuatros patas hacia arriba. A continuación, el indio amontonó unas hierbas secas que traía consigo y les dio fuego. La hierba ardió expulsando un humo blanquecino de fuerte aroma que el viento se encargó de esparcir sobre quienes observábamos y nos obligó a retroceder con accesos de tos. Fue entonces que se oyeron los aullidos de los perros con los hocicos disparados hacia el cielo, lo que provocó un rumor inquietante, hasta diría de temor, entre los presentes.*

*El indio continuó, en un dialecto desconocido, con efusivas exclamaciones y afirmó algo así como que entre lunas el cielo se abriría. Le dio una palmada en el anca y el caballo se levantó como embriagado. Los presentes depositaron el dinero en tres cuernos de buey atados con tientos. Finalizada la operación, el indio tapó los cuernos con un gesto de satisfacción,*

*montó el caballo y se fue por la calle principal, al trotecito, perseguido por unos teros, que con vuelos rasantes lo acosaron hasta que ganó el campo abierto.*

## EL MAESTRO

La galera bajó la loma y se zambulló en la calle principal del pueblo. Se detuvo frente a la plaza y los caballos resoplaron extenuados. Los ojos de las bestias exhibían un brillo demencial. Por el metal de los frenos se escurría la baba espesa, lechosa, que impregnaba el cuero de los bozales. El cochero se descolgó del pescante y saludó al intendente. Trepó al techo de la Galera y desamarró el equipaje con la ayuda de un niño en harapos. El único pasajero, al descender, erró el estribo y se fue de espaldas al suelo. El presidente del Consejo Escolar y el juez de Paz lo tomaron rápidamente de las axilas y lo ayudaron a incorporarse. El hombre lucía una barba de varios días sin afeitado y la mirada extraviada. Vestía un arrugado traje gris y un patético moño a lunares.

*Está bien, puedo solo,* afirmó de muy mal humor.

*¿Preceptor Olguín?*

*¿Qué otro desdichado podría ser enviado aquí, que no sea un condenado a trabajos forzados?,* dijo mirándose a los ojos.

El aliento a alcohol me hizo retroceder. En las miradas del intendente y el juez de Paz se instaló la desaprobación. Manuel Ortiz, a mi lado, estiró el brazo. La mano le quedó suspendida en el aire, patética y sin respuesta. Ismael Olguín se sacudió el polvo del saco sin dignarse siquiera a mirarlo. La situación

era harto incómoda.

*Giole Maranesi...*, extendí a modo de presentación y tampoco obtuve respuesta alguna. Olguín estaba dedicado a sus propios interrogantes.

*Maldita tierra... refugio de forajidos, desterrados, salvajes y contrabandistas. Ah; mala hostia la mía.*

*Señor preceptor, en el salón municipal espera el té de la bienvenida...*, titubeó el intendente.

*Esto es el quinto infierno...*, dejó correr Olguín y miró de reojo el sol que descendía en el oeste. *Lo que necesito es buen trago; si como sospecho el demonio me ha dado cita en este lugar. ¿Dónde queda la pulpería?*

El índice del juez de Paz señaló la loma. Una de las valijas cayó al suelo con gran estruendo y los libros que contenía en su interior se desparramaron en la calle.

*¡Con cuidado imbécil!*, exclamó Olguín en dirección al cochero, que le devolvió una mirada amenazante. *Es un idiota*, afirmó, *no ahorró un solo pozo del desierto*, y se alejó por la calle principal blasfemando porque los tacos de las botas se atascaban en la arena.

En el salón del municipio, el intendente ocupó la punta de la mesa oval y dio fuego al tabaco de la pipa. Luego se dirigió a mí en un tono aparentemente calmo:

*¿Usted qué opina preceptora?*

Desplegué el abanico. El aire pesado del salón, sumado al penetrante olor a tabaco, se tornaba irrespirable.

*Mis padres aconsejaban no guiarse por las primeras impresiones. El viaje es demasiado largo y agobiante. Además parecía levemente alcoholizado,*

intenté relativizar, dado que no me pareció correcto lapidarlo en primera instancia.

El juez de Paz no compartió mi intención; sentado junto al presidente del Consejo Escolar descerrajó la potente carcajada.

*¿Levemente? ¡Flor de tranca tiene el maestro!*, se mofó con un gesto ordinario y sacudió el pulgar sobre los labios.

Manuel Ortiz carraspeó y se dirigió al intendente:

*A veces la primera impresión es la que vale. La conducta manifiesta es a las claras impropia. Podríamos preguntarnos si se va a dirigir en los mismos términos a padres y alumnos*, dijo y sentí que me desautorizaba. *De todos modos deberíamos hablar con él*, añadió.

El intendente dio una pitada profunda para evitar que se apagase el tabaco de la pipa. Soltó la bocanada de humo que le envolvió el rostro y tamborileó los dedos de la mano derecha sobre la superficie de la mesa.

*Debemos decidir caballeros*, dijo.

*Se le paga tres botellas de ginebra, un pasaje de regreso a Buenos Aires y asunto terminado*, cerró su posición el juez de Paz en un tono cínico.

Depositó el abanico sobre la mesa.

*Debemos dialogar, al menos esa es mi opinión*, propuse y de inmediato supe que lo hacía en sentido corporativo.

El intendente buscó los ojos de Manuel Ortiz.

*Pienso lo mismo*, dijo el presidente del Consejo Escolar y esta vez interpreté un gesto que pretendía reconsiderar la situación.

*Entonces esperaremos*, aceptó el intendente y volvió a encender el tabaco de la pipa.

## II

Los tacos de las botas retumbaron en el piso de madera y las miradas se concentraron en el vano de la puerta. Ismael Olguín hizo su ingreso al salón y ocupó la silla vacía.

*Ah... me lo merecía*, exclamó y depositó las palmas de las manos sobre la superficie de la mesa. *¿Y bien señores...?*, deslizó.

El intendente volvió a encender la pipa y le dirigió una mirada acerada.

*El lunes inauguramos las escuelas*, afirmó

Manuel Ortiz desplegó el cuaderno de tapas duras.

*La dirección de escuelas, por intermedio de Don Pedro Achával, nos suministró...*

*Ya, ya*, lo interrumpió Olguín, *por culpa de Achával me encuentro en este miserable pueblo, castigado como un perro desobediente.*

Tomé el abanico. El ambiente era cada vez más espeso. El juez de Paz sin ningún tipo de rodeos y en un tono agresivo increpó:

*¿Cuál es su problema amigo?*

Olguín se volvió lentamente hacia él.

*En primer lugar, estoy asistiendo al funeral de mis sueños más castos. Y en segundo lugar, detesto que se mancille la palabra amigo.*

Manuel Ortiz carraspeó e intentó dar una salida diplomática a la situación, que parecía desbordarse.

*Mire... si los aquí presentes están de acuerdo, de mi parte sugiero, y en*



*tanto ese sea su deseo, que usted regrese a Buenos Aires. En el informe podríamos poner que por razones de salud usted no toma el cargo y...*

*¿Mi deseo?,* interrogó Olguín y se tiró hacia atrás el mechón de cabellos que le caía sobre la frente. *Yo ya no deseo nada... ¿Sabe usted lo que es un hombre sin deseo?*

*La cuestión es que...,* titubeó Manuel Ortiz

*Un hombre sin deseo es hombre muerto, y cuando uno está muerto, es que hace todo tal cual se le ordena,* dijo y se levantó de la silla. *¿Dónde voy a descansar estos huesos?*

*Acompáñelo señor juez,* ordenó el intendente en un tono a las claras contenido.

*Vamos “amigo”,* dijo Olguín y el juez de Paz lo miró con desprecio.

La puerta se cerró tras ellos y el silencio invadió por unos instantes el salón.

*La situación es grave. ¿No les parece?,* comentó Manuel Ortiz con suma preocupación

*Si usted me faculta señor presidente, me comprometo a intentar un diálogo al respecto con el señor preceptor,* propuse.

*Si el señor intendente está de acuerdo...,* extendió Manuel Ortiz.

*Por favor preceptora,* me suplicó el intendente, *estamos en sus manos.*

Viernes 12 de febrero de 1882.

*Ayer volvió a visitarme la misma y horrible pesadilla que noche tras noche, desde mi llegada a San Carlos, se empeña en perseguirme. Siempre comienza de la misma manera. El pueblo despierta con su habitual calma y optimismo. Los hombres trabajan bajo el sol con intensa alegría, esquilan, arrear vacunos, doman caballos, labran la tierra y levantan las viviendas en compañía de sus mujeres que cantan y ríen. El aire es suave y la dicha es buena. De súbito llega el malón y lo arrasa todo. Es un huracán de hombres y animales. Un terremoto de carne y acero. La tierra tiembla bajo los cascos enloquecidos y veo a monsieur Dubois retorcerse aferrado a la lanza clavada en sus entrañas. Todo a mí alrededor es un estallido de sangre y alaridos infernales. El intendente y el juez de Paz yacen degollados a mis pies y no dejan de mirarme con las pupilas vacías. Grito desesperada sin que mi voz se escuche. El inspector Achával y Manuel Ortiz huyen a pie por el desierto. Los salvajes los alcanzan, los lancean por la espalda, saltan de los caballos y los decapitan en el suelo. El almacén de ramos generales, la escuela, el edificio municipal, la casa de forrajes, la parroquia, los ranchos, todo San Carlos arde bajo las llamas. Sobre la falda del médano, montado al corcel que caracolea brioso y con los cascos levanta la arena dorada, Mr. Caldwell luce un traje blanco, inmaculado. El ala del sombrero americano le cae leve sobre las cejas. Con el cigarro aprisionado entre los dientes, las manos aferradas a las riendas y apoyadas sobre el arzón de la silla británica, exhibe a través de las llamas*

*una sonrisa demoníaca.*

*Giro con los brazos extendidos implorando clemencia. El indio se acerca a pleno galope, me toma de la cintura y cruza mi cuerpo sobre el lomo del caballo salvaje. ¡Oh Dios mío!, si me parece respirar la carne quemada, el olor a grasa de potro en la piel del indio, su exhalar pútrido. Si me parece sentir el sudor pegajoso del animal sobre el vientre de mi enagua, el viento del desierto en el rostro y en los cabellos alborotados. Si me parece ver al capitán López a plena carrera sable en mano, de punta, como si quisiera apuñalar el aire para ir más rápido. Detrás de él los treinta soldados andrajosos con los rifles relucientes; pero el caballo pampa es más veloz que el viento, los cascos vuelan inalcanzables por la llanura y las fatigadas montas del 2 de Caballería revientan por el esfuerzo.*

*Oh Dios mío... si me parece ver y verme dentro de la toldería inmunda, junto a las Damas de Beneficencia, semidesnudas y embriagadas por el aguardiente que nos quema por dentro, se nos amotina en el cerebro, libera nuestros más bajos instintos y bailamos esa danza desaforada y orgiástica, rodeadas de indios sedientos que nos arrancan lo que queda de nuestros vestidos, beben a borbotones el maldito alcohol, nos tocan por todo el cuerpo y nosotras reímos como poseídas, lujuriosas y felices.*

*Oh Dios... al fin termino de relatar este maldito y pertinaz sueño que ya no regresará. Sólo tú sabes señor mío por qué debo escribir estas horrendas pesadillas para que nunca más vuelvan a cernirse sobre mí.*

## EL BUEN SALVAJE

La figura del hombre se delineó fugaz en el sesgo de la ventana. Apresurado tomó el saco del perchero y se lo colocó en un solo movimiento. Abrió la puerta de calle y el polvo que a su paso levantó la tropilla se escabulló dentro del salón

*Adelante ¿señorita...?.*

*Maranesi, Giole Maranesi, le respondí.*

*Isnmael Olguín, un gusto, me devolvió amablemente, adelante.*

Cerró la puerta tras de sí y apantalló el vacío en un vano intento por disipar el polvo que aún flotaba sobre los pupitres. Abrió la ventana lateral del salón y el aire comenzó a moverse en lenta fuga. En la herrería, el hombre de delantal de cuero, tiraba con movimientos mecánicos la soga del fuelle que avivaba el fuego de la fragua. La punta de la barra de hierro alcanzó la incandescencia y el hombre la desvió hacia el yunque. La voz de Olguín me extrajo de esa contemplación.

*Por favor... usted primero,* dijo acompañando el pedido con un gesto cortés.

Depositó la sombrilla junto a la pizarra y pasé a la cocina. Sobre la mesa yacía un libro abierto en las páginas 146-147. Olguín volcó la yerba del mate en un pequeño cajón y estiró hacia mí la calabaza engastada en plata.

*¿Tal vez prefiera café...?*

*Acabo de desayunar, de todos modos si es dulce...*

*Pero cómo no; el azúcar es oro en polvo en estos lugares, pero al menos no escasea, reconoció.*

Depositó la pava sobre la hornalla de la cocina a leña y se dirigió a la mesa, colocó el señalador entre las páginas y cerró el libro. Observé la ilustración de portada. Los marineros aferrados a los remos del bote en la cresta de la ola eran un manojo de músculos crispados. El hombre erguido en la proa del bote afirmaba la pata de marfil tallado en el último madero y blandía el arpón de hierro presto a clavarse en el lomo blanquecino de la ballena. El rostro del arponero exhibía una mueca feroz, desquiciada, de odio, como si se hallase en presencia del mismísimo demonio. De fondo, y a lo lejos, el navío con las velas izadas parecía mecerse en una calma contradictoria.

*Lo compré en Baltimore, setenta y cinco centavos... ¿puede creerlo?, el tendero no veía cómo sacárselo de encima, comentó extrañado Olguín. Pobre Melville... la crítica lo destrozó, los lectores no lo entienden y los editores le huyen como al escorbuto, agregó con tristeza.*

Tomé el libro<sup>27</sup> y dejé correr algunas páginas.

*Cabe la posibilidad de que sea malo. ¿No le parece?*

*¿Usted lo leyó?*

*No, le respondí, es la primera vez que escucho su nombre.*

*Es el escritor más profundo de América del norte, ese es su pecado, sentenció y aprobó con un rápido movimiento de cabeza la temperatura del agua. Los norteamericanos son superficiales, ordinarios hasta el hartazgo, la*

---

<sup>27</sup> Moby Dick , novela de Herman Melville, publicada por primera vez en 1851.

*practicidad para ellos es el signo distintivo. Se hallan dispuestos a no enterarse que el mundo se prolonga infinitamente más allá de lo que pueda verse, tocarse u oírse. Están dispuestos a negar todo lo que no sea registrado por los sentidos elementales.*

Hizo un breve paréntesis. Sin dejar de mirarme a los ojos bebió el mate con seriedad. Permanecí en silencio; él continuó en el mismo tono monocorde:

*Mal podrían comprender tan extraordinaria alegoría sobre el destino humano y la esencia del mal. La ontologización de lo ordinario, y la negación de lo sublime, los inhabilita de la comprensión metafísica, afirmó seguro de sí y meneó la cabeza en un claro gesto de desaprobación. El Capitán Ahab es capaz de enfrentar sin auxilio teológico los demonios internos que todo ser humano lleva consigo. Demonios exteriorizados y materializados magistralmente en esa extraordinaria ballena blanca que lo arrastra hacia las profundidades marinas o al mismo infierno para ser más explícito, junto a la tripulación del Pecqod. La inteligencia media norteamericana es incapaz de captar el mensaje de Melville, por eso lo rechazan. ¿Me explico?*

*Lo que no se explica, disentí, es que si la inteligencia media norteamericana es tan débil... ¿cómo es posible que sean tan exitosos como país?*

*Y lo seguirán siendo, de eso no tenga dudas, auguró mientras calculaba el azúcar que debía depositar en el mate. El egoísmo es el sentimiento más ordinario y exitoso de todos. Los norteamericanos son expertos en el cultivo del egoísmo, concluyó. Dígame si le resulta demasiado amargo.*

*Está bien para mí, gracias, dije en relación al mate y pasé a interrogarlo con evidente interés en el tema iniciado: ¿Y por qué no considera al odio el*

*sentimiento ordinario por excelencia?*

Esperó que terminara de tomar el mate para preguntarme.

*¿Por qué piensa eso?*

*De lo contrario... ¿por qué realizamos el esfuerzo pedagógico constante de inculcar la bondad en los niños?*

Esgrimió una sonrisa oblicua y no demoró en entregarme la respuesta:

*Usted acaba de ingresar en un callejón sin salidas preceptora, sentenció. Formulada de ese modo la pregunta, no hay posible vía de escape. El odio es el sentimiento constitutivo y la felicidad se transforma en una quimera ¿se da cuenta? Toda batalla está perdida de antemano. Puesto que la bondad sería un sentimiento tan artificial como el egoísmo, pero condenado al fracaso.*

Se puso de pie y desapareció dentro de la habitación. Al cabo de unos segundos estuvo de nuevo frente mí con el libro abierto en sus manos.

*“Toda nuestra sabiduría consiste en preocupaciones serviles; todos nuestros usos no son más que sujeción, incomodidades y violencia. El hombre civilizado nace, vive y muere en esclavitud; al nacer le cosen en una envoltura; cuando muere le clavan dentro de un ataúd; y mientras tiene figura humana le encadenan nuestras instituciones”,* cerró el libro<sup>28</sup> y me miró fijamente a los ojos. *Rosseau creía que había una solución. Sólo bastaba separar a Emilio de la sociedad perversa y educarlo moralmente para la sociedad futura de la libertad. ¿Por qué creía que era posible?*

*No soy muy partidaria de la educación negativa....,* le confesé con total honestidad y él ignoró la intervención.

*Porque creía a rajatablas que la bondad era el sentimiento constitutivo,*

---

<sup>28</sup> Emilio o De la educación, escrito en 1762 por Jean Jacques Rousseau, que lo consideraba superior aún al Contrato social. El Emilio es un libro de lectura obligatoria para todo docente de cualquier época.

se afirmó en su respuesta. *Dejé jirones de mi vida tras esa creencia. Años resistido, desdeñado, combatido, denostado, vilipendiado, y finalmente expulsado por personas mediocres, pigmeos moralistas, seres ordinarios cuya única fidelidad estaba depositada en el espíritu originario. He sufrido todo tipo de persecuciones y humillaciones, he visto a mis más queridos amigos bajar la vista y apartarse de mí como de un leproso. Me he quedado solo y desprovisto de sueños por sostener la bondad del hombre. ¡Pero por suerte perdí la fe y ahora defeco en Rousseau!*, exclamó y por la solapa arrojó el libro, que se estrelló contra la pared y cayó sobre el piso de ladrillos, desarticulado como un pájaro herido de muerte.

Cerré los ojos para evitar la violencia de la reacción y cuando los volví a abrir, Ismael Olguín destapaba la botella de ginebra.

*La naturaleza creada por Dios es buena, pero la naturaleza caída en el pecado es la que...*

Ya, ya, me interrumpió, *esa es una coartada teológica en la que no cree ni León XIII. Ah...*, suspiró para aliviar la garganta y volvió a beber del pico de la botella.



*Sábado 13 de febrero 1882.*

*Poseo la sospecha de que nada saldrá bien. El preceptor Olguín tiene la íntima convicción de que el bien es la máscara más perfecta del mal. Ha derivado dicha conclusión de tortuosas reflexiones acerca de la naturaleza humana e innumerables experiencias personales de carácter negativo. Lo singular es que no esboza su pensamiento bajo una forma maniquea, como dos polos definidos y en tensión, sino como dos caras de una misma moneda que al girar constantemente siempre oculta la verdadera y muestra la apócrifa, es decir, la mentira. La falsedad, entonces, constituye un perfecto y aceitado mecanismo de ocultación de la verdad, cuya génesis se halla en el mal identificado con el odio. Es una visión aterradora de la existencia. Imaginar que somos engranajes de una maquinaria maldita nos despoja de toda esperanza humana.*

*Pasé largas horas meditando junto a la ventana y a la única conclusión que arribé, una y otra vez, era a la pregunta que reiniciaba mis pensamientos en la misma dirección, con aristas y figuras diferentes: ¿por qué me ofrecí a mediar? El error siempre está al inicio. Nunca debí hacerlo. El preceptor Olguín es un sendero ocluido, él mismo lo afirmó, de manera distinta claro: “Soy una ruina”, admitió. “Nadie puede vivir sin fe”, traté de persuadirlo inútilmente, pues intentó, sin demoras, disuadirme: “Usted es muy joven, ya comprenderá”. Respuesta nada efectiva; puesto que todas las personas que he conocido, excepto Mr. Caldwell, no han perdido la fe pese al transcurso voraz del tiempo.*

*“A corto o largo plazo, todos los hombres traicionan”, sentenció al despedirme. Y no puedo negar que esa posibilidad me inquiete. La traición anida en el corazón del hombre. Judas no pudo escapar a esa dimensión humana. ¿Pero que es el perdón sino la herramienta de luz divina con que Dios nos ha signado? Es ahí donde se anuda el problema. El preceptor Olguín no sabe perdonar, y es por eso que ha perdido definitivamente el camino. De cualquier modo, mi problema reside en otro lugar, más cercano al pecado: ¿debo decir toda la verdad? ¡Oh Dios, ayúdame! El preceptor Olguín no se encuentra en condiciones de realizar, bajo tales circunstancias espirituales, la tarea pedagógica que se le ha asignado. ¿Debo lavarme las manos como Pilatos? ¿O debo ser misericordiosa como tú enseñas? ¿Debo mentir piadosamente en mi informe al Consejo Escolar? ¿O debo ser objetiva y denegarle, quizá, la última oportunidad a esta alma atormentada?*

*He planteado el problema de mil maneras distintas, desde lo religioso y lo laico, desde la fe y la razón. Al escribir la Crítica de la Razón Práctica,<sup>29</sup> Kant creía que la superación de las éticas particulares, sustentadas en las diferentes creencias religiosas, consistía en la construcción de una ética universal nacida de la razón, que pondría fin a los desencuentros humanos. Pero; si en algo coincidían las éticas particulares, era en considerar a la mentira como un pecado por excelencia. El mismo Kant sabía que la mentira, por piadosa que fuese, jamás podría elevarse a una máxima universal. ¿Por qué señor mío la mentira siempre acosa el corazón del hombre? ¿Quién soy sino apenas una oveja más de tu rebaño que no encuentra la luz en el fondo de su ser que ilumine la decisión correcta? ¿Por qué debo hundir aún más en las tinieblas al*

---

<sup>29</sup> Crítica de la razón práctica, Immanuel Kant (1721-1801), contiene parte de la propuesta kantiana de una ética universal basada en la razón, más específicamente basada en el "deber ser", ley moral que se expresa en el "imperativo categórico" (fórmula racional kantiana).

*preceptor Olguín? Por favor señor mío, dadme una señal, el tiempo se agota.*

*Hoy no ha sido un buen día. Las dudas que aquejan mi conciencia se niegan a disiparse y debo tomar una decisión lo antes posible. No puede ser, bajo ningún punto de vista, que esta gente laboriosa y esperanzada, que sacrificadamente lleva adelante la maravillosa empresa civilizatoria, en este inhóspito lugar de la tierra, esté empujada por las fuerzas del mal.*

## CABEZA DE BUEY

Aún conservaba en el paladar el agrio sabor de la hostia, cuando recorrí el pasillo central de la parroquia y atravesé el umbral. En la vereda; un grupo de devotos comentaba en voz baja la homilía. El cura párroco había abusado del sermón para fustigar el paganismo hereje. Sobre los feligreses angustiados aún sobrevolaban figuras de tormentos macabros en el ultramundo que, con tono de barítono y excelente alocución, supo describir el sacerdote; en clara alusión a quienes días atrás habían colaborado con el hechicero *boroga* en espíritu y en materia. En la calle, y bajo la sombra que proyectaba el campanario a medio construir, el hombre alisó el ala del sombrero y me saludó con un gesto de elocuente preocupación:

*Buenos días señorita Maranesi.*

*Buenos días señor intendente.*

*No lo vi en la misa al preceptor Olguín,* señaló y se calzó el sombrero.

*Es verdad... no ha venido. ¿Le habrá sucedido algo?,* comenté como al descuido y desvié la mirada hacia la forrajería. Dos hombres fumaban debajo del alero con ademanes lentos.

*¿Usted lo entrevistó ayer, verdad?*

*Sí.*

*¿Lo vio mal de salud?*

*No; se lo ve muy bien, despreocúpese, busqué tranquilizarlo.*

*Mañana inauguramos las escuelas. Esta tarde llegan los músicos de la Orquesta municipal de 9 de Julio.*

*¡Qué bien! Va resultar emocionante el acto de apertura. Con su permiso, intenté retirarme.*

El intendente carraspeó nervioso.

*Espere un momento preceptora, me detuvo antes que le diera la espalda. ¿Cuál es su opinión?*

*¿Sobre el acto?*

*No; sobre el preceptor, me corrigió en un tono despectivo.*

Carmen González se acercó alzando apenas la falda de la pollera para evitar que se le empolvara el ruedo. Lucía un hermoso sombrero adornado con plumas rosadas. En la mano izquierda sostenía un abanico con figura orientales, que cerró con delicadeza. Se acurrucó junto al pecho del intendente como si en ese gesto afirmara la pertenencia de aquel hombre.

*Buenos días preceptora; ¿calor verdad?, comentó de rigor y esgrimió una tenue sonrisa.*

El movimiento del sol contraía la sombra de la Iglesia hacia el borde de la vereda.

*Buenos días doña Carmen. Este clima comienza a asemejarse al reino del Tenebroso que describió el padre ¿no le parece?, bromeé.*

Carmen González dejó escapar una carcajada chillona, que denotaba más nerviosismo que gracia y volvió a desplegar el abanico.

*Me debe una respuesta preceptora, insistió el intendente.*

Busqué el tono adecuado para responderle:

*El preceptor Olguín porta sobre sus espaldas más de veinticinco años de docencia, ¿le parecen pocos?*

*Discúlpeme, pero no alcanzo a comprenderla, replicó con fastidio.*

*Le quiero decir, en cuanto a lo pedagógico, que la experiencia del preceptor es amplia y dilatada. Y en lo que concierne a su vida privada, sólo Dios conoce el destino de los hombres y es el único que puede juzgarlo en tanto leyes Divinas.*

*¿Y de las leyes terrenales tiene algo que opinar?, planteó en un tono cargado de ironía.*

*Las leyes terrenales son incumbencia de los hombres. Y en caso de caber sanción, será incumbencia del Consejo Escolar de San Carlos y el Consejo Provincial de Educación, argumenté y por segunda vez intenté despedirme: con su permiso, buenos días.*

*Señorita Maranesi, intervino Carmen González, le informo en nombre de las Damas de la Sociedad de Beneficencia que el próximo sábado por la tarde, aprovechando la estadía de los músicos de la banda municipal de 9 de Julio, vamos a realizar un baile a beneficio en el salón Il Fior di Maggio de la Sociedad Italiana.*

*¡Excelente!, exclamé con entusiasmo, desde ya cuenten con mi colaboración.*

*Gracias y buenos días señorita Maranesi, me saludó Carmen González con un leve movimiento de cabeza. ¿Simpática, no?, le oí comentar por lo bajo al alejarme en dirección a la Berlina.*

## II

La yegua empujó las varas y nos pusimos en movimiento. Al llegar a la plaza tomé la calle principal. Una brisa ardiente me obligó a sostener el sombrero. El sol alcanzaba el cenit y el aire se resistía a ser respirado. Dejé atrás los últimos ranchos del pueblo. La calle desapareció y abrió lugar a las pajas bravas que rodeaban la laguna. La yegüita sacó pecho y galopó con dificultad entre los pastizales resecos haciendo brincar el carruaje. Al divisar los juncos tiré de las riendas y el coche se detuvo cerca de la barranca. Algunas gallaretas sorprendidas por el resoplar de la yegua se zambulleron; otras iniciaron un corto vuelo que las adentró en la laguna y al descender abrieron débiles estelas sobre la superficie del agua, que en su leve ondular disparaba destellos de luz.

A izquierda y a derecha se reproducía el resplandor de otras lagunas.<sup>30</sup> Recordé el comentario de Rosa Laciari acerca de un espejo de agua ubicado a legua y media de San Carlos, siempre en dirección suroeste, denominado "*Cabeza de Buey*"<sup>31</sup>, por donde habitualmente pasaba la rastrillada india rumbo a las *Salinas Grandes*. Desestimé los eventuales peligros que implicaba el alejarse del pueblo y me interné en el desierto para conocer el mítico lugar.

Asustada por el retumbar de los cascos sobre la tierra yerma, la mulita se disparó contra la suavidad de la loma y desapareció dentro de la cueva seguida por las crías. En el horizonte inimpugnable el azul intenso del cielo

---

<sup>30</sup> Por los datos que brinda Giole se trata de "Las encadenadas", también llamadas "Las acollaradas" por la disposición en forma de collar. Actualmente el parque municipal, creado por los gobiernos conservadores de la década del '30, se llama "Parque Las Acollaradas". Según los registros eran siete lagunas.

<sup>31</sup> Cabeza de Buey, es una laguna legendaria ubicada a unos siete kilómetros de San Carlos. Fue paso obligado de las expediciones salineras hacia el Carhué. Hay registros de su ubicación en el siglo XVIII realizado por las autoridades de Bs. As. en pleno proceso colonial.

besaba la tierra. A media hora de marcha pareja divisé el reflejo de la *Cabeza de Buey*.

*¡Corre Dulcinea, corre!*, exclamé con alegría

La yegüita abandonó el trote manso e inició un galope alocado que sacudió la Berlina. Al llegar a la *Cabeza de Buey* tiré de las riendas y el coche se detuvo. Descendí y caminé con cuidado hasta la pequeña playa de arena dorada que se abría entre los juncos. Cinco gansos de cuello negro realizaron un giro de ciento ochenta grados y se desplazaron hacia el centro de la laguna. Me agaché para recoger la piedrecilla azulada y tomé un puñado de arena que dejé escurrir entre los dedos. El relincho de la yegüita me hizo volver y pude observar la serpiente, que reptó entre las ruedas del carruaje. Esperé que desapareciera entre los breves pastizales y me acerqué a calmar el animal. Fue entonces que descubrí el escuálido mangrullo, elevado un par de metros sobre la loma. Intrigada, bordeé la laguna, atravesé el médano y detuve el coche al borde del terraplén, frente a la empalizada.

*¡Hay alguien ahí!*, me anuncié improvisando una bocina con las manos.

No había signos de vida alguna en el fortín. El aire se movía con cautela. Trepé el terraplén y atravesé la deprimente empalizada. Avancé hacia el mangrullo y observé el cañón. El óxido dibujaba extrañas figuras sobre el metal. Seguí avanzando. Junto a la puerta del rancho yacía un sable partido con la empuñadura semienterrada. De tan podrida, la cortina de lona se rajó apenas la empujé. Al ingresar al rancho, lo primero que tuve mis ojos fue la rústica mesa y el porrón de cerámica; luego el catre de campaña y el cuaderno aprisionado por la calavera, que apuntaba las cuencas vacías hacia la ventana.

*¡Dios mío!*, exclamé y salí del rancho tapándome la boca. El sombrero se



desprendió de mi cuello y rodó por el suelo. Apoyada en uno de los palos del mangrullo vomité. *Dios mío...*, repetí y me limpié los labios con el pañuelo. Alcé el sombrero y lo liberé del polvo. Respiré profundo y miré angustiada en derredor. Levanté por la empuñadura el sable partido, traspasé la puerta del rancho y de costado me acerqué al catre. Estiré el sable y la hoja trunca desplazó la calavera, que cayó al suelo y se arrinconó contra la pared de adobe. Tomé el cuaderno cubierto de polvo y con el pañuelo limpié parte de la superficie. Lo abrí con curiosidad y cierto cuidado, porque las hojas resacas se hallaban adheridas en los bordes y tendían a resquebrajarse.

### III

*Primeros días de octubre o fin de septiembre de 1874, por ahí debemos de andar. Hace tres días que estamos acosados por la indiada y de no llegar los refuerzos a más tardar para mañana este fuerte será nuestro camposanto. Venimos aguantando bien el chubasco, pero por desgracia nos queda una caja de municiones y solitos para resistir el sargento Gómez, el milico Luna, y yo, el capitán Navarro. Anoche el milico Segovia desertó, y esta mañana durante el ataque que repelimos, uno de los salvajes nos tiró dentro del fuerte la cabeza del traidor para amedrentarnos. El sargento Gómez la colgó del travesaño del mangrullo y ahorita mismo se pudre al sol, y si no dejamos el cuero en esta patriada la vamos a usar para que no se vuele la cortina de la puerta el rancho.*

*¡Canejo!, tuito por culpa de la revolución que le está haciendo el general Mitre a las fuerzas gubernamentales. Si hubiese aceptado lo más pancho la*

*elección y no lo acusara de fraude al doctor Avellaneda, esta revolución taimada no hubiera podido ser y no estaríamos en este brete, que Sarmiento terminara tranquilo su mandato y listo el pollo.*<sup>32</sup>

*La semana pasada se nos apareció el general Rivas con más de doscientos milicos y trescientos indios leales y nos decomisaron la caballada, requisaron hasta la última gota de pólvora para el cañón y reclutaron de prepo a los milicos Silva, Viera, Caraballo y Nicanor. Los indios anoticiados de nuestra debilidad no nos dan tregua. ¡Ordenes son ordenes! ¡O quieren que los arrasemos!, nos prepotió el general y se me enardecieron las tripas. ¿Y cuáles son los motivos como pa' alzarse contra el gobierno nacional?, le pregunté medio insolente y al general le salieron chispas por los ojos. ¡Yo blandí mi sable junto al del general Mitre en mil batallas! ¡En Caseros, en Pavón, en Paraguay! ¡O se piensa que esta mano me la comió un chanco en la disparada!, gritó de arriba del alazán mostrándome la manca, y ahí nomás le retruqué: ¡La perdió en el asalto a Curupaytí, en el mismo que yo estuve, y le ricuerdo que también estuve en Pavón y en Entre Ríos, y acá me aguanto la indiada pa' hacer grande la patria! ¡O se piensa que me le ando achicando a las chuzas!*

*Se hizo el que no escuchó y empezó a repartir instrucciones: ¡Carguen la pólvora y saquen los pingos del corral! ¡Y usted capitán, acate las órdenes carajo!, me dijo. Ahí nomás le pelé el sable. ¡A mí no me carajea naide canejo!,*

---

<sup>32</sup> Los sucesos de la rebelión Mitrista acontecieron tal cual los narra Giole, en 1874, pero es dudoso el encuentro de Rivas con el supuesto capitán Navarro. En una de las cartas enviadas por Henri Dubois, fechada en agosto de 1895, le pregunta a Giole acerca la veracidad de estos hechos. Lamentablemente la respuesta de Giole quedó en manos de Dubois, y en las cartas subsiguientes que enviara Dubois, si bien abundan interrogantes del tipo, no hay comentarios al respecto de este acontecimiento, específicamente. Creo que Giole Maranesi adornaba sus relatos con hechos históricos pensando en un posible lector europeo. En el diario íntimo registra la laguna Cabeza de Buey, los restos del puesto militar y su encuentro con Luigi Mazzarino, pero no menciona el cuaderno del Capitán Navarro. ¿Pudo habersele pasado?

*y los milicos me apuntaron como para fusilarme. ¡No tiren!, les ordenó. ¡El capitán Navarro es un patriota!, dijo y me miró enfurecido. ¡Y yo también!, se dio corte solo. ¡Envaine ese sable hombre! ¡Estoy en contra del gobierno porque el general Mitre es un amigo, y a un amigo no se lo deja en la estacada y sanseacabó!, dijo, espoleó el caballo y se fueron todos para el lao de Blanca Grande.*

*Estuve pensando en abandonar el fuerte, pero del otro lao debe de haber como doscientas lanzas y desmontao' no llegamos ni al San Carlos. Por eso describo estas líneas en el cuaderno de anotaciones que no tocaba como hace un mes. Y si de mala suerte le dejamos el cuero a los caranchos, espero que algún cristiano de buena ley las encuentre y se las lleve a mis gurises, pa' que vean que su tata, el capitán Navarro, no se achica, que le mostró el sable al general Rivas y no lo arrea ni un pelotón de fusilamiento.*

*Carajo... si al menos tuviéramos un poco de yerba y tabaco...*

## IV

Cerré el cuaderno y suspiré. Entre las pajas del techo y el parante central, la araña tejía los hilos de baba y la tela temblaba bajo el accionar frenético de las patas. Una ráfaga de aire caliente atravesó la ventana y arrastró el papel arrugado por debajo de los jirones de la cortina. Atravesé la puerta del rancho y me topé con el caño de la escopeta. Pegado a la culata del arma se delineaba el rostro barrido por la sombra de la visera.

*¿Quién Demonios es usted?*

*Baje el arma por Dios..., imploré. Soy Gioele Maranesi, vengo de San Carlos.*

Era un hombre joven, vestía una camisa blanca arremangada hasta los codos y un pantalón holgado. Dejó caer el caño de la escopeta y se quitó la gorra. Los cabellos rubios brillaron bajo el sol. Ensayó una tímida sonrisa y sus ojos celestes me transmitieron serenidad.

*Luigi Mazzarino, de Potenza, estiró con acento itálico. ¿Qué hace aquí?*

*Sólo por curiosidad... quería conocer la Cabeza de Buey, vi el fortín y no pude resistir la tentación. ¿Está abandonado desde hace mucho?*

El muchacho se calzó la gorra tirando de la visera. Se rascó el mentón, desvió la mirada hacia el mangrullo y apoyó la mano en uno de los postes retorcidos.

*Cuando llegamos en el 79' ya no había nadie... la verdad es que más no sé.*

*Es extraño que abandonen un fortín. ¿No le parece?*

Depositó la mirada en el suelo y con la punta de la bota empujó la vaina de remington.

*Esto no es lo que se dice un fortín. Es un puesto de comunicaciones y vigilancia. Nunca debió tener más de tres o cuatro soldados.*

Le mostré el cuaderno.

*Entre sus páginas dice que había por lo menos ocho.*

Alzó la cabeza y miró el carancho que planeaba debajo de una nube solitaria. El ave era apenas un punto oscuro suspendido en el aire.

*Puede ser..., dejó correr y meneó con desagrado la cabeza. Nunca debió entrar, deslizó.*

*¿Por qué?, le pregunté.*

Alzó la vaina y la sopló. Junto al polvo depositado en la cavidad se desprendió un silbido apagado.

*Mire señora...*

*Señorita.*

*Mire señorita, a este puesto no entran ni los indios.*

Atravesé la empalizada. El muchacho guardó la vaina del proyectil en el bolsillo del pantalón.

*¿Y por qué no se animan a entrar?*

*Los gauchos del pueblo dicen que está engualichado...*

*¿Engualichado?*

*Embrujado, aclaró, por las noches de luna llena se escucha el griterío de los indios y el disparar de los fusiles, y cuando todo vuelve a la calma aparece un soldado con un sable partido arrastrando la cabeza de un cristiano. Algunos aseguran haberlo visto arriba del mangrullo desafiando a un general del ejército.*

Contuve la respiración.

*¿El general Rivas?*

El muchacho meneó la cabeza.

*No sé..., admitió, pero parece que el susodicho le llevó los caballos, la pólvora, los víveres, y los dejó a merced de los indios que los despenaron a todos.*

Una nube tapó fugazmente el sol.

*Tiene razón, será mejor dejar a los muertos en paz,* afirmé, y al atravesar la empalizada resbalé por la pendiente del terraplén.

El muchacho bajó deprisa. Con su ayuda logré ponerme de pie. Quise dar un paso y el dolor me detuvo

*¿Se siente bien?*

La yegua relinchó y sacudió la cabeza.

*Es el tobillo.*

*Venga conmigo, vivo del otro lado de la laguna.*

Lo miré con desconfianza; él sonrió.

*No tema, soy buena persona.*

Intenté dar un paso y experimenté un intenso dolor en todo el pie.

*No voy a poder subir.*

*Si me permite,* sugirió con timidez.

*Por favor...,* le supliqué.

Desplazó la mano por debajo de mi falda y sentí el contacto del antebrazo en las nalgas. Una suave brisa acariciaba los pastizales y el cielo comenzó a poblarse de pequeñas nubes. Entrecerré los ojos cuando la otra mano me aprisionó al borde de los senos. Aferré el cuello del muchacho y un leve rubor me invadió las mejillas. Suspendida en sus brazos observé el perfil del rostro: la nariz recta, los labios gruesos y rosados, las largas pestañas, la ceja que huía hacia la sien, la barba imberbe, incipiente y despoblada. Con suavidad me depositó en el asiento del coche. Los ojos celestes me escudaron unos breves instantes y un cosquilleo incierto me recorrió la comisura de los labios.

*¿Se siente mejor?*

*Sí, gracias,* le respondí con cierta angustia.

El muchacho volvió a trepar el terraplén. A través de la empalizada

recogió la escopeta del suelo. Echó una última mirada al mangrullo y descendió con agilidad el talud. Depositó la escopeta en el piso del coche, me alcanzó la sombrilla, pisó el estribo y en un sólo movimiento estuvo sentado junto a mí, en el pescante, con las riendas en la mano. Una nutria se zambulló al paso del coche; asomando apenas la cabeza nadó hacia los juncos. En dirección suroeste las nubes comenzaban a reunirse.

*Se está formando tormenta, señale.*

*Al fin va a llover*, comentó el muchacho y me dirigió una mirada provista de interés. *Es muy bonita su sombrilla*, observó.

*Era de mi madre.*

*Muy elegante*

*Sí, claro, ella lo era*, afirmé y un recuerdo triste me invadió.

*Usted también.*

*¿Cómo?*

*Que usted también es elegante.*

Torcí el rumbo de la conversación:

*¿Por qué se ubicaron tan lejos de San Carlos?*

El muchacho meneó la cabeza. Bordeamos el codo de la laguna cortado a cuajo por las barrancas y la yegüita pechó los pastizales para internarse en la leve depresión del terreno.

*Bueno..., titubeó, creo que me gusta la soledad del campo. Además, aquí la tierra es fértil.*

Los teros comenzaron a gritar cuando la Berlina comenzó a trepar la loma.

*¿No tiene miedo?*

Desplegó una amplia sonrisa al mirarme.

*Es extraño..., reflexionó y desdibujó la sonrisa, ¿sabe cuánto hace que no siento miedo?*

Creo que lo observé con un gesto de interrogación.

*La última vez fue hace mucho, recordó, cuando cruzábamos el océano con Gianluca.*

*¿Gianluca?*

*Mi hermano mayor, aclaró.*

Tiró de las riendas a un costado y la yegua obedeció con mansedumbre.

*Nos sorprendió una tormenta cerca de Montevideo. Recuerdo que cuando comenzó a levantarse el oleaje me tomó de la mano y nos zambullimos por la escotilla que daba a la bodega del barco. Toda la nave crujía y por las juntas se producían filtraciones. Desde la cubierta llegaban los gritos desesperados de los marineros junto a las bombas de achique. El viento infernal no cesaba, Gianluca me abrazó y nos arrinconamos sobre un alambique. Tuve mucho miedo, sí. El agua barría la cubierta y se metía a chorros por la escotilla. La bodega era muy oscura y el farol que nos alumbraba se hamacaba como un mono. Yo era chico, no tenía más de trece años; y lloré un rato largo porque pensaba que de un momento a otro nos íbamos a encontrar en el fondo del mar alimentando a los peces.*

*¿Y después... qué pasó?*

*Todo volvió a la calma. En cubierta el foque de mesana había desaparecido y los marineros reparaban un trinquete dañado. Usted no va a creer, pero en menos de dos horas el mar era otro; un animalito dócil, tranquilo como un anciano, casi aburrido parecía que estaba.*



Se calzó la gorra y volvió a menear la cabeza.

*¿Sabe?, a veces me quedo mirando el campo, así, como un náufrago, y tengo la misma sensación de desconcierto.*

Sentí un puntazo agudo en el tobillo pero no me quejé, apenas si apreté los labios.

*Después no recuerdo haber tenido lo que se dice miedo. Un poco de temor ante la presencia de algunos indios a la distancia, pero miedo no. ¿Será que uno se olvida?*

*No sabría responderle, le respondí.*

El muchacho estiró el brazo y señaló hacia adelante.

*Allá vivo.*

## V

No podía creer lo que mis ojos veían. Alrededor de cien álamos dispuestos en hileras de seis parecían montar guardia cerca del rancho. Eran ejemplares jóvenes, de unos cuatro metros de altura. Las hojas escandalizaban la quietud aparente del desierto. El alazán pastaba de la parva y alzó la cabeza cuando nos detuvimos a la sombra de los árboles.

*Aguarde un momento, ya regreso,* dijo y corrió en dirección al rancho; la escopeta le colgaba de la mano derecha.

Acaricié una de las hojas suspendidas sobre mi cabeza. Detrás de la precaria edificación el maizal se doraba al sol, maduro, presto a ser cosechado. El ternero correteó alrededor de la vaca en un torpe jugueteo, hasta que logró meter la cabeza contra la ubre y mamó con dedicación. El muchacho salió del

rancho y con restos de una vieja camisa improvisó las vendas. Al pasar junto al jagüel llenó de agua la jarra de aluminio.

*Permítame.*

Me retiró el zapato y el calcetín. Una aureola violácea se extendía por toda la superficie inflamada de mi tobillo izquierdo.

*Le va a doler un poco, no se asuste, anticipó.*

El muchacho me tomó del tobillo con ambas manos y realizó un movimiento seco y veloz que me arrancó un quejido de dolor. Luego me vendó el pie con firmeza

*¿Se siente mejor?*

Sí, aseguré más aliviada y me calcé el botín sin anudarlo.

*Intente ponerse de pie, sugirió y me ayudó a bajar del coche.*

Con cautela apoyé el pie en tierra y a pesar del persistente dolor, sentí que podía desplazarme con cierta seguridad.

*Gracias, condescendí y bebí de la jarra un sorbo de agua.*

*Siéntese, me dijo señalando la banqueta.*

Me senté y dejé que el rumor de las hojas me envolviese.

*Es maravilloso... hay más árboles que en todo San Carlos, comenté.*

*El que está a su derecha... ¿ve?, es el padre de todos ellos, señaló, lo traje de Saladillo. Era apenas una estaquita, no más larga que un cuchillo, y lo enterré ahí ¿ve? Al año medía dos metros y estaba lleno de hojas. Los álamos son extraordinarios, se aferran con tanta pasión a la tierra que no hay vendaval que los doblegue y con un poquito de agua, no más, crecen fuertes y rectos. Van a derrotar al desierto, son invencibles, créalo.*

El sol se ocultó detrás una nube con forma de ballena. Sonreí; él me

miró con curiosidad y se sentó sobre el pasto.

*Gianluca amaba las plantas y me enseñó a leer con un libro de botánica, el único libro que había en casa de nuestros padres. Gianluca creía que eran los únicos seres dignos del mundo. Él me enseñó a comprender ese universo silencioso y lleno de misterio, de vida casi imperceptible, de perfecta armonía. “Ves”, dijo engrosando la voz, “parecen quietos de por vida allí donde hienden las raíces; sin embargo están en permanente movimiento y son tan viajeros y conquistadores de nuevas tierras como los hombres; pero nunca se lo comentas a nadie porque te trataran de loco”, me aconsejó. Ya ve, con usted no le hice caso, dijo y sonrió.*

*Es una idea extraña ¿no le parece?*

Arrancó una hierba delgada y se la llevó a la boca.

*No lo crea. ¿Ve aquellos cardos?*, señaló en dirección al ternero que se había alejado de la vaca lechera.

Ubiqué los cardos y contemplé las flores que viraban del violeta fulgurante al azul intenso, protegidas por las hojas espinosas en las cimas de los tallos.

*¿Aquellos?*

*Sí; sueltan un papus plumoso que transporta la semilla. Los lugareños los llaman panaderos, cuando los ven volar arrastrados por el viento. Fíjese que están en todos lados, que han conquistado el desierto; silenciosamente le diría.*

*Es verdad, a su modo se mueven.*

*Más que eso, añadió entusiasmado, recorren distancias inconmensurables, pasan de un continente a otro, atraviesan mares y océanos sin que*

*nadie los advierta.*

*Cedí a la tentación y me llevé la mano a la boca para contener la risa.*

*¿De qué se ríe?*

*Está bien que de algún modo se desplazan, pero no le parece un poco exagerado que..., intenté una respuesta pero volví a tentarme.*

*Sólo hay dos especies de cardo en toda la pampa ¿sabe?, afirmó con seriedad, el de Castilla y el cardo asnal. Son originarios del norte de África y de allí han pasado, tal vez, con los moros a Extremadura y luego han cruzado el Atlántico, quizás, en las prendas de algunos españoles. Allí ¿ve?, junto al jagüel, ese eucaliptus, que es apenas un montón de ramitas tímidas y que para cuando ya no estemos usted ni yo sobre esta tierra llegará a más de quince metros de altura, viene de Australia. Y ese duraznero que está a su derecha, atrás del potrillo, viene de la China.*

*Me mantuve en silencio y lo observé con interés.*

*Disculpe, seguramente estas reflexiones le parecen demasiado estúpidas, murmuró y depositó la mirada sobre el pasto. Los sabios están preocupados por problemas mucho más importantes, que un pobre campesino como yo nunca podrá entender ¿no es cierto?*

*No, no..., ¿cómo le digo? No fue mi intención... discúlpeme, titubeé incómoda.*

*¿Piensa que soy un tonto verdad?*

*No, no, le dije y sentí deseos de acariciarlo, pero me contuve, no se ponga triste, por favor, es muy interesante lo que usted dice.*

*Alzó los ojos celestes en busca de los míos.*

*¿No se ríe usted de mí?*

*No, todo lo contrario. Prosiga, por favor...*

Se abrazó las rodillas y dirigió la mirada hacia el duraznero.

*Amo las plantas, las protejo del viento y las heladas. Las cuido y también les hablo, creo que me entienden. Aquel duraznero, para la próxima navidad, me devolverá con sus frutos todo el cariño que he sabido darle. Si Gianluca estuviera aquí... sabría explicarle mejor,* concluyó con una sonrisa melancólica.

Desvié la mirada hacia el rancho. Al fondo, a unos pocos metros de distancia, la cruz encalada se destacaba sobre la sepultura

*Debo regresar.*

El muchacho se acomodó la gorra tirando de la visera.

*¿Tan pronto?*

Asentí con un leve movimiento de cabeza y subí con dificultad al coche.

Tomé las riendas y miré hacia adelante.

*¿Quiere qué la acompañe?*

*No es conveniente.*

*¿Volveremos a vernos?*

*Gracias por todo, ha sido muy amable. Adiós.*

*Domingo 14 de febrero de 1882.*

*Hoy no he almorzado. Apenas si siento deseos de probar bocado. Me encuentro invadida por una extraña sensación. Esperé tanto un día como el de mañana, lo soñé lleno de claridad, como una gran aurora alumbrando las tinieblas que la barbarie impone a los hombres. Sin embargo; ahora deseo que mañana nunca acontezca. Y no encuentro explicación a este sentimiento adverso a la civilización. “Será un geniecillo maligno que trata de confundirme”,<sup>33</sup> se preguntaba Descartes ante la sospecha de que ni siquiera el conocimiento formal le brindaba un camino seguro a la verdad.*

*Es inútil continuar con tontas especulaciones: Dios existe y nos protege, guía nuestros pasos sobre la tierra. Y aunque nosotros, pobres pecadores, no sepamos bien adónde se dirigen, él lo sabe en su infinita bondad. Sí, mañana será un nuevo triunfo de la civilización sobre la barbarie, de la luz sobre las tinieblas.*

*Por la tarde, luego de mi travesía en el desierto, encontré cuatro soldados clavando una larga vara en medio de la calle, frente al edificio municipal. “Este será el mástil en el cual ondeará nuestra insignia patria”, contestó a mi inoportuna pregunta el capitán López inflamado de orgullo. Lucía un uniforme de gala, bastante gastado, y un quepis azul con viras rojas, demasiado nuevo, que lo hacía desentonar con la chaqueta y el pantalón, en donde el color original había dado paso a un gris indeciso. ¿Será ese su*

---

<sup>33</sup> Discurso del método para conducir bien la razón y buscar la verdad en las ciencias, publicado en 1636, René Descartes (1596-1650), fundador de la filosofía moderna.

*uniforme de gala? Sospecho que sí, a juzgar por la cantidad de condecoraciones que le cubrían el pecho del lado del corazón. Los soldados seguían tan desaliñados como la vez que entraron a pleno galope a San Carlos y se fueron tras la polvareda que levantaba el malón a la distancia. La diferencia que, acicalados, parecían otras personas, y no se asemejaban tanto a los simios, como cuando lucían esas horrendas y desprolijas barbas que les ocultaba el rostro. Ahora se habían dejado unos gruesos bigotes que les cubría el labio inferior. Desmontados, con ese andar chueco y desgarrado, y sin los rifles, no resultaban tan amenazantes, más bien parecían inofensivos, una especie uniformada de mendigos. Uno de ellos, que me miró desde el momento en que detuve el coche junto al mástil, murmuró: “Linda prienda pa’ mi pial”, lo que provocó la furia del capitán López, quien arremetió a fustazos contra el pobre infeliz. “¡Yo te voy a enseñar a respetar milico cabrón!, le gritó como a un perro y le descargó terribles golpes con un rebenque en la espalda, hasta que el soldado logró huir. ¡Y te salvas del cepo porque estamos de fiesta!, lo amenazó para luego regresar junto a mí. “Sabrá disculpar este pésimo espectáculo, pero la frontera no es Buenos Aires, y aquí hay que saber lidiar no sólo con la indiada, sino también con gauchos ladinos y pendencieros”, se excusó.*

*El capitán López es un hombre rudo, curtido por el sol del desierto. Es apuesto, y creo que lo tiene en cuenta. Al hablar eleva el mentón para darle un tono de autoridad a las palabras; ese gesto lo hace más recio y varonil. Supongo que debe ser muy pretendido por las muchachas en edad de merecer, y por su presencia cada vez más asidua en las calles de San Carlos, se me hace que pronto tendrá novedades en la vida sentimental. Le pregunté si*

*era necesaria tanta violencia para mantener la disciplina. “Estos no son hombres, son bestias”, afirmó. “Hombres civilizados saldrán de las escuelas señorita, pero de mientras tanto, este es el único lenguaje que entienden”, dijo en control de los tres soldados que aseguraban la base del mástil apisonando piedras.*

*Antes de despedirme del capitán, se hizo presente el juez de Paz y me recriminó de muy mal modo el haberme alejado sin custodia del pueblo. Ante silencio impertérrito en el cual me amparé, se incomodó bastante. Sin saber qué decir, señaló la intendencia. Los músicos de la orquesta municipal de 9 de Julio, cuatro ancianos de movimientos torpes, bajaban los instrumentos del carruaje. La Damas de la sociedad de Beneficencia presenciaban el desempaque de un contrabajo y un grupo de niños correteaba por la vereda. Molesta por la impertinencia del juez de Paz me retiré sin saludar. Al llegar a la escuela, Isabel desató la yegüita y la llevó a pastar al solar.*

*El resto de la tarde la pasé junto a la ventana observando las nubes que se desplazaban hacia el noroeste. Repasé los acontecimientos del día: el entredicho con el intendente a la salida de misa, el paseo por las acollaradas y ese irresistible impulso que me hizo avanzar por el desierto hasta la Cabeza de Buey. Quizá tenga razón el juez de Paz, pero hay modos y modos de hablar. Igual fue una jornada extraordinaria; bien valió la pena asumir el riesgo. El fortín abandonado, el accidente al resbalar por el terraplén... Al quitarme las vendas encontré el tobillo desinflamado, aunque un poco morado aún. Y desde ese momento no he podido dejar de pensar en Luigi Mazzarino, tan joven, tan solitario... Tal vez debí ser más cortés con él al despedirme, pero de ningún modo puedo sembrar falsas expectativas. Son muy extrañas las sensaciones*



*que me despertó su existencia allí, tan lejos de San Carlos, con sus plantas, y los pocos animales que lo acompañan. Dice amar el desierto, pero su bella mirada es triste. Tal vez la pérdida de su hermano, no sé. Pienso en Luigi Mazzarino y recurre a mi memoria una frase que solía citar el padre Mamerto Esquieu: “Sombra entre las sombras es el paso del hombre en la tierra”.*

## LE GRAND JOUR

El intendente y el presidente del Consejo Escolar salieron del municipio tirando de los bordes de la insignia patria. El preceptor Olguín y yo íbamos detrás de ellos sosteniendo las puntas restantes de la bandera. En la calle principal formaban los alumnos: a la derecha los varones y a la izquierda las niñas. De cara a la formación escolar se ubicaban los músicos de la orquesta 9 de Julio y el capitán López, quien en una postura rígida sostenía el sable y casi sin pestañear hacia la venia; un paso al frente de los cuatro soldados mal entrazados con los rifles en descanso. En los flancos, sobre ambas veredas, todo San Carlos se había congregado.

Llegamos al mástil. Las Damas de Beneficencia dejaron de repartir escarapelas de papel y se posicionaron próximas al palco. Ortiz y el intendente ataron la bandera y comenzaron a discutir por lo bajo quién era el encargado de izarla, hasta que el presidente del consejo escolar tomó con decisión las riendas. El preceptor Olguín fue el último en liberarla y nuestra insignia patria flameó hacia lo alto del mástil. El capitán López cortó el aire con el sable y los soldados dispararon la salva al cielo encapotado. De inmediato sonó el redoblante. El violín y el trombón atacaron con los primeros acordes del himno nacional. El anciano del contrabajo entró apenas tarde, pero casi nadie lo advirtió, excepto Ismael Olguín.

*El abuelo está sordo o se durmió*, murmuró y permanecí inmutable ante el comentario.

La voz enardecida del capitán López se imponía sobre la de los colegiales y las Damas de Beneficencia. Los soldados hacían como que cantaban, pero el movimiento a destiempo de los labios delataba que se habían perdido por no conocer la letra del himno. Al finalizar la última estrofa, se confundió el aplauso cerrado de los presentes con el *¡Viva la patria!* del juez de Paz. El capitán López volvió a bajar el sable y los soldados dispararon la nueva salva.

*En este maravilloso día para la civilización, aquí, en el corazón del desierto bárbaro, un nuevo sol alumbra la esperanza siempre renovada de los hombres y mujeres, que día a día construyen, silenciosa y laboriosamente, con denodado esfuerzo y ahínco, la grandeza futura de esta flor de la pampa salvaje:* San Carlos, inició el discurso inaugural el intendente. Hizo una breve pausa y le dirigió una mirada inquisidora al juez de Paz, que rápidamente encabezó los aplausos. El relámpago se recortó veloz y fugitivo, seguido por el trueno que rugió con tal violencia que hizo estremecer la tierra. Monsieur Dubois, detrás de los soldados, alzó la mirada hacia las oscuras nubes que hacían declinar la luz ambiente.

*¡El sol del saber!*, reinició con entusiasmo el intendente y miró de reojo hacia arriba. Una de las gruesas gotas que comenzaron a caer le dio de lleno en la frente y prosiguió sin tanto énfasis: *Decía... el sol del saber ilumina esta patriótica empresa en la que Dios, nuestro señor, acompaña...*

*De muy mala gana, habría que agregar, por lo que se ve y se oye...*, comentó Ismael Olguín en un tono sarcástico y me sacó de quicio.

*¡Usted no tiene derecho!, le recriminé*

*Y usted equivoca el sujeto de su reclamo, me corrigió. Es a "él" a quien tiene que dirigirse, concluyó con el pulgar hacia arriba.*

Cerré los puños de rabia. Los truenos se multiplicaron y se descargó el chaparrón que inició el primer desbande. El anciano de la orquesta cubrió con el saco la caja del contrabajo y pidió a gritos colaboración para trasladarlo hasta la municipalidad. Ante el desorden del acto el juez de Paz vociferó:

*¡Hay que suspender!*

*¡De acá no se mueve nadie!, ordenó el presidente del Consejo Escolar.*

Acurrucadas entre sí, las Damas de Beneficencia eran un revuelo de sombreros deformados por la lluvia. El último de los músicos entró al salón municipal con el redoblante bajo el brazo. A izquierda de las Damas, el capitán López seguía haciendo la venia y el agua le caía a chorros por la visera del quepis. Los alumnos formados en medio de la calle resistían estoicamente el aguacero. Algunas niñas llorisqueaban, pero no se movían de sus puestos. Monsieur Dubois pasó frente a los niños como si se tratara de un radiante día de sol. Llegó al palco y rozando apenas la visera del sombrero hongo saludó al intendente y al juez de Paz; luego se dirigió a mí.

*Mademoiselle... s'il vous plaît.*

Acompañó la solicitud con una reverencia que además de avergonzarme quedó ridícula. El agua doblegó las alas de mi sombrero y se escurrió por las plumas empapadas. Instalada en la perplejidad, no supe que responder. Esgrimí una sonrisa cortés, que debió resultar más patética que la ridícula reverencia y acepté el capote que me ofreció para protegerme de la lluvia

*Tout est perdu, fors l'honneur, murmuró quitándose el sombrero. Au*

*revoir*, saludó y se alejó con el barro hasta los tobillos.

*¿Quién es ese loco?*, me preguntó Ismael Olguín y con la punta de los dedos despejó los cabellos mojados que le caían sobre los ojos.

*Es todo un caballero*, le contesté.

El intendente agitó los brazos, harto de mojarse.

*¡Esto se suspende!*, gritó.

Los niños corrieron a guarecerse junto a las Damas de Beneficencia en el salón municipal. El capitán López se cuadró frente a los soldados con la hoja del sable apoyada levemente en el hombro derecho. *¡Vista izquierda!*, exclamó y los soldados se pusieron en fila. *¡De frente... march!*, ordenó. Disciplinadamente el pelotón avanzó sobre la plaza. El intendente y el juez de Paz se alejaron profiriendo toda clase de insultos.

*Arriémosla*, ordené.

Olguín me miró con curiosidad, apenas unos instantes, pero no me ayudó. Chapoteó en medio del barro y se subió a la tarima desierta. Tironeé de las riendas sin el menor éxito; la bandera era un trapo adherido al mástil de tal modo que era imposible bajarla. Sobre el palco, transformado en un peligroso plano inclinado, Ismael Olguín abrió los brazos y bajo la lluvia torrencial comenzó a pronunciar el discurso:

*Señor intendente, señor juez de Paz, señor presidente del Consejo Escolar de San Carlos, señorita Maranesi, señoras Damas de la sociedad de Beneficencia, señores padres, alumnos, ignorantes varios... ¡En este patriótico día, dios bendice los templos del saber que damos por inaugurados!*, parodió y comenzó a reírse a carcajadas.

*Es un demente...*, me dije y comprendí que la única forma posible de

rescatar la bandera consistía en hacer caer el mástil. Lo empujé con todas mis fuerzas y se volcó de costado.

## II

Isabel abrió la puerta de la escuela y me vio tirar la bandera sobre uno de los pupitres. A mis pies se formó con rapidez un charco, que se extendió por sobre el piso de ladrillos. Me desprendí con rabia del sombrero y como a un estropajo lo arrojé al suelo. Afuera, el aguacero arreciaba y prometía prolongarse. Me quité el capote, desconsolada atravesé el aula y mi cuerpo se sacudió compungido por el llanto. Isabel me hizo sentar en la silla. Me desprendió los zapatos y me quitó los calcetines; luego me ayudó con el vestido. Lloré de rabia e impotencia. Un poderoso trueno hizo vibrar las paredes. La niña procedió a secarme los cabellos con delicadeza.

*Lunes 15 de febrero de 1882.*

*El día más triste de mi vida. No puedo ni siquiera compararlo con aquel en el cual comprendí que me hallaba sola en el mundo. El de hoy, ha sido de una tristeza muy distinta. La fiebre amarilla llevó a mis padres porque así lo había dispuesto el Señor y nadie puede sustraerse a su destino. Ahora que la tarde cae y el viento del sur disipa las nubes; ahora que el sol tiñe de rojo el desierto, mi pena se agiganta. Es una congoja que me oprime el pecho. Todo debió ser de otra manera... debió ser un día bello, maravilloso aún en su simplicidad; pero fue un desastre. Toda la algarabía, toda la alegría de un pueblo entero amasada en el fango. Sé que no debo pensar así, pero lo siento como un fracaso personal.*

*Según dicen: "no hay mal que por bien no venga". Las lluvias de hoy salvaron las cosechas de los campesinos, y es un motivo de alegría. Igual yo no puedo. ¿Será esta tristeza hija del egoísmo? Otra vez las preguntas me acosan, y comienzo a girar en torno a ellas. Lo cierto es que, antes de llegar a San Carlos, mis meditaciones no eran tan agobiantes. Y me sorprende en descubrir esto, puesto que todas mis ideas previas se derrumban día a día. Había imaginado mi presencia aquí de una forma más llana. No sé; situaba los interrogantes fuera del pueblo, en la amenaza bárbara, que en efecto se halla presente. Pero en estos ocho días mi vida ha sido más agitada que en los veintidós años de mi existencia en la tierra y el centro de las preocupaciones se ha desplazado a este espacio difuso, de contornos esfumados, que componen*

*personas tan disímiles entre sí, que no logro con alguna claridad establecer mi posición en esta suerte de telaraña social en la que estoy atrapada.*

*Mi pensamiento es balbuceante. Es un puñado de impresiones contradictorias que pujan entre sí, que no encuentran un ordenamiento y constituyen un movimiento confuso que no acierta la dirección correcta y eso me provoca una terrible angustia. No sé qué pasará en la mente de los demás, pero soy una de esas personas que no pueden vivir sin al menos una certeza, por mínima que ésta fuera; sin alguna aproximación de lo que acontecerá mañana; sin una progresión evidente; sin una idea más o menos definida de futuro, como la que tenía antes de llegar a este lugar, en donde todo me resulta imprevisible. Es como si me hallara en un perpetuo presente, cuya nota sobresaliente es el azar y lo desconocido; en donde la situación más ordinaria se complejiza de una manera tan inexplicable, que sólo queda esta dolorosa sensación de que todo lo tangible puede desvanecerse de un momento a otro en el aire, como por arte de magia, en cuestión de segundos. Es intolerable para la razón. La civilización, el progreso, no puede admitirse sin la predicción, sin la obligada genuflexión de la realidad material a las verdades descubiertas por la ciencia y expresadas en leyes. ¿Qué parcela de la realidad es esta que se niega a ser doblegada por la razón? Me cuesta tanto comprender, despejar esta incertidumbre, que sólo tú Señor mío constituyes la única certeza en estos días aciagos; pero a ti sólo llego mediante la fe y no por la razón. Lo que no puedo concebir es que ambas sean inconciliables; de ningún modo, pues tú nos dotaste de ella para ejercerla en nuestra finitud terrenal.*

*He releído la “Ciudad de Dios”<sup>34</sup> en busca de explicaciones a esta*

---

<sup>34</sup> La ciudad de Dios contra los paganos, obra apologética cristiana escrita por Agustín de Hipona entre los años 412 y 426.



*sensación de un tiempo que percibo estancado, o mejor, sin una dirección rectilínea. “La educación de la raza humana, representada por el pueblo de Dios, ha avanzado, como la de un individuo, a lo largo de ciertas épocas o eras que le han permitido ir elevando de las cosas terrenales hacia las celestiales, y de lo visible a lo invisible”, afirma San Agustín con meridiana claridad. ¿Qué es lo que me hace dudar del progreso evidente de la raza humana, si la historia está allí, a la mano de cualquiera, como un registro de verificaciones irrefutables? ¿Por qué personas tan educadas como Mr. Caldwell y el preceptor Olguín se refugian en el nihilismo?. Son preguntas que me acosan sin darme tregua estos últimos días. Tal vez no tenga sentido el formularlas, y sin embargo, no puedo evitar hacerlo.*

*Basta por hoy; me siento demasiado triste y cansada. Mañana será mi primer día de clase y todo comenzará a cambiar; al menos mis pensamientos estarán más ocupados.*

## SUPREMACÍA

El hombre de chaleco negro, parado en el umbral del almacén de ramos generales, limpió los cristales de los anteojos con el pañuelo y los balanceó sobre el puente de la nariz. Frente a la escuela, las dieciséis niñas, formadas de menor a mayor, entonaban las últimas estrofas del himno nacional. En la calle, aún enfangada, no existían rastros del palco y el precario mástil.

*Buenos días alumnos.*

*¡Buenos días señorita preceptora!,* me saludaron al unísono las niñas.

Ingresamos bajo la mirada atenta de las autoridades de San Carlos y un grupo de padres, que se amontonó sobre la ventana —desde el lado de afuera— para presenciar los primeros movimientos dentro del aula. Procedí a dividir las alumnas en dos grupos: primer y tercer grado. El intendente observó emocionado a su hija mayor, sentada en el primer banco.

*¿Están contentas?,* les pregunté

*¡Sí!,* respondieron las niñas.

A continuación desplegué un mapa político de la república Argentina que cubrió la mitad de la pizarra mural.

*Nosotros vivimos en...,* dejé en suspenso y señalé con el puntero la provincia de Buenos Aires.

*¡En San Carlos!,* respondieron las niñas de tercer grado.

*En la provincia de...*

*¡Buenos Aires!*

*¿República?*

*¡Argentina!*

*Las cuatro instancias jurisdiccionales son...*

Las niñas no supieron que responder. El intendente se dirigió al juez de Paz con un gesto de confusión en el rostro.

*¿No son tres?, preguntó por lo bajo.*

*Qué yo sepa..., le contestó el juez.*

*La Nación... la provincia... el municipio..., enumeré delante de la pizarra y luego de unos segundos de tolerancia añadí: los territorios nacionales.*

*¿Cuáles son los territorios nacionales?, preguntó una de las niñas, y Manuel Ortiz se acomodó la corbata con un gesto de orgullo.*

*Esa es mi hija, señaló.*

Tracé con el puntero una línea oblicua en el mapa cortando en dos la provincia de Buenos Aires y comencé a bordear la frontera marítima hasta Tierra del Fuego. Luego ascendí con el puntero por sobre la cordillera de los Andes.

*Estos son los territorios nacionales, que actualmente se hallan ocupados por...*<sup>35</sup>

*¡Los indios!, se adelantó la hija de Sardiña, el peluquero.*

*Muy bien, aprobé con una sonrisa*

Hice un breve paréntesis para crear expectación y pregunté:

---

<sup>35</sup> El dato es inexacto, para 1882 Manuel Nanuncurá, heredero de Calfulcurá, eludía penosamente la cacería roquista y en la precordillera el último conato de resistencia estaba liderado por Valentín Sayhueque. Ya nada quedaba del control mapuche sobre el llamado "Wall Mapu". De cualquier modo es de suponer que en 1882, en el imaginario de los colonos, la amenaza indígena estaba en presente.

*¿Los indios son argentinos?*

*¡No!, respondieron todas al unísono.*

*¿Y por qué no son argentinos como nosotros?*

*¡Porque son chilenos!, exclamó alguien desde fuera del aula.*

Dirigí la mirada hacia la ventana en busca de la voz y alcancé a ver al intendente tironear de la manga del saco a Jacinto Sardiña.

*Las alumnas de tercer grado pueden tomar nota, ordené y me paré delante del escritorio. Los indios son bárbaros, salvajes que no respetan las leyes de la constitución nacional y tampoco respetan nuestra creencia religiosa: Apostólica Católica Romana. No son como nosotros. Sus hábitos son incivilizados: roban, matan, depredan. No les gusta asearse, trabajar y respetar los derechos de las demás personas. A saber: derecho a la vida, derecho a la libertad, y derecho a la propiedad privada.*

*Igual que los negros, intervino la hija de Sardina.*

*No exactamente igual, corregí, los negros pertenecen a una raza inferior a la blanca; no son tan inteligentes. Es por eso que no les gusta ir a la escuela, no les gusta estudiar y rechazan los conocimientos científicos. Pero, a pesar de tales deficiencias típicas de su raza, bien pueden convivir con nosotros y suelen ser muy laboriosos y obedientes.*

Una niña de primer grado alzó la mano.

*¿Sí?, expresé en busca de su mirada.*

*¿Cómo son los negros?, preguntó.*

*Como acabamos de describirlos, le respondí.*

*Yo nunca vi un negro, afirmó la niña.*

*En épocas de la tiranía<sup>36</sup> supo haber muchos en Buenos Aires, ahora quedan muy pocos, prácticamente se han extinguido.*

Fui hasta el escritorio, tomé el libro de tapas gruesas y dejé correr las páginas hasta llegar a las ilustraciones. Lo abrí de par en par y con el índice señalé las figuras.

*Estos son los cuatro tipos puros<sup>37</sup> ¿ven? El amarillo de origen asiático; el negro de origen africano; el blanco y superior de origen europeo y el cobrizo o amerindio, detallé frente a las niñas. Luego, claro, se produce la mezcla o el bastardeo de las razas. Y así aparece, de la cruce de blancos con negros, de negros con indios, de indios con blancos, los siguientes subtipos: zambos, mulatos, mestizos...*

*¡Ester Villalva es cimarrona!*, exclamó la hija del juez de Paz y miró hacia atrás en busca de la niña de motas, sentada en el último pupitre, del lado de la pared. *Va a aprender poco*, agregó.

Experimenté una incomodidad pasajera y desvié la mirada hacia la ventana. Sólo quedaban el juez de Paz y su esposa, el peluquero Sardiña, el herrero González, un hombre moreno y un poco más retirado monsieur Dubois.

*Bueno..., titubeé, de cualquier modo está en su derecho constitucional de acceder a la escuela, como cualquier ciudadano argentino.*

La hija del intendente giró la cabeza.

---

<sup>36</sup> Se refiere a la hegemonía "Rosista" (J.M de Rosas), que la mayoría de los historiadores ubica entre 1835-1852. Hay censos de la época que datan en de la ciudad de Buenos Aires de hasta un 30 % de población de origen afro, incluyendo los mulatos. La creación en 1811 de los cuerpos militares de pardos y morenos y la conformación del ejército de los andes, compuesto en mayoría por negros y mulatos, dan cuenta de la presencia afro, que posiblemente alcanzara dichos porcentajes en la época de Rosas y constituyera parte fundamental de su base social y política.

<sup>37</sup> He revisado manuales de principios de siglo XX con clasificaciones similares, pero no he podido tener mis manos algunos del siglo XIX. De cualquier modo, dicha clasificación tiene su origen en Karl Linneo (1707-1778), quien para la separación de las razas no sólo utiliza el criterio geográfico sino también el fenotípico. Linneo clasifica cuatro tipos de razas puras y dos subtipos, estos dos últimos con el tiempo desaparecieron en los manuales escolares.

*¿Es por eso que tu mamá se murió cuando naciste?, preguntó.*

La niña de motas se levantó y atravesó el aula. Al llegar a la puerta el padre la alzó y la abrazó. Sin dudarle golpeé las manos.

*Bien alumnos, empieza el recreo.*

Las niñas se levantaron alborotadas de los pupitres y corrieron al solar. Juan Villavalba le quitó el guardapolvo a la niña de motas.

*Tome, devuélvaselo a las doñas, dijo en un tono impersonal*

*Este es su legítimo lugar, le dije, no tiene porque retirarla.*

El arriero me miró con calma.

*Mire doña... si es pa' sufrir, que siga de boyerito, dijo y alzó a la niña; me dio la espalda y se alejó con paso rápido.*

Atravesaba la calle en dirección a la plaza cuando la nena de motas dio vuelta la cabecita y me miró por última vez, con lágrimas en los ojos. Volví a cruzar el aula y deposité el guardapolvo sobre el escritorio. Descolgué el mapa de la pizarra y comencé a enrollarlo. Alcé la mirada. La figura de monsieur Dubois se recortó plena en el vano de la puerta.

*Con su permiso..., dijo retirándose el sombrero.*

*Adelante, le ofrecí.*

Tomó asiento en el tercer pupitre y apoyó la mano derecha sobre la empuñadura del bastón.

*¿Puedo hacerle una pregunta?*

Asentí con la cabeza. Del solar llegaba la canción de ronda que las niñas cantaban.

*¿Usted cree, verdaderamente, que la capacidad de aprendizaje de la pequeña que acaba de retirar el padre se encuentra en inferioridad de*

*condiciones respecto a las demás tan sólo por la composición racial?*

Me ubiqué detrás del escritorio.

*Los estudios comparativos entre los distintos tipos raciales así lo demuestran.*

Se alisó los bigotes y me miró con desconfianza.

*Le puedo asegurar que dichos estudios son serios. Los resultados han emanado de la contrastación de más de dos mil quinientos casos, traté de legitimar. ¿Acaso le parecen pocos?, ¿duda de mis palabras?*

*No pongo en tela de juicio la seriedad de sus lecturas, señorita Maranesi. Solamente recordaba a Robert Jonhstone, un hombre de color, natural de Botswana, que había podido burlar la esclavitud a la que estaba sometido en Norteamérica, más específicamente en Virginia del sur, y se desempeñaba, cuando tuve el agrado de conocerlo, como estibador en el puerto de Marsella.*

Hizo una pausa para acomodarse el cuello palomita.

*Este hombre, prosiguió, con quien compartí extensas e interesantes conversaciones, había aprendido a leer y escribir sin ayuda alguna, manejaba a la perfección cinco idiomas y era capaz de recitar textualmente a Petrarca<sup>38</sup>, pasajes enteros de la Ilíada y la Divina Comedia. Créame que logró desarrollar, aún dentro de las condiciones más adversas que pueda usted imaginar, una cultura admirable, de excelsa belleza. Algo que muchas personas que se consideran cultas jamás alcanzarán.*

No hice esperar mi réplica:

*Una flor no hace primavera. Usted sabe a la perfección que de un caso*

---

<sup>38</sup> Francesco Petrarca (1304-1374) poeta y humanista italiano que ejerció influencia en autores como Garcilazo de la Vega y William Shakespeare.

*en particular no se puede establecer la regularidad de ningún fenómeno. Tomé con la punta de los dedos la tiza que se hallaba sobre el escritorio. ¿Cree que si la suelto puede quedar suspendida en el aire?*

Monsieur Dubois no se inquietó ante la ironía.

*Creo que usted no me alcanza a comprender. En ningún momento dudo de los resultados alcanzados por Galileo Galilei, Kleper o Newton, señorita Maranesi. Pero lo que sí me permito dudar, es que algunos fenómenos de carácter social sean del mismo orden y tratamiento que los fenómenos físicos-naturales.*

*Lo comprendo perfectamente, afirmé en un tono categórico. Y creo que usted, en este caso y sin ánimo de ofensa, no diferencia el plano de lo teórico del plano de la práctica.*

Dubois primero sonrió y luego admitió:

*Puede ser... explíquelo, por favor.*

*Sólo soy una instructora monsieur. Mis herramientas de trabajo son los resultados de la ciencia. El mío es el plano de la práctica, el del hacer. Aquí no cabe la especulación teórica, y mucho menos la duda metafísica, sino la aplicación de las verdades científicamente comprobadas.*

Me miró de soslayo y tras un breve silencio retomó:

*De todos modos, las verdades científicas cambian ¿no le parece? Durante dos mil años se pensó que la naturaleza le tenía pánico al vacío, "horror", tal como lo preconizara Aristóteles en la antigüedad clásica. Sin embargo, Torricelli, siguiendo la línea de trabajo Galileana, transformó aquella "verdad" científica.*

*En primer lugar; Aristóteles era un filósofo en el sentido clásico, y no un*



*científico moderno, argumenté en mi defensa. En segundo lugar; lo que transformó dicha concepción no fue la genialidad de hombres en particular, sino la aplicación correcta de un método.*

*Ah... creo comprender, dijo Dubois. El método es el camino recto a la verdad ¿no es cierto?*

*Científica, corregí, a la ciencia no le interesan las primeras causas.*

*Claro.*

*¿Usted cree, que desde mi posición se puede dudar?*

*No; por supuesto.*

*¿Se puede construir un país a partir de la duda?*

*Monsieur Dubois sonrió y me concedió una mirada inteligente.*

*Es interesante lo que acaba de decir, admitió. ¿La construcción de un país es la aplicación férrea de un método?, se preguntó al tiempo que abandonaba el pupitre, es interesante.*

*Fui hasta la ventana y golpeé las manos.*

*¡Niñas, el recreo terminó!*

16 de febrero de 1882.

*Hoy ha sido un día magnífico, a pleno sol. El desierto parece haber reverdecido luego de las intensas lluvias que empañaron la inauguración de las escuelas. Por la tarde llegó la galera y pude ponerme en contacto con el resto de los libros que habían quedado en Buenos Aires. También recibí, de manos de Carmen González, una invitación formal para el baile que organizan las Damas de Beneficencia en el salón Il Fior di Maggio de la sociedad Italiana. Con tal motivo, estuve inspeccionando los vestidos y aún no he decidido cuál de ellos luciré. En fin; no es tan importante la elección. Además, de aquí al sábado restan cuatro días, sin contar éste, que fenece inexorablemente.*

*Al desarmar el empaque no pude sustraerme a la nostalgia, sentimiento plácido y al mismo tiempo triste por lo que ya no es y lo que nunca más podrá ser. Junto a los libros, y cuidadosamente envueltas, tía Sophía me envió las dos muñecas de porcelana que ella misma me regaló para mi quinto cumpleaños. La verdad es que me emocioné hasta las lágrimas por todos los recuerdos bellos de mi niñez, que se hicieron presentes. ¡Mis dos muñecas de porcelana!, qué emoción... recuerdo que las bauticé Clarise y Manuela. Clarise es pálida, de grandes ojos celestes, de pestañas arqueadas y largos bucles dorados. Manuela, en cambio, es negra, de nariz ancha, ojos oscuros como la noche sin luna, y tiene la cabeza azabache cubierta de motas. Si hasta me parece escuchar las discusiones que tenían. Clarise discurría todo el tiempo acerca de las tareas de ama de casa, del cuidado de los hijos y de los deberes*

*hacia el marido y Dios. Manuela escuchaba los interminables consejos y soportaba los retos; con hipócrita atención, porque era muy traviesa y desordenada. No sé por qué extraña razón siempre salí en su defensa, aunque estuviera de acuerdo con Clarise, que tenía bien en claro el comportamiento de una dama en sociedad. A Manuela solo le interesaba jugar. Recuerdo que una vez, mientras mis padres dormían la siesta, me convenció de salir a la vereda. Clarise estuvo en total desacuerdo y amenazó con delatarnos, así que le cerramos la boca, la atamos a una de las patas de la cama con los cordones de mis botines y no escapamos por la ventana. Manuela era muy inquieta y en la vereda me sugirió que fuéramos hasta la esquina, luego que cruzáramos la calle para ir a jugar con los niños de piel negra. Así lo hicimos y los niños de piel negra nos invitaron al río. Caminamos y caminamos hasta que llegamos. En la orilla, bajo el sol abrazador del verano, las mujeres de piel negra golpeaban las prendas húmedas contra las pocas rocas que allí había, y con voces armónicas y poderosas cantaban extrañas canciones africanas. Con Manuela y los otros niños no desvestimos y corrimos a bañarnos en las cálidas aguas. Estuvimos allí casi toda la tarde, hasta que llegaron mis padres muy angustiados. Recuerdo que para calmar el mal humor, especialmente de mi padre, me defendí acusando a Manuela. Le dije que era ella la que se había amigado con los niños negros. Mi madre me exigió bajo juramento que nunca más debía hacerle caso y a partir de ese día sólo escuché a Clarise. Pero la verdad es que nunca terminé de enemistarme con Manuela.*

*Ahora que están sentadas sobre la mesa y que parecen ser nada más que dos muñecas de porcelana, como las que se pueden comprar en cualquier tienda de Buenos Aires, no puedo negar que para mí tienen un significado más*

*profundo. Desde un rincón de la cocina Isabel las mira como hipnotizada. Le he pedido que se acerque y que las toque, si así lo desea, pero no se atreve. Pobre Isabel... quizá nunca en su corta vida haya visto, y mucho menos tenido una muñeca. Así que creo que es la mejor depositaria de estos manojitos recuerdos. ¡Y quien sabe los recuerdos que algún día dispararán en ella! Después de mil súplicas, aceptó sólo a Manuela. Y pienso que no podía haber sido de otra manera; Clarise es demasiado aristocrática para ser aceptada en primera instancia. Pero no es mala, por el contrario, cuando Isabel sea adulta comprenderá que las cosas son tal cual ella las predica.*

## LA BARBARIE

El jinete bajó la loma y se internó en la calle principal del pueblo. La figura que hombre y animal componían exhibía un orgullo naturalizado; de pertenencia a una estirpe única, incomparable, que intimidaba a la distancia. El trote suave, enérgico, nervioso y la vez controlado del caballo, sumado al torso desnudo, recto y fibroso del indio, irradiaban una presencia arrolladora.

El criollo bebía del pico del porrón bajo la sombra de la ramada. Se secó los labios con el dorso de la mano y lo miró desafiante. El potro pampa relinchó y provocó la inquietud de los caballos atados al palenque. La mano del criollo se deslizó hacia la espalda y acarició la empuñadura del facón cruzado en la faja, que sostenía el chiripá mugriento. Los ojos cetrinos siguieron al indio, hasta que la mano se aflojó en la empuñadura del cuchillo y rascó la barba desprolija. Los pies dentro de las botas de potro se movieron macilentos hacia el interior de la pulpería.

El indio desmontó y ató el caballo al palenque del almacén. Detrás del mostrador, el hombre de chaleco negro, lo miró por sobre la circunferencia de los cristales y le hizo una seña de espera. Consuelo Llanos de Ortiz inclinó la mirada y un gesto de repugnancia se le instaló en el rostro. Introdujo el paquete de azúcar en el bolso y se retiró sin saludar.

El juez de Paz trasladaba, en una voluminosa carpeta, las demandas de desalojo y las intimidaciones de cobros por los arrendamientos atrasados de

las chacras cedidas por el municipio. Volcó la mirada hacia la escuela y se topó con la figura del caballo blanco que cabeceaba en el palenque del almacén. La ausencia de la silla de montar en el lomo y las largas crines en el poderoso pescuezo eran dos señales unívocas. Se detuvo pensativo, al borde la vereda, unos instantes. Luego se dirigió con paso acelerado a la peluquería de don Jacinto Sardiña.

¿*Dónde está?*, interrogó con gravedad el peluquero y se desprendió el delantal.

El criollo ató el caballo al tronco del ñandubay, se rascó la barba y con la punta de los dedos tiró a la espalda el sombrero. Un perro esquelético, de pelaje amarillo, lo olfateó a la distancia. Paulino González depositó la masa sobre el yunque y abandonó la herrería. Los hombres de la casa de forrajes dejaron de cargar los fardos de avena en el carretón y marcharon detrás del juez de Paz.

Dentro del aula, las niñas de tercer grado leían un pasaje de *Amalia*<sup>39</sup> y las de primer grado copiaban las vocales en las pizarras de mano. Mercedes Santillán salió del pupitre para mostrarme la primera vocal y se quedó mirando hacia la ochava. Depositó la pizarra de la niña sobre el escritorio y a través de la ventana observé el semicírculo que los hombres iban formando en medio de la calle.

En el almacén, el hombre de chaleco negro firmó al pie de la extensa nota, colocó la pluma dentro del tintero y plegó el papel. Sin alzar la mirada se lo entregó. *Para el patrón*, dicen que dijo. El indio introdujo el mensaje en la caña de su bota de potro y salió del local. En la acera desató las riendas del

---

<sup>39</sup> *Amalia*, novela antirosista de José Mármol (1817-1871), publicada su primera parte a partir de 1851 en forma de folletín por el diario La Semana de Montevideo, Uruguay. En 1885 es publicada en formato libro en Buenos aires.

palenque y miró con indiferencia a los hombres, que se agrupaban en la calle. El caballo se arrodilló con mansedumbre y sólo tuvo que alzar la pierna para montarlo.

La lechuza se posó sobre la cornisa del almacén y los ojos amarillos escrutaron la plaza. Extendió las alas y chistó alertada. El caballo pampa se irguió y volteó a la calle. Los hombres cerraron el círculo. Entorné el postigo de la ventana; la claridad del aula declinó. La niña volvió al pupitre, se volcó sobre la pizarra de mano y con dificultad comenzó a trazar la segunda vocal. Fui hasta ella y la tomé suavemente del hombro.

La fiera mirada se desplegó sobre el caserío silencioso hasta que se detuvo en la bocacalle y cambió el brillo. Un gesto de beatitud atravesó el rostro del indio. La inalcanzable línea del horizonte parecía convocarlo como una mujer de fulgurante belleza.

*El maldito se nos ríe en la cara,* murmuró Jacinto Sardiña.

*Imposible,* le contestó el juez de Paz, *los indios no sonríen.*

Las pupilas se dilataron en el amarillo del iris por el rumor de la hierba, que se extendía al borde de la calle. La culebra se detuvo, como si dudara del próximo movimiento. Ese instante de incertidumbre decidió su suerte. Reptó sobre la arena calcinante, pero no alcanzó el refugio de las pajas bravas. Las garras se clavaron en el lomo y el picotazo certero de la lechuza le destrozó la cabeza.

Acompañada de un tenue silbido, la piedra sesgó el aire y se estrelló en el rostro del indio, que cayó pesadamente sobre la arena. Aturdido, intentó ponerse de pie, pero las piernas se negaron a responder, como si pertenecieran a otro cuerpo, y quedó de rodillas. De la herida abierta en la

frente manó la sangre que le nubló la vista.

*¡Le di, le di!*, festejó el niño en harapos, fuera del círculo que formaban los hombres.

La hoja del cuchillo brilló como un espejo bajo el sol. El tajo fue de una precisión milimétrica en la garganta. El indio emitió un quejido ronco y escupió el borbotón de sangre que le cubrió el pecho. La mano liberó los cabellos y el rostro del degollado se clavó en la arena. El matador alzó la vincha mugrienta del suelo, limpió el cuchillo, se lo calzó en la faja y con desprecio escupió el cadáver. El juez de Paz, Jacinto Sardiña y los hombres de la forrajería, cruzaron el cuerpo del indio muerto sobre la grupa del potro pampa y lo ataron de manos y pies con un tiento.

*¡Arre!*, exclamó Jacinto Sardiña y con la palma de la mano golpeó el anca del potro pampa. *¡Arre!*,

Dejé caer los párpados. El galope del caballo retumbó dentro del aula y se fue apagando. La niña protestó porque no lograba trazar la cuarta vocal como pretendía. Entreabrí la ventana con cautela. En el interior del almacén, uno de los peones barría con la escoba de largas pajas junto al mostrador; el otro cepillaba el tordillo en el solar. Nadie habitaba la calle, excepto el perro esquelético, de pelaje amarillo, que lamía la mancha viscosa esparcida sobre la arena.

## II

El caballo atravesó el pajonal a pleno galope y divisó la torre. A la



distancia, la residencia se recortaba en la vastedad del campo como un gigante de líneas rectas. A continuación de los límites demarcados por los setos de boj crecía el monte de paraísos y en el patio de la casa el aljibe sarraceno brotaba del embaldosado genovés. Detrás de los paraísos, tres ombúes flanqueaban el galpón de los toros y la vivienda de los peones. A la izquierda se ubicaba el stud de los caballos pura sangre. Más atrás, con la barra de tiro atada al lomo, la yegua giraba alrededor del malacate.

*That way is what an animal must treat*, dijo Mr. Caldwell y apoyó la mano sobre el hombro del niño.

En el potrero, el indio se desplazó hacia atrás con movimientos zigzagueantes y el azabache lo imitó. Luego extendió el brazo y el caballo inició un trote circular.

*That is perfect harmony*, afirmó John Caldwell con una sonrisa. *It doesn't need lasso, blow and spur only patience, affect and intuition. To master the nature from inside. The false intelligence is destroying wonderfully world* Willians, afirmó. *You see?*

*Yes father*, respondió el niño y el caballo blanco de largas crines entró en sus ojos dejando tras de sí una estela de polvo. *Father... just look!*, exclamó.

*Keep still, you remain here*, le ordenó Mr. Caldwell; bajó la escalera caracol de la torre, atravesó la sala de estar y salió al patio.

El caballo se detuvo resoplando junto a la verja. Caldwell abrió el portón y descubrió la mancha en la paleta del animal. La sangre aún lucía fresca en el pelaje sudado.

*Exequiel...* murmuró.

El indio se aproximó con un gesto de interrogación.

*¿Pasa algo patrón?*

*¡Rápido Manuel, ensíllalo!, ordenó.*

El indio silbó y el azabache trotó en dirección al stud. Mr. Caldwell se calzó el sombrero y atravesó el patio. Desde la torre, el niño vio a su padre enfundar el Winchester y montar el caballo. Lo siguió con la mirada hasta que sólo fue un pequeño bulto que galopaba campo adentro.

### III

Caldwell extrajo el reloj de la chaqueta. Las agujas en la esfera de marfil señalaban las once horas. Alzó la vista y los rayos del sol lo cegaron por unos instantes. Tiró de las riendas hacia un costado y entró al arroyo. Los cascos sacudieron el agua y las botas en los estribos se cubrieron de perlas brillantes. Al ganar la otra orilla detectó los caranchos que revoloteaban sobre la carroña. Lanzó con brío el azabache hacia adelante y bordeó la loma. Desmontó en solo movimiento y disparó el rifle. Los caranchos se dispersaron. El cadáver se hallaba boca abajo en la falda del médano. Llegó hasta el cuerpo exánime y lo dio vuelta. Observó el tremendo tajo en la garganta y volvió a montar

*¡Bastard!, exclamó furioso.*

### IV

Despedí a la última de las niñas con una serie de recomendaciones

acerca de la lectura realizada. Miré hacia el fondo de la calle y me estremecí. El azabache avanzaba al paso. Mr. Caldwell se llevó un cigarro a los labios y lo encendió.

*Good morning miss Maranesi.*

*Buenos días Mr. Caldwell,* le respondí, atemorizada.

Lo vi pasar con el ala del sombrero volcada sobre el rostro, el pañuelo atado con prolijidad al cuello, el cigarro apretado entre los dientes, el rifle cruzado en el arzón de la silla británica. La chaqueta y el pantalón de color blanco contrastaban con la negritud furiosa del animal. Entré a la escuela y cerré la puerta. Al instante sentí el golpeteo agitado del corazón en el pecho.

Los peones colocaban las celosías en los marcos de las ventanas para proteger las mercancías del sol. Caldwell ató las riendas al palenque y entró al almacén de Ramos Generales. Paulino González empujó el portón de la herrería y observó al hombre detenerse en medio de la calle, frente al caballo atado al palenque. Luego desvió la mirada hacia la entrada del almacén y se detuvo en la boca del rifle que apuntaba al hombre.

*¿Dónde está Barrientos?*, preguntó Caldwell arrastrando la “erre”.

Los rayos del sol caían a plomo. El hombre clavó la mirada en el suelo y con la cabeza gacha intentó avanzar.

*Me lo dices o te vuelo la cabeza,* lo amenazó Caldwell.

El perro amarillo se refugió a la sombra del carretón. El hombre, sin alzar la vista, giró lentamente la cabeza hacia la desembocadura de la calle. Caldwell montó en un solo movimiento, los tacos de las botas tocaron el vientre del azabache y los cascos retumbaron sobre la arena. Al llegar a la ramada Caldwell tiró de las riendas, desmontó y amartilló el rifle. El sonido metálico de

la palanca al soltarse se escuchó con nitidez en el interior de la pulpería.

El hombre, parado en medio de la calle, se restregó los ojos con el dorso de la mano. Intentó disolver el espejismo que los rayos del sol creaban al caer sobre la arena y volvió a restregarse cuando el disparo sonó seco y premonitorio dentro de la pulpería. Se acomodó el ala desteñida del sombrero y pudo ver bajo la ramada el gaucho que avanzó trastabillando y se desplomó junto al palenque. Luego le entró en los ojos la figura onírica de Caldwell, que se detuvo sobre el cuerpo inerte y lo empujó con el pie.

*Miércoles 17 de febrero de 1882.*

*Aún estoy azorada por los desgraciados acontecimientos que enlutan San Carlos. La barbarie, en todo su esplendor, se ha hecho presente entre nosotros con su estela de sangre y crueldad. Por la mañana, en una confusa situación, se produjo el deceso de un indio que trabajaba en la estancia de Quillalauquen. La presencia del salvaje en San Carlos respondía a un encargo que Mr. Caldwell debía recibir por intermedio de Salvador Farías, el propietario del almacén de Ramos Generales. Según comentarios de muy buena fuente, el bárbaro, al pasar por la pulpería, le faltó el respeto al arriero Barrientos, quien se desplazó de dicho lugar hasta la puerta misma del almacén para exigirle al agravante un resarcimiento público. Pero el salvaje, en vez de disculparse como es obligación civil y en presencia de numerosos vecinos, arremetió contra el pobre hombre, que lo único que pudo hacer fue defenderse, y en legítima acción de defensa propia el arriero ultimó al indio. Si todo hubiera concluido ahí, se podría predicar, que lo deseable para el futuro, sería la ausencia total*

*de circunstancias del tipo: una muerte como resultado del honor mancillado. Pero lo aberrante, lo inadmisible, lo irracional, el acto de barbarie que humilla la civilidad toda, y que ha obligado a las autoridades repensar la necesidad urgente de una fuerza pública que ponga coto al accionar atentatorio a la civilidad, sucedió pocas horas más tarde del incidente detallado.*

*Exactamente a las doce horas del mediodía hizo su presencia Mr. Caldwell y con un siniestro fusil amenazó al señor Farías, quien no le brindó mayor información acerca del paradero del señor Barrientos. Como si esto fuera poco; en medio de la calle, volvió a amenazar de muerte a otro hombre que circunstancialmente pasaba frente al almacén. Luego se dirigió al despacho de bebidas, irrumpió de forma violenta y sin más, asesinó a sangre fría al arriero. Acontecimiento que exigió la inmediata reunión, en salón municipal, del señor juez de Paz, el capitán López del 2 de Caballería y el señor intendente de San Carlos, quienes, luego de analizar este inadmisibile hecho de sangre, y en función de la prevención futura, acertadamente decretaron la creación de una institución policial designando al sargento Báez en calidad de comisario, con plena facultad de ejercer la represión en lo sucesivo.*

*Lo inaceptable, lo que realmente humilla la razón, es que un hombre como Mr. Caldwell, representante de una de las más altas culturas de la tierra, pueda comportarse como un salvaje, como un bárbaro que decide alegremente sobre la vida y muerte de personas respetables y civilizadas. Me he prometido, en ocasión de un potencial encuentro, ejercer mi derecho al repudio. ¡Y juro por Dios todopoderoso que me tendrá que escuchar!*

## EL CONSORTE

Saltó del carro y los tacos de las botas hendieron el suelo con un sonido muerto. El peludo inició la frenética huida hacia la cueva más cercana y al sentirse aferrado clavó las uñas en la tierra cómo último reflejo. El muchacho lo suspendió de la cola, le observó las ridículas patas arañar el inasible territorio del aire y extrajo la navaja. El corte preciso en el cuello eliminó todo movimiento. El cadáver del peludo se deslizó en la caja del carro y se arrinconó junto al baúl de las herramientas. El caballo volvió a empujar las varas con desgano y los ejes rumiaron el quejido zumbón. El muchacho ignoró los teros que escandalizaban el bajo, silbó los primeros compases de la canzoneta y el carro comenzó a descender la suavidad de la loma.

La boya se mecía en el recurrente ondular. Sentado al borde de la barranca, el niño sumergía los pies en el agua turbia y sostenía en sus manos la caña de pescar. Los dedos se crisparon sobre la vara cuando los círculos concéntricos crecieron en torno a la boya; el niño esperó que desapareciera de la superficie y ejecutó el cañazo corto y secó que curvó la vara en toda su longitud. El piolín vibró soltando múltiples perlitas que brillaron fugazmente y el borbotón en el agua estremeció los juncos de la orilla. El niño alzó la caña y el pez coleteó desesperado. Luigi detuvo el carro cerca de la barranca. El bagre abrió la boca y las branquias como si todo el aire del desierto le resultara

escaso. De un violento coletazo giró sobre sí. El lomo oscuro se cubrió de tierra y el vientre blanquecino quedó expuesto a los rayos del sol.

*Debe pesar más de un kilo,* comentó Luigi.

El viento silbó al atravesar las pajas bravas.

*Están ahí,* señaló el niño, *en los 'uncos.*

El biguá se posó sobre el tronco seco de la encina. Desplegó las alas en abanico y clavó la mirada depredadora en el pez. Inquieto sacudió la cabeza y el cuello dibujó una "S" inclinada.

*¿Qué carnada usás?*

*Tripa e' pato, es mejor que la lumbriz,* respondió el niño y se limpió las manos en la camisa.

*¿Dónde conseguiste el anzuelo?*

El niño se rascó la cabeza y volvió a sentarse al borde de la barranca.

*Don Paulino me lo regaló.*

*¿El herrero?*

Concentrado en la boya, que ahora se mecía en el tímido oleaje, el niño asintió con la cabeza.

*Buena pesca,* le deseo Luigi.

El caballo tiró de las varas hacia adelante y el carro comenzó a bordear la laguna. A un costado del rancho, la mujer se protegía del sol con un pañuelo blanco que le cubría la cabeza. Inclinada sobre las hileras cortaba las hojas de acelga, formando pequeños atados.

*¡Buon giorno signora!,* saludó Luigi y sacudió la gorra.

*¡Buon giorno bel bambino!,* le respondió la mujer con una sonrisa.

El carro se alejó de la laguna y avanzó sobre la calle principal del

pueblo. La oveja y los dos corderos que la seguían cruzaron la calle y se internaron entre las pajas bravas que cubrían el solar. Del rancho salió corriendo la niña en harapos.

*¡Las ovejas, las ovejas se van!*, alertó agitando los brazos como si quisiera volar.

El frente de la casa de los Ortiz era encalado por un hombre de pequeña estatura. *¡Buon giorno!*, lo saludó Luigi, pero el hombre no le respondió; apenas si lo miró al pasar. El carro dejó atrás el edificio municipal y se detuvo en el almacén de ramos generales. Luigi se acomodó la gorra, pisó el estribo e hizo pie en tierra. Los caballos que tiraban de las pesadas varas del carretón se detuvieron junto al palenque. El conductor se descolgó con agilidad y se acercó a los peones del almacén.

*Buon giorno...*, saludó Luigi al pisar el umbral.

Salvador Farías apoyó las manos sobre el mostrador y dejó correr en un tono irónico:

*Si no llueve...*

Luigi miró a través de la ventana el azul del cielo poblado por unas pocas nubes.

*Por lo menos hasta mañana; si no cambia el viento del este*, comentó con inocencia mientras sus dedos jugueteaban con la visera de la gorra gris.

Salvador Farías sonrió. Se quitó los anteojos y limpió los cristales con el pañuelo.

*¿Qué precisa joven?*, preguntó.

*¿Me anota una bolsa de harina y una caja de fósforos?*

Farías volvió a colocarse los anteojos y tomó el cuaderno que se hallaba



junto al tintero.

*¿Y la vieja?*, comentó socarronamente.

Luigi se sonrojó y bajó la vista.

*La semana que viene, a más tardar, levanto el maí y le arreglo todo don Farías, despreocúpese.*

*Está bien*, dijo el almacenero y humedeció la pluma en el tintero.

## II

Uno de mis peores días en el aula. El desconcierto se había apoderado de las alumnas de tercer grado ante los primeros rudimentos de la división y las niñas de primer grado copiaban con pulso horrible en sus pizarras de mano la primera decena número por número. Al menos éstas últimas permanecían ocupadas.

*Bien, comencemos de nuevo*, exclamé al borde del abatimiento y salí detrás del escritorio para ubicarme junto a la pizarra mural.

*Nunca lo voy a entender*, le dijo Isabel Ortiz a su compañera de banco.

*Tenemos seis manzanas y debemos repartirlas entre tres niños.*

*¿Cuántas manzanas le corresponden a cada uno?*

*¿Cómo son las manzanas?*, preguntó Eleonora Sardiña totalmente desconcertada.

*¡Ay nena! ¿Vas a decir que no conocés las manzanas?*, le reprochó Violeta González.

*¿Y vos... comiste alguna vez manzanas?*, le preguntó con intriga

Eleonora Sardiña.

No.

*¿Entonces para que te hacés la sabia?*

*¡Porque las vi en Saladillo! ¿Acaso vos conocés Saladillo?*

*¡Silencio niñas!, las reprendí porque me tenían cansada. Vamos a poner de ejemplo otras frutas. ¿A ver?*

*¡Ciruelas!, propuso Mabel Ortiz desde el primer banco. Doña Agustina tiene una planta en el fondo de la casa.*

*Bien; tenemos seis ciruelas,* afirmé y procedí a dibujarlas en la pizarra mural.

La sombra atravesó el marco de la ventana y se proyectó sobre el escritorio. Giré sobresaltada y me topé con el ramo de margaritas que abría la multitud de pétalos blancos hacia mí. El aroma un tanto desagradable que desprendían las flores invadió el aula. Con una sonrisa a flor de labios, el muchacho se acomodó el flequillo dorado que le caía sobre las cejas.

*¿Qué hace usted aquí?,* le pregunté entre sorprendida y molesta.

La sonrisa se desdibujó en el rostro del joven. Bajó la vista y dijo con timidez:

*Le traía estas flores.*

*¿Cómo se atreve?*

*Disculpe... no pensé que se molestaría,* intentó excusarse y miró con tristeza las margaritas. *Son de mi jardín ¿sabe?, como usted el otro día se fue tan deprisa no alcancé a mostrárselo.*

Lo miré en silencio.

*Ya me estoy yendo; disculpe, no fue mi intención... adiós.*

A través de la ventana le arrebaté el ramo de flores.

*Son muy lindas, gracias.*

El muchacho se puso la gorra y tiró de la visera hacia adelante.

*Usted es más linda.*

El cumplido me ruborizó.

*Gracias..., reiteré.*

*A usted*, dijo él y se marchó con una sonrisa que le iluminaba el rostro.

*Tiene novio, tiene novio*, escuché desde el fondo del salón el canturreo tibio de una vocecita que ya conocía muy bien. En coro se reprodujo la risa en el resto de las niñas.

Deposité las flores sobre el escritorio. Tomé el puntero y le ordené:

*Ven aquí.*

*¿A mí me dice?*, preguntó Mercedes Santillán.

*Sí, a ti.*

El silencio se adueñó del aula. La niña abandonó el pupitre y avanzó lentamente hacia el escritorio. Todas las miradas se concentraron en el puntero.

*Las manos*, le ordené. *Ahora repite conmigo.*

La niña estiró las palmas de sus pequeñas manos.

*No debo hablar en clase.*

El puntero surcó el aire con un silbido.

*¡Ay!... No debo hablar en clase*, repitió y cerró las manos.

*Ábre las.*

La niña sintió el ardor que le invadía los finos dedos y tembló al observar las líneas coloradas que le crecían en las palmas.

*No debo reírme de los mayores.*

El puntero volvió a cortar el aire; las niñas cerraron los ojos.

*¡Ay!... no debo reírme de los mayores. Ay-ay...*

*Ábrelas. Las niñas malas van al infierno.*

*¡Ay-ay-ay!... las niñas... malas... van al infierno...,* repitió Mercedes Santillán con lágrimas en los ojos y contrajo las manecitas doloridas.

*¡Ábrelas!,* volví a ordenar. *Las niñas buenas ganan el cielo.*

*¡Ay-ay-ay!... las niñas... buenas... ¡No sé más ay...!*

*Ganan el cielo,* reiteré.

*¡Ganan el cielo! ¡Ganan el cielo! ¡Ganan el cielo!*

*Siéntate.*

Regresé junto a la pizarra mural.

*Tenemos seis ciruelas y debemos repartirlas entre tres niños. ¿Cuántas ciruelas corresponden a cada uno?*

*Ahora entiendo...,* murmuró Mabel Ortiz con alegría. *¡Dos!,* exclamó y la vocecita chillona y alegre de la niña se escuchó en todo el salón.

*Muy bien,* admití, *estamos progresando.*

Debajo de las ciruelas dibujé tres monigotes y tracé dos flechas sobre la cabeza de cada uno.

*¿Se entiende?,* pregunté.

*¡Sí!,* respondieron las niñas de tercer grado.

*Bien; basta por hoy. La clase ha concluido.*

### III

En la puerta de la escuela, padres y madres, esperaban la salida de las niñas. El intendente se agachó y besó a la pequeña, que se le colgó del cuello. Luego un par de arrumacos paternales, bastantes forzados, depositó a la niña en el suelo; se acomodó el ala del sombrero y me observó con seriedad.

*Así que le andan arrastrando el ala,* comentó con una sonrisa maliciosa, *felicitaciones,* agregó.

Lo miré desconcertada.

*No entiendo lo que me quiere decir.*

*Me parece que usted entiende muy bien cómo hacerse la desentendida,* dijo y acarició los cabellos de la niña. *Vamos hija que su madre debe haber preparado el almuerzo.*

*Jueves 18 de febrero de 1882.*

*Una evaluación prematura, de las clases, arrojaría un balance alentador. En líneas generales, las niñas, responden bien a las tareas impuestas. Hoy me he visto en la desagradable situación de reprender a una alumna. Sólo tú sabes, Señor mío, cuánto pesar hace recaer sobre mí cualquier tipo de represalia pedagógica, pero también sabes, que una de las cualidades del espíritu es su maleabilidad, tanto para el bien como para el mal, y la importancia que merece la formación de la conducta en la temprana edad; debido a la inclinación que la naturaleza caída tiene por el vicio, la holgazanería y el placer carnal. Esto lo supieron desde siempre los grandes pedagogos. Comenio postulaba que el arte debe imitar a la naturaleza, pero que no se halla en ésta que el árbol deba crecer derecho. Esta verdad justifica y legitima nuestra acción educativa, correctora y trascendental, puesto que educamos para la redención en Cristo nuestro Señor y en la Gracia Santificada, para poder reunirnos con nuestra naturaleza buena caída en el pecado.*

## LA RIÑA

Con tizas de colores dibujé en el ángulo superior de la pizarra dos bulbos: uno entero y el otro en corte. En el centro de la pizarra tracé la varilla floral del gladiolo y a la derecha el corte longitudinal de la flor. Comencé la clase. A las niñas de primer grado les di la tarea de reproducir los dibujos sobre las hojas cuadriculadas. A las niñas de tercer grado les sugerí que prestaran atención y acompañaran en silencio la lección de botánica.

*Es una planta herbácea muy difundida como ornamental. En su cuerpo distinguimos: la raíz, el tallo y las hojas, detallé. El tallo es abultado, irregularmente globoso y se desarrolla metido en el suelo.*

Durante el desarrollo de la exposición advertí que las miradas de las niñas se desplazaban hacia el vano de la ventana, toda vez que giraba mi cuerpo hacia la pizarra.

*Es un tallo modificado, continué la lección, siendo su apariencia diferente de los tallos comunes. Está constituido por una masa carnosa; el disco o platillo, envuelto por hojas membranosas denominadas catáfilas de protección. De su región inferior nacen hebras de cierta longitud que, en conjunto, constituyen una raíz fibrosa.*

A mis espaldas, el murmullo de las niñas desplazó el silencio del aula.

*¡Qué pasa aquí!, exclamé y pude detectar un brillo cómplice en los ojos*

precoces.

Me volví hacia la ventana. Isabel cepillaba la yegua en el solar y cuando su mirada chocó con la mía agachó la cabeza. En la herrería, Paulino González, retiró del fuego la herradura incandescente y la sumergió en el balde de madera. Una nube de vapor lo envolvió de cuerpo entero. Del otro lado de la calle se recortaba el perfil del edificio municipal y el frente cuadrado de la casa del juez de Paz. Con el puntero volví a señalar la varilla floral.

*Las hojas nacen directamente del bulbo en número muy limitado, abrazándose una a otra por la base; son rígidas, acintadas y carecen de pecíolo. Están recorridas a lo largo por líneas salientes paralelas entre sí, que son las nervaduras; por este motivo se dice que son paralelinervadas.*

Giré de imprevisto. Me encontré con un manojito de dientes y un par de ojos llenos de picardía. El niño colgado de la ventana apantallaba las grandes orejas.

*¿Qué haces?*

El niño torció la boca.

*¿Quién... yo?,* preguntó y las niñas no pudieron retener la risa.

*¡Corré Vizcachón!,* se escuchó la voz aguda de otro alumno en el solar.

El niño se descolgó del marco y desapareció. Me asomé a la ventana y pude ver el revuelo de guardapolvos blancos sobre la puerta de la escuela de varones. El griterío chillón coronaba la puja por ganar el aula.

*Nadie se mueve de aquí,* le dije a las niñas y atravesé el salón. *A mi regreso no quiero encontrar una sola fuera del aula ¿entendido?*

Crucé la calle y golpeé la puerta con el puño. Los niños amotinados dentro del salón hicieron silencio. Uno de ellos gritó con voz ronca:



*¡El maestro no está! ¿Qué quiere?*

*Abran, les ordené.*

*¡No podemos! ¡El maestro se va a enojar!, me contestó.*

*¿Dónde está el preceptor?, pregunté con la vista clavada en el piso.*

*¡En la forrajería!, me respondió otro de los niños.*

## II

Los hombres se apiñaron en torno al cuadrilátero perfilado por los fardos de alfalfa y las apuestas crecieron de boca en boca.

*¡Dos pesos al Ají Seco!*

*¡Dos pesos al Azulejo!*

Los gallos se midieron en la arena: las patas levantiscas; las plumas erizadas; el brillo amenazante en los ojos; el movimiento inquieto de las cabezas.

*¡Cinco pesos al Azulejo!, exclamó Ismael Olguín con el billete en la mano.*

Las pupilas se dilataron en los ojos del Ají Seco. El Azulejo inició el ataque y los filosos espolones de metal se confundieron en el aire. Trenzados en un furioso aletear de picotazos certeros los gallos fueron un tumulto de plumas, que se agitó sobre la arena dorada hasta que se separaron.

*¡Cinco pesos al Ají Seco!, dijo el gaucho con voz áspera.*

*¡Cinco más al Azulejo!, redobló la apuesta Ismael Olguín.*

Las aves volvieron a medirse, pero la disposición se había invertido. El

bello plumaje azulado se hallaba ahora opacado y una mancha viscosa prosperaba en el cuello. El Ají Seco se paseó levantisco al percibir el color y el olor de la sangre. El Azulejo levantó con dignidad la cabeza y atacó, echando el resto; pero el puntazo mortal del Ají Seco se le clavó debajo del ala y lo dejó tiritando junto al fardo de alfalfa.

*Carajo... cuánta fragilidad,* susurró Ismael Olguín.

Omnipotente, el Ají Seco se aproximó y descargó el picotazo que reventó el ojo del Azulejo. El hombre se acomodó la gorra gris y se volcó sobre los fardos. Estiró la mano y recogió al gallo como si fuera un trapo mugriento. En manos del ganador, el Ají Seco se elevó por sobre las cabezas en ofrenda triunfal. Las apuestas se saldaron rápidamente y sin discusión. Jacinto Sardiña se hizo lugar entre los hombres y exhibió su promesa de triunfo.

*¡Cinco pesos al Bataraz! ¡Cinco pesos al Bataraz!*, promovió con voz ronca.

Ismael Olguín se acomodó el moño y empinó la petaca. Sacudió la cabeza con resignación y observó al Bataraz de Sardiña exhibir su arrogante altivez en la arena.

*Parece que hoy no es mi día de suerte...*, susurró y guardó la petaca en el bolsillo del saco.

El niño en harapos lo tironeó del pantalón.

*Maestro... afuera lo buscan.*

### III

Indignante, exactamente esa es la expresión. No encuentro modo más

preciso para definir la presencia de Ismael Olguín. Meneó la cabeza. Tiró de las mangas arrugadas del saco. Se sacudió las solapas y me miró.

*¿Me buscaba?*

*¿Qué es esto?, le pregunté en tono de amenaza.*

Volvió la mirada al galpón y alzó los hombros.

*Una riña de gallos,*<sup>40</sup> me respondió con total liviandad.

*No le permito que se burle de mí y de la comunidad entera; señor preceptor.*

El gaucho desmontó en medio de la calle y se acercó al galpón de la forrajera tirando el tordillo de las riendas.

*Ave María purísima..., saludó.*

Olguín alzó la mano derecha con desgano y clavó los ojos vidriosos en el campanario a medio construir de la Iglesia.

*Ya, ya. ¿Cuál es su problema ahora?, interrogó fastidiado.*

*Los niños están bajo su responsabilidad. ¿O se le olvidó preceptor?*

*¿Qué hicieron esos pequeños Demonios?, preguntó divertido y tiró para atrás el mechón de cabellos que le tapaba el ojo izquierdo.*

La verdad es que no podía salir del asombro.

*Métale que ya empieza la otra riña, añadió.*

*Usted está totalmente desquiciado preceptor.*

*Tranquilícese, me sugirió y estiró la mano con la intención de acariciarme el hombro.*

*¡No me toque!, advertí en un chillido vergonzante, porque me sacaba de quicio. ¡No se puede tolerar, bajo ningún punto de vista, usted aquí, en este*

---

<sup>40</sup> En 1954, por pedido de J. D. Perón se promulgó la ley 14.346 que prohibió las riñas de gallos en la república Argentina.. En siglo XIX eran populares y tenían cientos de cultores. En la actualidad se siguen realizando de forma clandestina.

*antro de perdición, y los niños correteando por todos lados en pleno horario de clase!*

*Ahora comprendo..., murmuró. ¿Usted habló con Moreira y Vallejo?, me preguntó sin perder la calma.*

*¿Moreira y Vallejo?, pregunté desconcertada*

*Los alumnos que designé en calidad de monitores.*

*¿Monitores?*

*Perdió la mirada a lo largo de la calle.*

*Preceptora... adhiero al sistema de monitores, afirmó con cierto cansancio en la voz, para su información; fue ideado por el reverendo Raikes en el siglo pasado, perfeccionado por Andrew Bell, y finalmente sistematizado por Joseph Lancaster.<sup>41</sup>*

*¡Deje de subestimarme preceptor! ¡Claro que lo conozco!, repliqué indignada. ¡Es de público conocimiento entre los educadores serios que dicho sistema fue abolido por ineficiente en su país de origen!*

*Se equivoca, dio excelentes resultados. Fue destruido por el clericalismo reaccionario, adverso a la emancipación de los pobres y a la inminente democratización del conocimiento que el método implica, argumentó. Pregúntele a su "gran maestro" bajo qué sistema aprendió a leer y escribir y por qué rechaza e insiste como usted, en el método propuesto por los Hermanos de La Salle.<sup>42</sup>*

*Ardí de furia.*

---

<sup>41</sup> Joseph Lancaster (1779-1838), nacido en Inglaterra, promotor del denominado "método lancasteriano" o de "enseñanza mutua" que tuvo su aplicación en América del sur durante el período de guerras de independencia en la primera mitad del siglo XIX. Lancaster tuvo contacto con Simón Bolívar, interesado en el despliegue de la educación popular.

<sup>42</sup> Los Hermanos de La Salle es una congregación de maestros laicos creada por Juan Baustista de La Salle (1651-1719), el método de enseñanza al que hace referencia Olguín es el llamado "Método simultáneo", que finalmente es adoptado por las escuelas modernas.

*¡No le permito que se dirija en esos términos a la máxima autoridad moral del país!*

Extrajo la petaca de coñac del bolsillo interior del saco y sentí que era un hombre sin límites.

*Autoridad moral...*, dejó correr en un tono burlón. *Máxima autoridad moral...* repitió. *¡Ese impostor intelectual es un plebeyo resentido con aspiraciones aristocráticas!*

Decidí finalizar la discusión, su presencia además de rabia me provocaba asco.

*Es usted un ser despreciable, antisocial, indigno de su misión, con el cual es imposible cualquier diálogo de carácter civilizado*, fue lo último que le dije, di media vuelta y me retiré.

Al llegar a la esquina del municipio escuché que me gritaba. Cerré los oídos y apreté el paso.

## IV

*¡Ya, ya, su gran maestro es un maldito reaccionario!*, dijo Ismael Olguín y se limpió los labios con la manga del saco. *¡Y no es un maldito monárquico porque nació en el culo del mundo!*

Alzó la mirada hacia el azul del cielo y volvió a tomar del pico. Satisfecho con el trago tapó la petaca y la guardó en el bolsillo del arrugado saco a cuadros. Entornó los párpados y observó por unos instantes las manos que le temblaban, como las hojas secas que se niegan a ser arrasadas por la brisa de

los inviernos ineluctables.

*Carajo... últimamente las cosas se empeñan en no salirme del todo bien... necesito un desquite,* se dijo y volvió a entrar al galpón de la forrajería.

Los cuerpos sudados se apretujaban sobre los fardos de alfalfa. Olguín se hizo lugar entre los hombres que promovían las apuestas y acarició la petaca. Jacinto Sardiña lo miró de reojo y retiró de la arena el Bataraz, que apenas respiraba.

*¡Cinco pesos a mí gallo!,* exclamó el ganador con renovado entusiasmo.

*Miércoles 18 de febrero de 1882<sup>43</sup>*

*Tengo tanto que decir y al mismo tiempo no tengo ganas de anotar nada. Quizá mañana mi estado de ánimo varíe, veremos.*

---

<sup>43</sup> Estas son las últimas dos líneas que Giole Maranesi escribe en su diario personal. Lamentablemente de aquí y hasta el resto de sus días Giole clausura la escritura del diario. .

## EL BAILE

Cuando llegué a la sede de la Sociedad Italiana, las penumbras disolvían las formas del caserío en la agonía de la tarde. Esa noche lucí unos guantes a tono con el vestido de seda, que elegí después de tantas idas y vueltas. En la puerta de *Il Fior di Maggio* me recibieron Carmen González y Consuelo Llanos de Ortiz.

*Felicitaciones, se la ve muy elegante, dijo Carmen.*

*Gracias, usted también se ve elegante, condescendí.*

Consuelo, por su parte, me tomó del brazo y en una actitud cómplice se acurrucó en mi hombro. El aroma denso del perfume que expelía me impregnó la nariz.

*Acompáñeme querida, le mostraré la kermese que hemos preparado.*

Elogié el vestido color salmón que arrastraba la pequeña cola sobre el embaldosado. Consuelo agradeció el cumplido y juntas atravesamos el salón iluminado por las decenas de velas, que se repartían entre las dos arañas que colgaban del techo.

*Quién tuviera su figura... ¡Y conservarla querida!, confesó. Antes de contraer matrimonio... era tan finita como usted. Y ahora, después de los hijos, estoy hecha una vaquillona.*

*Usted se ve en línea Consuelo.*



*Oh; no trate de engañarme querida. Yo tuve esa cinturita a los quince años, susurró entornando los párpados. Usted tiene suerte... el matrimonio no es tan bueno como lo pinta la iglesia.*

Adelantamos un par de pasos en silencio

*Si pudiera nuevamente elegir; sería preceptora como usted, me vería así de linda y al diablo con los hombres, son un collar de anclas, sentenció.*

Los ancianos de la orquesta de 9 de Julio afinaron los instrumentos de cuerda. El más viejo en apariencia, depositó el violín sobre la silla y se dirigió al piano. Se sentó en la banqueta, estiró los dedos sobre las teclas y un fuerte acceso de tos le estremeció la fragilidad del cuerpo. Catalina Lineras y Rosa Laciár atendían el mostrador adornado con guirnaldas de papel, al vernos llegar abandonaron el cuchicheo que las entretenía.

*Lo único que verdaderamente vale la pena en el matrimonio son los hijos querida..., aseguró Consuelo.*

Rosa Laciár con una sonrisa dibujada en los labios estiró la alcancía.

*No traje dinero... ¡Qué vergüenza!, exclamé ruborizada. Vuelvo a la escuela y en minutos regreso, atiné a decir y Consuelo Llanos me retuvo.*

*Por favor mi querida... no se moleste ahora, en breve comienza el baile.*

*Pídale disculpas a la preceptora, desubicada..., le reprochó en tono de broma Catalina Lineras a Rosa Laciár y extendió la fuente con los pastelitos de dulce de membrillo. Veinte centavos. Se lo dejamos a cuenta, ya que olvidó la billetera..., remató el chiste y las Damas rieron.*

Sobre la pared colgaba el *Gran Almanaque del Mosquito*<sup>44</sup> para 1878.

---

<sup>44</sup> El Mosquito, fue una publicación semanal que durante un tiempo se transformó en diario. Se caracterizó por la sátira política con ilustraciones dominicales, caricaturas de personajes de la esfera política y social de Buenos Aires. Fue dirigido por el francés Henri Stein quien adhería al liberalismo republicano. Desconozco si alguno de los editores era anarquista.

Me acerqué a observarlo. Desplegado en la página nueve exhibía las viñetas del relato gráfico *Un crimen en el parque 3 de Febrero*.<sup>45</sup>

Rosa Laciari giró hacia el almanaque y confesó:

*Cada vez que lo miro me pone la piel de gallina.*

*No sé cuál es el motivo de su presencia, es de mal gusto,* comentó Catalina Lineras.

*Es una forma de recordar el año de la fundación de San Carlos,* acotó Consuelo Llanos.

*¿Sólo por el año, dice usted? Es evidente que los italianos no se caracterizan por el buen gusto,* afirmó en un tono categórico Rosa Laciari y Consuelo Llanos la congeló con la mirada.

Ignoré el comentario y me concentré en las ilustraciones. En la primera viñeta, el hombre de galera y vientre abultado se acerca con curiosidad a la pareja que, sentada en uno de los bancos del parque, se oculta bajo la sombrilla. En el tercer cuadro el hombre de galera comprueba que es su esposa. En el séptimo cuadro el hombre de galera aparece tendido en el suelo con la punta de la sombrilla clavada en el estómago. En el último cuadro de la tira Domingo Faustino Sarmiento exclama en el texto, al pie de la viñeta: *“¡Horror! Un cadáver. No le faltaba más a mi pobre parque para que no fuera nunca concurrido”*.

*Miserables... susurré sin poder evitarlo, miserables anarquistas.*

Consuelo Llanos de Ortiz volvió a tomarme del brazo.

*Venga mi querida; doña Carmen dirá algunas palabras.*

La esposa del intendente se ubicó en el centro del salón y concitó la atención de los presentes.

---

<sup>45</sup> El parque 3 de Febrero en la actualidad es conocido como "Bosques de Palermo".

*Buenas noches damas y caballeros. Antes que nada, las Damas de la Sociedad de Beneficencia de San Carlos, agradecemos vuestra presencia y colaboración en la actividad social que realizamos.* Hizo una pausa para que los aplausos de compromiso se desperdigaran en el salón y prosiguió:

*Para dar comienzo a esta velada memorable, convocamos al presidente de la Sociedad Italiana de San Carlos: el señor Francesco Benvenuto, quien nos deleitará con una poesía del magistral bardo...*

Hizo otra pausa que pareció obligada.

*Eh... se trata de... un autor norteamericano,* informó con voz temerosa y salió de escena rápidamente.

Con paso lento y apretado de rodillas, Francesco Benvenuto se ubicó debajo de la segunda araña. Alzó la mirada y dejó caer los brazos. *No sé cómo se pronuncia el nombre del poeta,* comentó en voz baja y avergonzada Carmen Gonzálvez a Consuelo Llanos.

*Si quieres entenderme,  
ven a las sierras y las playas abiertas.*

Marcó el verso Benvenuto y los presentes hicieron silencio.

*La mosca que se apoya en tu frente  
es ya una explicación.  
y una gota de agua  
y el movimiento de las olas... una clave  
la mandarria,  
el remo  
y el serrucho  
secundan mis palabras.*

Benvenuto bajó los párpados, se veía visiblemente emocionado. La voz

varonil de los primeros versos adquirió un tono sensual a medida que se adentró en el poema; y dio la sensación de hallarse muy lejos de *Il Fior di Maggio*, los músicos, las Damas de Beneficencia y los invitados.

*Me explico mejor con los niños y los vagabundos  
que en las aulas y en las escuelas cerradas.  
Aquel mecánico joven está cerca de mi corazón  
y me conoce bien.  
El leñador que lleva consigo el hacha  
y el cantarillo me lleva  
también todo el día con él.  
El gañán que ara la tierra  
se alegra con el sonido de mi voz  
y mis palabras navegan con los que navegan:  
con los pescadores  
y con los marineros.*

Consuelo Llanos movió la cabeza con un gesto de duda en el rostro regordete. A esa altura del poema, el tono de voz de Benvenuto era decididamente sensual.

*Mío es el soldado acampado  
y el que suda y jadea en las marchas forzadas.  
En la noche que precede a la batalla,  
en esa noche que puede ser la última,  
los que me conocen me llaman  
y mis palabras no los abandonan.*

Tuve que reprimir la sonrisa ante la seña que le hizo Consuelo Llanos a Catalinas Lineras. Rosa Laciari y Carmen González se mecían embelesadas en la cadencia del poema.

*Mis labios rozan el rostro del cazador  
que descansa solo sobre la manta  
y el cochero piensa en mí  
sin cuidarse de las sacudidas del coche.  
Las madres viejas y las madres jóvenes  
me comprenden,  
y la esposa y la doncella  
detienen su aguja un momento  
y olvidan dónde están...  
Todos me recuerdan  
y repiten cuánto yo les he dicho.*

El presidente de la Sociedad Italiana se llevó las manos al pecho e hizo una reverencia que fue coronada de tibios aplausos. Me acerqué junto a las Damas de Beneficencia a saludarlo por el recitado.

*Gracias; pero el mérito es del autor, deslizó suavemente.*

*Me encantaría conseguir el libro, dijo Carmen González.*

*Hojas sobre la hierba<sup>46</sup> es muy difícil de hallar. Lo que tengo es la copia de la traducción que realizó un carísimo amigo. Si usted se compromete a cuidar el cuaderno...*

*Por supuesto, aseguró Carmen González.*

Francesco Benvenuto señaló el kiosco.

*¿Tienen moscato?*

*¡Sí!, dulcísimo, exclamó Rosa Laciari. Acérquese, por favor...*

*¿Es usted creyente señor Benvenuto?, lo abordé antes de dirigirnos al mostrador.*

---

<sup>46</sup> Hojas de hierba, publicado en una primera versión que constaba de doce poemas en 1855 por el propio Walt Whitman (1819-1892), fue corregido, ampliado y editado en diferentes versiones durante cuarenta años.

*¿Por dónde viene esa preguntita...?*

*Por el tono del poema.*

*¿Soy creyente? hum... depende.*

*¿Cómo depende?, le pregunté desconcertada. ¿De qué depende?*

*Se acomodó el cuello palomita y me miró con curiosidad.*

*Oh; mi querida dama..., susurró, Walt Whitman no pertenece a ésta época. Es un visionario; un hombre de los próximos siglos. Todo juicio moral en su caso, es reduccionismo puro. Además; los hombres demasiados inteligentes nunca son bien comprendido por sus contemporáneos. ¿No le parece?*

*No le pregunto al poeta, le pregunto a usted.*

*Benvenuto sonrió amablemente.*

*¿Ha oído hablar de Oscar Wilde,<sup>47</sup> el escritor británico?*

*No.*

*Bueno; para el caso no tiene importancia. Esencial es lo que dice, murmuró entibiando la voz; su tono era cada vez más afeminado. Wilde afirma que la creencia religiosa es imprescindible para los estratos bajos de la sociedad, del mismo modo que el laicismo lo es para la aristocracia refinada y los sectores cultos. A los que, desgraciadamente, la reina Victoria<sup>48</sup> les ha bajado el pulgar, concluyó indignado.*

*¿Cómo es eso?, pregunté. ¿Obligación para los más y libre albedrío para los menos?*

*Es una buena fórmula para nuestro aciago presente ¿no le parece? .Para el populos Whitman sería un ángel caído y para nosotros un poeta*

---

<sup>47</sup> Oscar Wilde, Irlanda (1854-1900), en 1874 visitó a Walt Withman. Esto habla por sí solo de la referencia que en vida era el poeta norteamericano para los jóvenes escritores y el lugar que ocupaba en el campo literario de habla inglesa.

<sup>48</sup> Victoria (1819-1901) reinó durante 63 años Gran Bretaña, período al que se le denominó época victoriana, caracterizada desde la moral como época de puritanismo extremo, ultrareaccionario.

*sublime que el día de mañana será de todos. ¿Gusta moscato?*

*No bebo, gracias...*, rechazé la invitación.

*Con su permiso signorina*, se expidió reverencialmente.

*Es suyo*, concedí

El anciano sentado al piano desplegó la partitura sobre el atril y miró de reojo a sus compañeros. Dos de los ancianos apoyaron los violines en el hombro y los arcos descansaron sobre las cuerdas. El cuarto anciano parecía dormitar apoyado en el puente del contrabajo. Carmen González ocupó por segunda vez el centro de la escena.

*¡Damas y caballeros!*, exclamó con algarabía. *Damos comienzo al baile.*

Los violines atacaron en primera instancia y el *Danubio Azul* de Johan Strauss flotó ingrátido en el salón de *Il Fior di Maggio* como una materia volátil, hasta que hizo su ingreso el piano y luego el contrabajo, dándole más territorialidad al vals. El capitán López, con el quepis aprisionado debajo del brazo izquierdo, se aproximó con paso marcial. Atenuado por la luz de las velas, lucía el mismo y desteñido uniforme de siempre; el pecho cubierto de condecoraciones y las botas prolijamente lustradas. Sin dejar de mirarme a los ojos se reverenció ante las Damas

*¿Me concede este vals?*, solicitó y sentí la incomodidad del pedido, pero de ningún modo podía declinar la invitación.

El capitán López me condujo de la mano hacia el centro de la sala. Paulino González y su esposa iniciaron los aplausos. El comisario Báez intentó negarse ante la invitación de Juana Escurra, aludiendo que no era un hombre de fiestas, pero no pudo evitar ser arrastrado por las parejas que formaron Jacinto Sardiña y Catalinas Lineras, Carmen González y su esposo, Salvador

Farías y Rosa Laciari, Rosalía Gómez y el juez de Paz, Consuelo Llanos y Manuel Ortiz. Pese a cierta rigidez, el capitán López sabía ejecutar con elegancia los tres movimientos del vals.

*¿Cuáles son las últimas novedades sobre la guerra?*, le pregunté en medio del giro

*La guerra ha terminado*, afirmó en un tono recio.

*Pero el malón de días atrás...*

Hizo descender el mentón para mirarme a los ojos.

*Son los últimos escarceos. Manotazos de ahogado, como se dice. Namuncurá, el hijo heredero de Calfulcurá, está negociando con el gobierno nacional. De seguro que le van a dar algún rango militar, un generalato de pacotilla y algunas tierras como a Coliqueo. Pero mejor hablar de cosas agradables. De usted, por ejemplo. Es la dama más distinguida de la noche.*

Bajé la vista ruborizada y al escuchar la voz grave de monsieur Dubois suspiré aliviada.

*¿Me permite caballero?*

*Adelante*, correspondió con recelo el capitán López.

*El Danubio Azul* finalizó con aplausos cerrados. Los ancianos no se hicieron esperar. Los violines atacaron con *Voces de Primavera* y me dejé llevar. Alcé la mirada. Las velas de la araña parecían girar sobre mí.

*Hacen una linda pareja*, le oí decir a Rosalía Gómez

*¿Con el francés, con el milico, o con quién?*, le preguntó el juez de Paz con la clara intención de que lo escucháramos.

Monsieur Dubois me buscó discretamente con la mirada.

*Es un verdadero placer para mi persona compartir este bello vals en son*



*de despedida mademoiselle.*

*¿Ya concluyeron sus estudios de toponimia?*

*Más precisamente: abortaron, enfatizó.*

*¿Cómo es eso?*

*Los ingleses ganaron la partida, hicieron valer el peso de sus intereses económicos concentrados en el puerto de Buenos Aires. ¡Jaque mate! Se quedaron con el proyecto ferroviario.*

*Oh... qué pena, murmuré en la cadencia del vals. ¿Regresa a Francia?*

*Sólo de paso, afirmó, mi próximo destino es Asia o África, en el mejor de los casos.*

*¿Asia o África?*

*Indochina en primera instancia; Costa de Marfil o Argelia como otros destinos posibles.*

*¿Y usted qué prefiere?*

*Por comodidad Argelia, estaría más de casa; además tengo allí algunos compañeros de juventud. Por lo exótico Conchinchina,<sup>49</sup> claro.*

*Oh... qué maravilloso, suspiré. Pero que trabajo viajar tan lejos ¿verdad?*

*Oh... travailler, travailler... para un misionero del progreso, más que un trabajo es un halago, mademoiselle Maranesi, es como bailar este vals con usted.*

---

<sup>49</sup> Así se denominaba en el siglo XIX lo que hoy es territorio de Vietnam y parte de Camboya.

## EL DESEO

La desolada presencia del rancho y el agitarse suave de los álamos me produjo un sentimiento extraño. Sostuve con fuerza la sombrilla y sacudí las riendas. La yegüita empujó la pechera sudada y el coche bajó con rapidez la loma. El muchacho se desprendió de la maleta mazorquera que arrastraba entre las piernas y salió del maizal.

*¡Señorita Maranesi!, exclamó con alegría. ¡Señorita Maranesi!.*

Tiré de las riendas y el coche se detuvo a la sombra de los álamos. El muchacho intentó acomodarse los cabellos y desplegó una sonrisa de felicidad. Creo que lo observé con gravedad de funeral.

*Qué sorpresa... señorita Maranesi..., balbuceó emocionado y se restregó las manos en el andrajoso pantalón. Estaba cosechando el maíz... ¿su tobillo se encuentra bien? Baje por favor... ¿ya almorzó?*

*Sí, contesté enfadada y desvié la mirada hacia el jagüel.*

*¿Una jarra de agua fresca?*

*Está bien, acepté sin mirarlo.*

El muchacho corrió hacia el rancho. Descendí de la Berlina y acaricié las crines de la yegüita.

*Aquí tiene.*

Giré hacia él, sorprendida.

*Ay... qué tonta soy, me asusté,* admití con una sonrisa nerviosa y tomé la jarra que me ofrecía.

*No fue mi intención...,* se excusó preocupado.

*Oh no; está bien,* respondí con seriedad, *es mi culpa.*

El muchacho señaló la banqueta

*Acomódese...,* ofreció. *Me aseo y regreso; no mire por favor,* sugirió sin dejar de sonreír y corrió hacia la laguna con el pantalón gris y la camisa blanca agitándose en las manos. Al llegar a la orilla depositó las prendas sobre las pajas bravas y se desprendió el cinturón de cuero. Alcancé a ver el blanco de los glúteos contrastar con el bronce de la espalda. Antes de zambullirse en las aguas de la laguna se dio vuelta para mirarme. Azorada me llevé las manos a la boca.

*¡Este hombre no tiene límites!,* exclamé.

Me senté en la banqueta de cara al jagüel y observé el reverbero de las chalas. El cuí salió a toda velocidad del maizal y se detuvo al borde la parva. Erguido sobre las patas traseras oteó el aire haciendo vibrar los largos bigotes; luego emitió el chillido. Tres cuises abandonaron el maizal y tras una breve y loca carrera desaparecieron entre las pajas bravas. El chimango los avistó en pleno vuelo y revoloteó sobre el rancho, hasta que se posó sobre uno de los tirantes que sobresalía a la pared de adobe, sacudió la cabeza y clavó la vista en el pajonal.

*No sabe la alegría que me da el volver a verla...,* confesó el muchacho y se arrodilló frente a la banqueta.

La frialdad de mi enojo comenzó a diluirse en el celeste de sus ojos. Los cabellos mojados y tirados hacia atrás lo hacían menos imberbe.

*Mire... vengo a hablar con usted, porque no sé si sabe que para una educadora es una situación harto comprometida que un hombre la visite en la escuela sin otro motivo que el personal. ¡Y con un ramo de flores!, dije en un tono colérico.*

*¿Me está escuchando?, le pregunté ante la falta de respuesta.*

*Qué mujer bonita es usted..., susurró abstraído, con cara de pavo.*

*Indignada me puse de pie.*

*¡Usted es una persona totalmente desconsiderada!*

*Sin dejar de mirarme a los ojos me tomó de la mano.*

*Vamos... no se enoje por cualquier cosa. Venga; venga que le quiero mostrar algo.*

*No sé por qué me dejé llevar. Las suelas de mis botines hicieron crujir las ramitas secas. El muchacho se apoyó sobre la corteza del álamo y llevó el índice a los labios.*

*Allí... ¿ve?, señaló, en aquella horqueta.*

*No veo nada...*

*Allí... mire bien, insistió*

*Hurgué con la mirada hasta que detecté el puñado de plumas que se agitaba en la multitud de hojas acorazonadas. Un rumor de alas estremeció el follaje y la paloma se posó en la rama. El chillido de los pichones en el nido no se hizo esperar.*

*¿No es maravilloso?, me preguntó en un hilo de voz.*

*La paloma montera embuchó a los pichones y la fronda volvió a estremecerse. El palomo se posó junto al nido y movió con desconfianza la cabeza. El plumaje marrón, abultado en el pecho, exhibía un tornasolado que*

desprendía tenues reflejos, que viraban del verde algas al azul eléctrico.

*Dentro de pocos años serán una gran bandada*, afirmó el muchacho y prosiguió: *Cuando sembremos de árboles el desierto vendrán cientos de especies. Miles de pájaros nos acompañarán con su canto y ya nunca sentiremos de igual modo la soledad. Venga..., indicó, dejemos a la familia en paz.*

Caminé lentamente entre los álamos sin pensamiento alguno. Al salir de la arboleda volví a sentarme en la banqueta y lo miré como en una despedida.

*Cientos de miles de árboles*, murmuró desafiando al desierto, y se sentó sobre el pasto. *¿Cuáles son sus sueños?*, preguntó.

Sin saber qué responder moví la cabeza. Pretendí aparentar desinterés.

*No tengo sueños...*, dije sin convicción, *¿por qué me lo pregunta?*

*¿De verdad no tiene sueños?*

*Bueno, sí..., titubeé, lo que sucede es que al despertar no los recuerdo con claridad, ¿me explico?*

*Sí; claro qué sí*, asintió el muchacho y arrancó una hierba que apretó entre los dientes, *suele pasarme. Pero también tengo sueños que se repiten y los recuerdo con claridad.*

*¿Cómo es eso?*, le pregunté.

*Hay uno que me acompaña desde pequeño...*, murmuró entornando los párpados, *estoy soñando y me despierto dentro del sueño ¿me sigue?*

*Sí, sí. Continúe por favor.*

*Es una noche horrible, tormentosa, y el viento enfurecido parece ensañarse con lo que encuentra a su paso... de pronto se abre la ventana y la luz de los relámpagos corta a dentelladas la oscuridad de la habitación. Grito*

*aterrado y Gianluca corre a abrazarme. En la calle, del otro lado de la ventana, se recorta la figura del hombre con el sombrero chambergo que le cubre la cabeza sin rostro y abre la capa negra como las alas de un gigantesco cuervo; más atrás, bajo la lluvia, un caballo blanco se encabrita y relincha endemoniado. Es entonces cuando me despierto, mojado en todo el cuerpo y con un sabor amargo en la boca. Y así me quedo, mirando el techo, hasta que vuelvo a dormirme.*

*¿Y después que piensa?, pregunté intrigada.*

*No pienso nada, tengo más bien una sensación de extrañeza.*

*¿Extrañeza?*

*Sí, como si perteneciera a otro tiempo.*

*¿Al pasado?*

*No, es como si todo lo que me pasa ya lo hubiera vivido.*

*Por eso; en el pasado.*

*No, es como que todo lo que me pasa ya lo vi, confesó en un tono de duda. Es un mundo extraño el de los sueños ¿no le parece?*

*El mundo en sí es extraño, me apresuré a afirmar.*

*Es verdad, susurró.*

*Observé la cruz encalada sobre la tumba y desvíe la mirada hacia las margaritas, que se extendían junto a la pared de adobe.*

*Debo irme, dije y me puse de pie.*

*El muchacho me tomó de las manos.*

*Por favor... no se vaya, suplicó.*

*Experimenté una sensación de rigidez en la espalda al sentir la calidez de sus labios invadir mis labios. Lo abracé unos instantes; y lo besé con*

pasión. Luego le puse las manos en el pecho y lo aparté.

*Basta, debo marcharme.*

Pisé el estribo y tomé las riendas.

*La amo señorita Maranesi, con toda la fuerza de mi corazón.*

*¡Cállese!, exclamé.*

La yegua tiró de las varas hacia adelante. El muchacho corrió a la par del carruaje.

*¡La amo Giole! ¡Quédese, quédese para siempre!*

Sacudí las riendas con rabia y la yegüita apretó el trote. El muchacho dejó de correr y extendió los brazos.

*¡La amo!*

## II

*La amo...,* suspiró y se dejó caer de espaldas.

La Berlina trepó la loma y comenzó a bordear *La Cabeza de Buey*. Tirado boca arriba sobre la hierba, Luigi dejó que su mirada vagara en el azul intenso del cielo.

*La amo, maldita sea... y lo hago todo mal,* se dijo.

## EL CAMPOSANTO

Agité con suavidad las riendas. La yegüita aceleró la marcha y la Berlina se inclinó al doblar el codo de la laguna. Dejé a un costado el fortín abandonado y atravesé el bajo. Al ganar la suavidad de la loma se recortó la figura del hombre, que me apuntó con el rifle.

*¡Alto!, me ordenó.*

El soldado ofrecía la imagen de un bandolero: las botas cubiertas de polvo, los cabellos desgredados, los dientes apretados sobre el tabaco, la barba hirsuta que desbordaba el cuello desteñido de la andrajosa chaquetilla militar.

*¿Qué pasa?*

*¿Quién es usted?, me interrogó.*

*Giole Maranesi, preceptora de San Carlos.*

Escupió a un costado el salivazo amarronado y volvió intimidarme.

*¿Qué hace aquí?*

*Estoy de regreso.*

Los ojos de roedor escudriñaron sin cesar los flancos.

*Siga viaje doña.*

Desvié la mirada hacia los soldados que controlaban los prisioneros al borde de la laguna.



*¿Adónde los llevan?*

La boca del rifle descendió hasta rozar el suelo.

*Algunos pa' Sierra Chica a cortar piedras y otros a poner adoquines en Buenos Aires.*<sup>50</sup>

El violento culatazo en el pecho hizo retroceder al indio, que con un gesto de dolor en el rostro se zamarreó, en un intento inútil por liberarse de los tientos que le aprisionaban las muñecas. El segundo culatazo le dio en la frente y lo desplomó. Una de las prisioneras intentó ir hacia él, pero el soldado la golpeó con el fusil en la boca del estómago y quedó de rodillas.

*¡Qué hacen!», exclamé indignada por el comportamiento de los soldados.*

*¡Huinca tacayñé!, ¡huinca tacayñé!», gritaba la anciana tirando puñados de tierra hacia arriba. ¡Gualichu, gualichu!*

Los puños del niño se crisparon. Intentó correr hacia el guerrero, pero no alcanzó a recorrer la mitad de la distancia que los separaba. Uno de los soldados le pegó de costado con la culata del rifle y lo mandó para atrás. Las mujeres sentadas en el suelo apretujaron a los niños más pequeños y el llanto del bebé, que asomaba apenas la cabeza entre los pliegues del poncho, sobrevoló la boca de los fusiles.

El sargento se aproximó al caballo que caracoleaba nervioso.

*No quiere hablar coronel, ¿lo estaqueamos?*

El coronel tiró de las riendas con violencia y taloneó al tordillo en las verijas para que se tranquilizara.

---

<sup>50</sup> Son extensos y abundante los testimonios documentados que dan cuenta del terrible ultraje y esclavitud al que fueron sometidos sobrevivientes de las comunidades autóctonas, derrotadas por el ejército argentino en la infame conquista del "desierto", campaña financiada por la oligarquía porteña concentrada en la Sociedad Rural. Crímenes imposibles de soslayar y que aún hoy, a ciento cincuenta años de producidos, sigue vigente el dolor y los reclamos de justicia. Es extraordinario el testimonio que nos brinda Giole Maranesi, aun cuando la escena no haya transcurrido tal cual es narrada, da cuenta de relatos que circularon por fuera del relato oficial.

*¡Carajo!, exclamó furioso y desenvainó el sable. ¡Digale que si no habla los vamos a degollar a todos, empezando por los gurises! ¡Y le vamos a dejar las tripas a los caranchos!*

El sargento se acercó chuequeando al indio que cuidaba los caballos.

*¡Ramón! ¡Vení pa' acá!,* gritó y el indio lo siguió.

El guerrero con el rostro cubierto de sangre se irguió desafiante y el soldado volvió a golpearlo con la culata del rifle en el pecho.

*¡Pará milico desorejao'!,* gritó el sargento y se dirigió al indio llamado Ramón: *Preguntale lo que te digo.*

El guerrero, de rodillas, alzó el rostro y buscó el sol que descendía en el oeste. El lenguaraz se acercó y le murmuró al oído. Con dificultad el guerrero se puso de pie y esgrimió una sonrisa ensangrentada. A tientas trató de ubicar la voz y escupió certero en la mejilla del indio uniformado.

*No va a hablar,* afirmó el lenguaraz y con el dorso de la mano se limpió el salivazo.

El sargento giró en busca del coronel y meneó la cabeza con resignación.

*¿Qué es lo que quieren?,* pregunté angustiada.

El soldado bajó la vista.

*El cementerio,*<sup>51</sup> afirmó.

*¿El cementerio?*

*Donde entierran a los muertos doña. El coronel se enteró que estos*

---

<sup>51</sup> No he podido certificar dato alguno acerca de la existencia de un cementerio cercano a la Cabeza de Buey. El tema es controversial, el universo de los pueblos originarios que controlaron el denominado Wall Mapu, hasta iniciada la segunda mitad del siglo XIX, es sumamente complejo, del mismo modo los rituales funerarios sobre los que trabajan los antropólogos y obtienen constantes novedades. La localización física de un cementerio, tratándose de pueblos nómades, es difícil de establecer. Lo más cercano al lugar detallado sería el de Los Toldos, municipio de General Viamonte, distante unos 150 kilómetros de San Carlos.

*indios tenían el uno cerca de la laguna.*

*¡Oh Dios!, exclamé. ¿Para qué quieren profanar el cementerio?*

*Por la plata doña, los indios entierran a sus muertos con todas las pertenencias.*

*Dios mío...*

El soldado me miró con temor.

*Yo acato órdenes doña... no me meto con los dijuntos... ¿qué quiere que le haga?*

*¡Es sacrilegio!, protesté indignada. ¡Ese coronel me va a escuchar!*

*¡Deténgase, no me comprometa!,* gritó el soldado y corrió detrás del carruaje.

El coronel taloneó el tordillo y cabalgó a mi encuentro con la hoja del sable apoyada en el hombro.

*¡Adónde va!,* exclamó y cruzó el caballo delante del coche. Los cascos retumbaron en la tierra reseca y la yegüita relinchó nerviosa. *¿Quién diantres es usted?*

Alcé la sombrilla y no demoré en responderle.

*Giole Maranesi, preceptora de San Carlos.*

El coronel frunció el entrecejo.

*¿Y qué hace acá? Esto es la frontera. ¿No sabe que es peligroso?,* dijo soldado a la montura. El tordillo, inquieto, no dejaba de moverse.

*No me iré de aquí hasta que me explique qué está pasando con esa gente.*

*¿Gente?*

Indignada me puse de pie sobre el carruaje y sacudí la sombrilla.

*¡Me avergüenza su inmoralidad! ¡No puedo admitirlo en un soldado de la patria! ¡Mucho menos en un militar de su rango!*

Los ojos del coronel se endurecieron.

*Esto es una guerra. ¿O qué se piensa, que estamos de paseo?*

*¡No se burle de mí, la guerra terminó!*

*¡Y la ganamos nosotros! ¡No los pitucos afeminados que se llenan la jeta de moralidad en los salones de Buenos Aires y bien que se reparten estas tierras por las que pusimos el cuero!,* dijo en un tono altisonante, mirándome de costado.

El tordillo relinchó y dio una vuelta en redondo.

*¡No me grite! ¡Lo que están haciendo no tiene perdón de Dios!*

*¡No meta a Dios en este asunto; yo puse el cuero en esta guerra!,* me contestó y con la mano izquierda se levantó la chaquetilla para que pudiera observar los gruesos costurones en el vientre. *¡Usted no es quién para enjuiciarme mocosa! ¿Qué se piensa que le hubiesen hecho esos salvajes si la cautivan?*

Me mordí los labios de rabia.

*Ellos son los bárbaros... nosotros los civilizados,* le increpé con los ojos empañados.

*¡Qué espera para retirarse carajo!,* gritó el coronel, desencajado, y con el sable le dio un planazo en el anca a la yegüita. *¡Arre, arre!*

En el sacudón caí de bruces y perdí la sombrilla. La yegüita desbocada inició el galope a campo traviesa y los maderos del carruaje crujieron. Me sujeté el sombrero con tal presión que le abollé la copa. En medio de las fuertes sacudidas logré aferrar las riendas y tomar posición en el asiento.

Atenuado por el estruendo de las ruedas, que giraban enloquecidas, alcancé a oír débilmente los disparos de los fusiles *Remington Patria*. Logré controlar el coche y el galope desmadrado de la yegua derivó en un trote agitado, siempre en fuga hacia línea del horizonte. El viento del desierto me golpeó el rostro y escurrió hacia atrás las lágrimas en mis mejillas.

El recorrido de regreso a San Carlos me resultó interminable. Al divisar el reflejo de las siete lagunas suspiré aliviada. La yegua se aproximó a la hondonada, descendió la loma y entramos al pueblo. Pasé frente a la plaza y aminoré la marcha a pocos metros de la escuela. La yegüita pechó las pajas bravas que cerraban la entrada al solar y se detuvo en el fondo de la casa.

Bajé del carruaje, me desprendí del sombrero y corrí entre los pastizales. Las agudas espinas me laceraron los brazos y las piernas. Isabel se irguió sorprendida al verme azotada por los cardos y corrió a mi encuentro. Abracé con fuerza a la niña. *¿Estás bien, chiquita mía, mi amor?*, le pregunté con la voz entrecortada por el llanto. *Nadie te hará daño mientras viva, nadie. Te cuidaré por siempre, pase lo que pase...*, prometí y la besé en el rostro.

## LA ETERNA VOLUNTAD

El sol trepaba el este y se metía de lleno por la ventana. Los tímidos golpes sobre la puerta ganaron casi avergonzados el salón y más débilmente la cocina. Miré a Isabel a través del espejo.

*¿Quién podrá ser tan temprano?*

La niña no se movió de su sitio.

*Quédate aquí.*

Atravesé el aula y abrí la puerta. Acicalado y peinado con esmero, Ismael Olguín parecía otra persona. Olía a agua de colonia y lucía un impecable traje gris perla. Se acomodó nervioso el cuello palomita y depositó la mirada en la punta de los zapatos.

*Buenos días preceptora, vengo a despedirme.*

Observé la carreta detenida frente a la escuela de varones. El indio en el pescante sostenía las riendas, en una quietud absoluta, con la vista clavada en la boca de la calle

*¿Quiere pasar?*

*Está bien así, agradeció y volcó la cabeza a un costado. Lamento haberla conocido en una etapa tan oscura de mi vida, reconoció con pesar.*

*Oh... no se preocupe. A lo pasado, pisado.*

Ismael Olguín alzó lentamente la mirada.

*Debió conocerme veinte años atrás.*

*Imposible, recién salía de la cuna, bromeé.*

*Olguín habló para sí.*

*Era un joven maravilloso, lleno de sueños, de ilusiones. La vida era una aventura imposible de perderse y el mundo era mío; un gran libro que me reservaba innumerables páginas en blanco, en las cuáles escribiría mi loca aventura de vivir. Ah... la libertad..., suspiró emocionado y meneó la cabeza. Perdona esta nostálgica pedantería, que debe sonar ridícula en medio de la patética decadencia que cualquiera puede observar en mí, deslizó con la voz entrecortada.*

*Oh... no se lastime, por favor, traté de ayudarlo a recomponer el ánimo. Siempre se puede cambiar, corregir el camino, buscar nuevas opciones...*

*¿Le parece?, me preguntó un tanto más aliviado.*

*Claro que sí; hay que tener fe.*

*Es verdad, en algo hay que creer; de lo contrario la vida carece de sentido.*

*Carraspeé y adopté un gesto adusto.*

*Sé que usted está lejos de Dios... pero tiene mucho para dar. ¿Recuerda el mito de la caverna?*

*¿Platón?*

*Asentí con un leve movimiento de cabeza.*

*¿Recuerda la obligación del sabio?*

*¡Perfectamente!, exclamó con renovada alegría.*

*Esa es nuestra función ¿verdad?*

*Gracias señorita Maranesi... lástima que me haya conocido en estas*

*circunstancias tan poco agradables. No sea ruda conmigo, trate de comprenderme. No guarde un mal recuerdo de mi persona,* suplicó y me ofreció la mano, que le estreché sin dudar

*Se lo prometo.*

Giró hacia a la carreta y miró al indio que lo aguardaba.

*Oh; casi me olvidaba,* comentó con una sonrisa, *ya regreso.*

Lo vi correr hacia la carreta con movimientos rígidos, abrir el baúl y sacar el libro.

*Es para usted, dijo, acéptelo por favor.*

Observé con atención el título y el nombre del autor. Las letras doradas resaltaban sobre el fondo azul marino: *“Utopía”*.

*Gracias preceptor, es usted muy amable. Ocupará un lugar privilegiado en mi biblioteca,* condescendí con un gesto amable. *¿Regresa a Buenos Aires?*

*No; he sido contratado por el señor Caldwell para instruir en particular a su hijo Willians. Además, me permite educar a los hijos de los aborígenes que trabajan en la estancia.*

*¿Insiste con el buen salvaje?*

*Es la última oportunidad que le concedo a Rousseau.*

*Usted es un reincidente incurable.*

*Adiós preceptora. Ojalá la felicidad no le sea tan esquiva, como a mí.*

*Le deseo toda la suerte del mundo preceptor. Y por su bien, deje de beber.*

*Lo haré,* prometió con una sonrisa descolorida.

Lo vi abordar la carreta y sentarse en el pescante. El indio sacudió las riendas y los caballos se pusieron en movimiento. Giró hacia mí por última vez



y alzó el brazo. El traqueteo pesado de la carreta lo bamboleó hacia los costados.

## II

*Buenos días señorita Maranesi,* saludó Consuelo Llanos.

*Buenos días Consuelo ¿cómo está usted?*

*Bien querida, bien. Aquí le dejo la niña.*

*Adelante...,* ofrecí y Mabel ingresó a la escuela con la cabeza gacha.

*Buenos días señorita Maranesi,* dijo en un tono neutro Rosalía Gómez, la esposa del juez de Paz.

*Buenos días Rosalía ¿cómo le va?*

*Mamá, ese que se fue en la carreta con el maestro era un indio ¿lo viste?,* dijo la niña.

*Entrá a la escuela de una buena vez, vamos,* le ordenó la madre tratando de eludir el comentario.

*Adelante...,* dije en un tono suave de voz.

*Era un indio, era un indio,* repitió la niña.

Rosalía Gómez se retiró en silencio, cruzó la calle y entró al almacén.

Saludé a la última de las madres en despedirse y cerré la puerta. Atravesé el salón y me ubiqué detrás del escritorio. Las niñas se pusieron de pie y entonamos las estrofas del himno nacional.

*Buenos días alumnos.*

*Buenos días señorita preceptora,* repitieron a coro las niñas y ocuparon los pupitres.

*Espero que hayan cumplimentado las tareas para el fin de semana, recordé. Las alumnas de primer grado debían realizar un dibujo campestre con motivo a elección.*

Un revuelo de papeles ganó el aula.

*¡Está bien, está bien!, eso luego, apacigüé y las niñas de primer grado se acurrucaron tras los pupitres. Las alumnas de tercer grado debían practicar lectura oral ¿recuerdan?*

*¡Sí!, respondieron al unísono.*

*A ver... Ortiz, pase al frente.*

Mabel Ortiz salió del segundo banco con el libro abierto entre las manos. Se posicionó frente a sus compañeras, de espaldas a la pizarra mural.

*¿Puedo empezar?, preguntó.*

*Antes cuéntanos qué nos vas a leer.*

*Voy a leer unos párrafos del libro Vida de Facundo Civilización o Barbarie, de Domingo Faustino Sarmiento, dijo y me miró.*

*Adelante.*

*"El pueblo que habita estas extensas comarcas se compone de dos razas diversas, que, mezclándose, forman medios-tintes imperceptibles, españoles e indígenas. En las campañas de Córdoba y San Luís, predomina la raza española pura, y es común encontrar en los campos, pastoreando ovejas, muchachas tan blancas, tan rosadas y hermosas, como querrían serlo las elegantes de una capital. En Santiago del Estero, el grueso de la población campesina habla aún quichua, que revela su origen indio. En Corrientes, los campesinos usan un dialecto español muy gracioso: —Dadme general un chiripá— decían a Lavalle sus soldados".*

Hizo una pausa y buscó mi aprobación...

*Muy bien, muy bien. Continúa*, le dije detrás del escritorio.

*“En la campaña de Buenos Aires, se reconoce todavía el soldado andaluz, y en la ciudad, predominan los apellidos extranjeros. La raza negra casi extinta ya —excepto en Buenos Aires— ha dejado sus zambos y mulatos, habitantes de las ciudades, eslabón que liga al hombre civilizado con el palurdo; raza inclinada a la civilización, dotada de talento y los más bellos instintos de progreso”.*

La niña detuvo la lectura sin que se lo indicara.

*¿Qué es un palurdo?*, preguntó.

*Es una persona tosca, grosera, estúpida, ¿entiendes?*

*¿Un tonto?*

*Sí, más o menos tonto. Prosigue, lo estás haciendo muy bien.*

La puerta de la cocina se abrió con un leve chirrido y la figura de Isabel se hizo presente.

*Pasa y ciérrala*, le ordené.

Isabel obedeció, cerró la puerta de la cocina y se ubicó a un costado de la pizarra mural. Todas las miradas se depositaron en ella.

*Continúa niña.*

*“Por lo demás, la fusión de estas tres familias ha resultado un todo homogéneo, que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial, cuando la educación y las exigencias de una posición social no vienen a ponerle espuela y sacarla de su paso habitual. Mucho debe haber contribuido a producir este resultado desgraciado, la incorporación de indígenas que hizo la colonización. Las razas americanas viven en la ociosidad,*

*y se muestran incapaces, aun por medio de la compulsión, para dedicarse a un trabajo duro y seguido. Esto sugirió la idea de introducir negros en América, que tan fatales resultados han producidos”, finalizó Mabel Ortiz.*

*Muy bien, siéntate. Se nota que has trabajado la lectura en voz alta.*

*Me ayudó mi padre,* dijo y volcó la mirada sobre Isabel, acucillada en el rincón.

*Ven aquí,* la llamé, *ven.*

Con la cabeza gacha y arrastrando los botines de montar, Isabel se aproximó al escritorio. Cuando estuvo al alcance de mi mano le acaricié los cabellos y la hice sentar en el primer pupitre.

*A partir de hoy, Isabel será vuestra compañera,* comuniqué al resto de las niñas.

*¡Ah no!,* exclamó Eleonora Sardiña y cerró el cuaderno con violencia. *Yo no comparto mi banco con esta india sarnosa,* añadió desafiante y corrió hacia la puerta.

*¡Ven aquí!,* le ordené, pero no me obedeció y ganó rápidamente la calle.

Atravesé el salón bajo las miradas inquisidoras de las niñas. Salí a la vereda y alcancé ver a Eleonora doblar la esquina del municipio. Volví a atravesar el salón y con calma me dirigí a Violeta González.

*Pasa al frente y di que nos vas a leer.*

### III

La niña entró al local y soltó el libro sobre las tablas de pinotea. El juez

de Paz, sentado en el sillón y con el rostro enjabonado, la vio atravesar la superficie del espejo.

*¿Qué pasa?, preguntó Jacinto Sardiña, ¿por qué no estás en la escuela?*

*¡Porque la maestra hizo sentar en mi banco a esa india mugrienta!, chilló indignada y arrojó el guardapolvos sobre la silla vacía.*

*¿Qué india?, preguntó desconcertado el peluquero.*

*¡Mamá!, gritó Eleonora y desapareció tras la puerta.*

*¿Qué india entró a la escuela?*

El juez de Paz volcó la cabeza a un costado.

*Debe ser la que le adosaron los Ortiz.*

*¿Está loca esa mujer?, dijo Sardiña en un tono colérico. ¿Cómo va a sentar esa porquería junto a mi hija? ¡Ah no, ahora sí qué me va a escuchar!*

El juez de Paz lo tomó del brazo.

*Tranquilo... ¿adónde va?*

*¡A la escuela!*

*Calma Jacinto; yo me encargo.*

*Pero...*

*Esto lo tiene que tratar una autoridad del pueblo. Ahora termine de afeitarme. Luego, le prometo, que yo mismo en persona le voy a poner los puntos sobre las íes a esa mosquita muerta.*

*¿Le parece?*

*Claro que sí amigo, claro que sí.*

## IV

Las niñas se alborotaron a la salida de la escuela. Saludé a las madres y las despedí por orden alfabético. El juez de Paz se aproximó y acarició los cabellos de su hija.

*Andá a casa querida, que enseguida voy,* le dijo con una sonrisa y se quitó el sombrero.

La niña echó a correr por la vereda.

*¿Puedo dialogar con usted?*

*Sí; por supuesto ¿quiere pasar?,* le ofrecí.

Ingresó a la escuela y se detuvo a mitad de pasillo. Giró sobre los talones y me ordenó:

*Cierre, por favor.*

Entorné la puerta y me volví hacia él.

*Usted dirá.*

*Acérquese,* demandó en tono de autoridad y depositó el bastón sobre uno de los pupitres.

No me moví. Lo observé con desconfianza.

*Me imagino que usted podrá adivinar el motivo de mi presencia,* dijo sin rodeos.

*La verdad es que no...,* titubeé.

Meneó la cabeza y esgrimió una sonrisa malévola.

*Vengo a solucionarle algunos problemas...,* dijo y avanzó hacia mí.

*Qué yo sepa... no tengo ningún problema,* le dije y busqué alejarlo mientras retrocedía hacia la puerta, *retírese por favor.*

*¡Oh sí, claro que tiene problemas!*, exclamó irónico y percibí su aliento pesado. *Y quiero ayudarla ¿o tal vez prefiere seguir el mismo camino del borracho?*

*Deténgase; por favor...*, le supliqué.

*Vamos... no sea arisca... estoy aquí para darle una mano; claro que nada es gratuito en la vida...*, susurró con voz áspera y aproximó aún más sus labios a mis labios.

*¡Miserable!*, le solté en la cara e intenté darle una cachetada. Él, rápido de reflejos, me tomó de las muñecas con fuerza.

*Vamos... no se haga la gata parida... bien que le gusta el chichoneo...*

*Suéltame... miserable...*

*Vamos... qué le cuesta un besito... yo la voy a proteger; pero usted tiene que ser amable conmigo ¿no le parece?*, me presionó pero no alcanzó a besarme por la fuerza. *¡Ahhhgg...!*, gritó y giró enfurecido, *¿pero qué...?*

Isabel se replegó con el tenedor ensangrentado en la mano sin abandonar la actitud de ataque. Aproveché la confusión y lo empujé con todas mis fuerzas.

*¡Váyase maldito!*, le grité amenazándolo con el bastón.

Él se tomó la pierna y me miró desafiante.

*¡Váyase maldito hijo de perra!*, repetí enfurecida.

Sin dejar de intimidarnos con la mirada, alzó el sombrero y me apuntó con el índice.

*Esto lo va a pagar muy caro mujerzuela... muy caro, se lo aseguro*, dijo y desapareció tras el portazo.

Temblando, abracé con todas mis fuerzas a Isabel.

*Oh... mi niña, mi niña... si no hubiera sido por ti... ¿qué hubiera pasado...? mi niña..., susurré con la voz entrecortada por el llanto.*



## LA INFAMIA

El perro de pelaje amarillo salió de la resolana, se pegó a la pared del almacén y su escuálida figura se opacó. Desde la herrería llegaban con nitidez los golpes de la masa sobre el yunque. Desvié la mirada del perro y cerré la puerta de escuela. Fui hasta el dormitorio. Isabel me contempló en silencio. Habitualmente, a esa hora de la mañana, las niñas llegaban, bulliciosas, tomadas de las manos de sus madres. Salí de la habitación, atravesé nuevamente el salón y me detuve en el umbral. Miré hacia la plaza y vi a Consuelo Llanos cruzar en dirección a la escuela. La niña se le adelantaba un par de pasos y la esperaba.

*Buenos días*, me saludó la esposa del presidente del Consejo Escolar. *Entre mi tesoro, criatura más preciosa*, le dijo a la niña sin poder disimular la preocupación que la embargaba.

*Buenos días Consuelo*, le respondí.

*Mire Gioele, no quiero alarmarla, pero su situación es delicada...*

*Me lo imaginaba Consuelo... me lo imaginaba...*

*Buenos días*, saludó Dominga Gutiérrez al llegar a la puerta de la escuela. *¡Camine pa' adentro sabandija, y pórtese bien en clase!, ¿me entendió?*

Mercedes Santillán entró corriendo al salón.

*Esta muchacha me va a sacar canas verdes, comentó antes de retirarse.*

*Buenos días doña Dominga, y hasta luego, la despedí con una sonrisa de compromiso.*

*Ayer por la tarde estuvieron en casa Jacinto Sardiña, el juez de Paz y el intendente hablando con mi marido. Por la noche tuve una discusión muy fuerte con Manuel y no creo que nos dirijamos la palabra por unos días, dijo en un tono bajo de voz Consuelo Llanos de Ortiz.*

*Oh... cuánto lo lamento... no se hubiera comprometido tanto por mí, doña Consuelo.*

*Son unos malvados, los conozco bien a esos tres, y no creo nada de lo que le dijeron a mi marido. Los tengo acá; mire, dijo y se tomó la garganta con un gesto de repugnancia en el rostro.*

*Buenos días..., deslizó Rosa Laciár y miró de reojo a Consuelo Llanos.*

*Buenos días doña Rosa. ¿Cómo está usted?*

*Oh, muy bien querida, muy bien, me respondió.*

*La niña ingresó a la escuela. Consuelo Llanos desvió la mirada y esperó que la mujer del almacenero se retirara.*

*Otra más..., susurró.*

*¿Qué dijeron Consuelo? Si no es mucho pedir...*

*Mentiras, falsedades, infamias de hombres resentidos.*

*¿Y las Damas...?*

*Los apoyarán, seguro... esas cotorras avejentadas son más sometidas y envidiosas de lo que lo que usted imagina.*

*Debería hablar con don Manuel ¿usted qué me aconseja?*

*Oh no; déjelo que mueva primero, que venga al pie, es lo más*

*conveniente con él. Sé lo que le digo, hace más de veinte años que vivimos juntos. Manuel es bondadoso, buen padre; pero es un hombre débil. No le dé la oportunidad de fingir una fortaleza que no tiene.*

*Oh Dios mío... ¿qué debo hacer?*, dije en un suspiro interminable.  
*¿Hablar con el intendente tal vez?*

Consuelo me tomó de las manos y meneó la cabeza.

*El intendente es un infeliz, no corta ni pincha; es apenas un figurón. El que mueve los hilos es el juez de Paz, afirmó con gravedad, espere lo peor de él y no se equivocará. Es un ser despreciable, concluyó.*

*No sé qué hacer... no sé...*, deslicé en un hilo de voz.

*Haga desaparecer el motivo, mi querida.*

*¿El motivo?*, pregunté un tanto desconcertada.

*No deje a Isabel en el aula; igual le puede enseñar todo lo que usted desee. Y cuente conmigo, para lo que necesite.*

*Gracias doña Consuelo, gracias...*

Le apreté con fuerza las manos en señal de agradecimiento.

*Vaya mi querida, que sus alumnas la esperan.*

Ingresé aula, miré a las tres niñas que hicieron silencio ante mi presencia y avancé por el pasillo que delimitaban los pupitres. Tuve la sensación de que el salón se había ensanchado.

*Buenos días alumnos.*

*Buenos días señorita preceptora*, respondieron las niñas.

Me dirigí a la ventana y la abrí de par en par. Frente a la plaza, los cuatro ancianos de la orquesta le daban indicaciones al cochero, que amarraba los instrumentos en el portaequipajes de la galera. El aire del desierto se movía

con agilidad peinando las pajas bravas del solar y uno de los postigos se cerró. Volví a empujarlo hacia afuera y vi el carro que avanzaba por el medio de la calle. El comisario sacudió las riendas para que el caballo apretara el paso. El muchacho miró la escuela. Al verme inclinó la gorra sobre el rostro, como si quisiera esconderse tras la visera.

*Oh Dios mío... ¿por qué?,* murmuré junto a la ventana.

*¿Pasa algo señorita?,* preguntó Mabel Ortiz, *¿por qué no vienen los otros niños?*

Me ubiqué detrás del escritorio y del puño del vestido saqué el pañuelo. Tenía los ojos empañados.

*Hoy vamos a hablar de la semana de Mayo,* adelanté.

## II

Manuel Ortiz se acomodó el sombrero y esperó que Rosa Laciár se retirara. La niña se desprendió de la madre y cruzó la calle. En la puerta del almacén la esperaba con los brazos abiertos Salvador Farías.

*Vamos... tengo hambre,* protestó Mabel y tironeó de la manga del saco a Manuel Ortiz.

*Enseguida vamos para casa hija,* le respondió a la niña y me buscó con la mirada.

*¿Deseaba hablar conmigo?,* le pregunté.

*Sí; creo que me debe alguna explicación ¿no le parece?*

*Es verdad señor Presidente,* reconocí *¿A las cinco de la tarde le parece correcto?*

*Eh... sí... sí... de acuerdo, titubeó.*

*Muy bien, hasta luego entonces, cerré el diálogo.*

*Vamos a casa, insistió Mabel y lo tomó de la mano.*

*Sí... sí..., le concedió Ortiz a la niña y con un gesto confuso se colocó el sombrero.*

Salvador Farías aún jugueteaba con su hija debajo del alero cuando pasé frente al almacén. Antes de llegar a la esquina me detuve y alcancé a ver a Rosa Laciari estirando su largo cuello de ganso para evitar el postigo de la ventana. Crucé la calle y dejé atrás el rancho de los Balmaceda, la panadería en construcción de don Mariano Trabucco, el solar donde pastaba el caballo malacara y llegué a la comisaría.

*¿Quién es?, resonó la voz de Báez del otro lado de la puerta.*

*Volví a golpear con el puño los maderos resacos.*

*¡Ya va, ya va!, exclamó el comisario.*

Abrió la puerta, se ajustó el cinto y un gesto de confusión le ganó el rostro cuadrado. Intentó acomodarse los duros cabellos con un movimiento torpe y me miró con los ojos desencajados.

*Pero maestra... qué busca aquí, balbuceó en un tono gutural.*

En el sesgo de la puerta se recortó el tobillo engrillado que colgaba del catre.

*Quiero saber por qué se encuentra aquí el señor Mazzarino.*

Luigi se sentó se puso de pie. Un ruido de cadenas arrastradas se deslizó por el agrietado piso de tierra y ganó la abertura de la puerta.

*¿Giole...?, susurró intrigado y se rascó la cabeza; confundido.*

*¿Por qué lo detuvo?, le pregunté a Báez.*

Apoyado sobre el canto de la puerta, me miró sin saber qué responder. Hasta que una mueca de alegría contradictoria le iluminó el rostro curtido por el sol del desierto.

*Tiene un arresto de ocho días,* afirmó con una sonrisa tonta de dientes cariados.

Lo fulminé con la mirada y la sonrisa se le borró.

*No contesta mi pregunta.*

Se rascó la oreja y frunció la nariz.

*Tiene que preguntarle al juez doña Maestra. Él me dio la orden, yo no sé más. ¿Qué quiere que más le diga?*

### III

De espaldas a la puerta del despacho, el intendente se desprendió el cuello de la camisa, se alisó los cabellos con la palma de la mano y se puso el sombrero.

*Vaya preceptora... ¿qué la trae por aquí? ¿Deseaba hablar conmigo tal vez?,* deslizó al verme.

*No,* le respondí en seco, *quiero hablar con el juez.*

*Está en su despacho,* señaló. *Dígame qué precisa, quizá la pueda ayudar.*

Lo aparté y entré a la oficina. Detrás del escritorio, en donde se apilaban de forma ordenada carpetas y papeles, estaba sentado el juez. Solté la puerta y la figura del intendente desapareció tras ella.

*Mire lo que son las casualidades... justo estaba pensando en usted, dejó correr con calma y señaló la silla vacía. Siéntese, por favor...*

Lo miré desafiante.

*Está bien así.*

Me recorrió con la mirada de pies a cabeza.

*¿Viene a negociar verdad?, insinuó con una sonrisa oblicua y se acarició la barbilla. Desde el primer día en que la vi, supe que era una mujer inteligente.*

*¿Por qué hizo detener al señor Mazzarino?*

Una mosca persistía en posársele sobre la nariz.

*Maldito insecto, se quejó y le tiró un manotazo. ¿Mazzarino? ¿Tal vez un joven inmigrante italiano?, preguntó como si tratara de ubicarlo en la memoria.*

*El mismo.*

*¿Por qué le interesa? ¿Es tal vez amigo suyo o algo más?, un pariente lejano, digo... no me vaya a mal interpretar..., se excusó sin poder disimular el tono malicioso.*

*¿Por qué hizo detener señor Mazzarino?, repetí.*

*Nada personal, expresó y se tiró hacia atrás haciendo balancear las patas delanteras de la silla, parece un buen muchacho, no crea que no me apena... pero nuestra función es hacer cumplir las leyes preceptora.*

*¿Qué leyes?, ¿las suyas?*

El Juez de Paz se alisó los bigotes y enarcó las cejas. En un pretendido gesto de inocencia jugueteó con la caja de cerillas.

*No me prejuzgue... las leyes son las leyes, usted lo sabe bien,* respondió y abrió el segundo cajón del escritorio para extraer el cuaderno de gruesas

tapas negras, lea.

*¿Qué significa?*

*El diario de sesiones, lea en voz alta, por favor.*

*“El honorable Concejo Deliberante Itinerante acuerda y sanciona...”*

El desconcierto me ganó por completo.

*Prosiga, prosiga...*

*"Deliberante Itinerante..." ¿qué es esto?*

Se acarició el cuello palomita.

*Es una forma de designar un Concejo cuyos ediles no son estables y las sesiones son de carácter extraordinario.*

Alcé la vista. Él volvió a esgrimir la sonrisa oblicua.

*Eso no existe señor Juez.*

*Fíjese que sí,* me respondió y apartó la mosca con la palma de la mano.

Lea, lea...

*“Artículo primero: desde la promulgación de la presente Ordenanza, queda absolutamente prohibido la ocupación de chacras municipales por personas que no sean arrendatarias o que no tengan el debido consentimiento de estos o de la Intendencia. Artículo segundo: Los contraventores que infringieran sufrirán una multa de cincuenta pesos, o arresto de sesenta días en su defecto. Artículo tercero: De forma. Fermín Domínguez (Presidente interino) – Jacinto Sardiña (Secretario). Fechado 21 / 2 / 1882”.*

*¡Ayer!.*

*Casualmente, acotó el Juez de Paz. Vamos... no me mire así, es una situación que debíamos encuadrar legalmente a la brevedad.*

*¿Nada personal?,* dejó correr en un tono irónico.



*Por supuesto, afirmó con falsa convicción y desplegó la carpeta que tenía sobre el escritorio. Orden de citación para don Alberto Marconi, arrendatario. Orden de arresto para don Policarpo Oviedo, ocupante ilegal... ¿quiere qué siga?*

*Está bien, lo detuve. ¿Cuál es la situación del señor Mazzarino?*

*Orden de arresto por ocupación ilegal de tierras del municipio.*

*¿Ilegal?*

*Bueno... había que darle una forma... usted comprenderá. La situación del joven es bastante particular. Tiene unos papeles a nombre de su hermano, extendidos por un despacho de promoción a la inmigración, en una oficina de la Aduana de Buenos Aires, en los cuales se le otorgan, imprecisamente, terrenos a elegir en línea de frontera para su eventual explotación. Algo difícil de certificar, porque esa oficina ya no existe, detalló.*

*Pero los papeles existen.*

*El juez meneó la cabeza.*

*Esos papeles fueron refrendados por el procurador don Lucio Sandoval, aquí en San Carlos, en 1879, a un año de la fundación... permítame que me fije, dijo y buscó en una carpeta que se hallaba a su derecha. Aquí está. A ver... "Solicitante Gianluca Mazzarino. Rumbo Suroeste, Laguna 'Cabeza de Buey'. Número 138. Forma de despacho. Cultivación. Llenó las condiciones", hizo una pausa y extrajo la hoja. Y aquí está el título de propiedad.*

*Entonces estaban habilitados.*

*El Juez de Paz hizo un vago movimiento con la mano izquierda.*

*El procurador Sandoval estaba preocupado por la cantidad de habitantes... además... las leyes cambian todos los días en el país. Lo cierto es*

*que el municipio no recibió un sólo centavo por la explotación de esa parcela.*

*¿Y esto cómo sigue?*

*¿Y cómo va a seguir?, exclamó en un tono risueño. Un contrato de arrendamiento... el municipio no le va a hacer, y si en treinta días, a partir de la fecha, no deposita los 800 pesos que hemos valuado la chacra, el municipio tomará posesión de esa tierra. Por ahora, en tanto no abone la multa, deberá permanecer detenido e incomunicado durante ocho días a partir de la fecha, tal como lo fija la ordenanza municipal.*

*Es increíble, susurré.*

*Prosiguió con la farsa.*

*En ocasión del arresto, Mazzarino declaró que el dinero que tenía en el bolsillo era producto de la venta de un farol al señor Paulino González de profesión herrero. Así, tal como están las cosas, una semanita larga a la sombra, y después a hacer las valijas.*

*¿No hay otra solución?*

*Se alisó los bigotes y entornó los párpados.*

*Lo único que no tiene solución es la muerte, deslizó en tono sarcástico.*

*No alcanzo a comprenderlo.*

*Del mismo modo que los papeles se escriben, los papeles se borran ¿no le parece?*

*Permanecimos en silencio. Apoyó los antebrazos sobre el escritorio y me miró con deseo.*

*Todo depende de su colaboración. Usted sabe que puede contar conmigo para lo que sea..., insinuó.*

*¿Y qué es lo que debo hacer?*

*Mire..., murmuró y dirigió la mirada hacia la puerta, estoy invitado al asado de despedida que le están haciendo acá a la vuelta, en el galpón de la forrajería, a los músicos de la orquesta de 9 de Julio. Yo podría argumentar que tengo que completar unos contratos de arrendamientos y usted me espera aquí.*

*Antes me firma una orden para dejar en libertad al señor Luigi Mazzarino, le exigí.*

No demoró un minuto en extenderme la orden.

*Trate de no ser vista cuando regrese, me sugirió con una sonrisa triunfal. Ah; y despréndase de la india, así nos ahorramos algunos problemas futuros.*

## IV

Antes de cruzar la calle volqué la mirada hacia el galpón de forrajes. El viento cambió de dirección y el humo de la leña que se quemaba en los asadores envolvió la galera. Llegué a la comisaría, di dos golpes secos y nadie me atendió. Entorné la puerta. El muchacho, sentado al borde del el catre, giró la cabeza.

*Comisario, golpean.*

Báez dormitaba sentado en la silla con las piernas estiradas, abrió los ojos y se rascó la cabeza.

*¿Quién será ahora?, murmuró.*

Lo recibí con una mirada inexpresiva.

*Libere al señor Mazzarino, le ordené y extendí el papel.*

*¿Qué es esto?, preguntó.*

*La fianza.*

*¡Señorita Maranesi!, exclamó Luigi emocionado.*

*Báez seguía con la mirada clavada en el papel.*

*Si no me lo ordena el juez no lo largo.*

*Eso que tiene ante sus narices es de puño y letra del juez. ¿Qué más espera?*

*No sé leer, dijo y me devolvió el papel.*

*Si no libera de inmediato al señor Mazzarino, haré que lo engrillen a usted.*

*Pero Maestra yo no puedo...*

*¡Suéltelo ya, caramba!, le ordené en un tono que lo hizo retroceder.*

*Luigi me observó desconsolado.*

*Giole no piense mal de mí... no soy un delincuente.*

*Por eso estoy aquí, le respondí, tranquilícese; está todo arreglado.*

*Báez se agachó con la llave y abrió el grillete que aprisionaba el tobillo del muchacho. Depositó la fianza junto al porrón de cerámica y regresé a la puerta.*

*El carro está en el solar, dijo Báez y tiró la cadena sobre el catre.*

*En la vereda Luigi se deshizo en agradecimientos.*

*¿Cómo le devolveré todo lo que hace por mí?*

*Lléveme a la escuela, le ordené.*

*Sí, sí, obedeció acomodándose la gorra.*

*Subimos al carro. Luigi tiró de las riendas hacia un costado. La yegua cabeceó a la izquierda, pechó las pajas bravas y salimos del solar.*

*Si usted me permitiera explicarle...*

*No tiene nada que explicarme,* lo interrumpí al pasar frente al municipio.

Rebuscó en el bolsillo del pantalón.

*Acépteme en parte de pago estos...*

*Por favor, guarde eso.*

Tiró de las riendas y nos detuvimos frente a la escuela. Bajó de un salto, pasó por detrás del carro para ayudarme a bajar y me miró sorprendido

*Cuando entregue el maí le devuelvo la plata de la fianza...*

*No me debe nada, despreocúpese,* le dije al abrir la puerta de la escuela.

*Estoy muy preocupado ¿sabe?,* confesó y se quitó la gorra, *me quieren quitar la chacra.*

*¡Isabel!,* llamé desde dentro del aula. *Ven aquí rápido.*

*¿Qué voy a hacer si me quitan la tierra?,* se preguntó el muchacho con la voz entrecortada.

*No se la van a quitar, tranquilícese.*

La niña atravesó el salón, se detuvo en el umbral y me miró. Me detuve en sus ojos azabaches. Le acaricié los cabellos y tomé sus manecitas ajadas.

*Escucha bien lo que voy a decirte, presta atención,* deslicé suave. *Juntarás tus cosas y te irás con el señor Mazzarino. Ten confianza, es un buen hombre.*

El rostro de la niña se transfiguró. Los labios temblaron al abrirse. Le apreté con fuerza las manos.

*¡Vamos, dílo!,* exclamé.

*No... no...,* balbuceó la niña con un esfuerzo extremo.

*¡Vamos! ¡Habla!.*

*No... me... de-je...,* alcanzó a decir con lágrimas en los ojos.

La abracé y la besé en la frente.

*No temas...,* le susurré al oído, *la palabra empeñada de Giole Maranesi es un documento inviolable. Jamás te abandonaré pequeña mía. Ve con el señor Mazzarino que luego nos encontraremos.*

El muchacho dio un pequeño rodeo, tiró de la visera y se acomodó la gorra.

*¿Nos volveremos a ver?,* alargó con timidez

Isabel subió al carro y abrazó la muñeca de porcelana. Le alcancé la maleta y desvié en busca de Luigi Mazzarino.

*Cuídela,* le ordené.

*¿Y usted qué va a hacer?*

*Váyase, ahora.*

*Pero...*

*Le dije que se vaya.*

## V

Abrí el cofre y tomé con delicadeza la gargantilla. Los zafiros desprendieron destellos azulados que se confundieron con el brillo de los diamantes. La superficie del espejo me devolvió sin defectos la belleza que me empeñaba en negar. Me detuve unos instantes en el almendrado de mis ojos y murmuré: *¿Quién eres tú, Giole Maranesi?* Contemplé el movimiento de mis

labios como si fueran ajenos y sentí el rumor de mis palabras envolverme como un eco lejano: *¿Quién serás luego de esta elección?* Acaricié la gargantilla que destellaba en mi cuello y el recuerdo se aproximó como un potro desbocado. *“Es para ti”*, dijo tía Shopía el día de mi graduación en la escuela normal. *Perdóname tía...*, suspiré y las lágrimas asomaron tímidas a mis ojos.

Me puse el sombrero de las alas anchas, giré con decisión y atravesé el aula. Al abrir la puerta me sorprendió el retumbar de los cascos. El caballo pasó frente a mí al galope tendido, siguió por la calle desierta y antes de llegar a las encadenadas se detuvo resoplando. Caminé con prisa bajo el sol que comenzaba a salir del cenit. Avancé en medio de la arenisca que el viento se empeñaba en levantar; gané la acera vecina y desvié la mirada hacia la plaza. La corteza del ñandubay se reseca al sol. Flanqueé el edificio municipal hasta alcanzar la puerta lateral. La abrí. Atravesé el salón y entorné la puerta del despacho. La mirada agazapada tras el escritorio me intimidó.

*Nunca vi una mujer más bella*, deslizó en un tono suave el juez de Paz.

Las colchas desplegadas sobre el piso en un rincón del despacho me provocaron una extraña sensación de desasosiego. Al borde del escritorio alcé las manos y las llevé detrás del cuello.

*Póngase cómoda...*, murmuró en un tono lascivo, con la vista clavada en mi busto. *Qué cosa más bonita... desvístase despacio, por favor...*

Sus palabras parecieron ocupar todo el espacio de la oficina y flotaron ingravidas cuando deposité sobre el escritorio la gargantilla de zafiros y diamantes

*Es una joya extraordinaria, digna de una dama de su clase...*

*Su valor es tres veces superior al de la chacra.*

Alzó la vista.

*¿Qué me quiere decir?*, preguntó en un tono neutro.

*Quiero el título de propiedad de la chacra de los Mazzarino.*

Titubeó sorprendido.

*No puedo tomar una joya en parte de pago por tierras del municipio...  
además habría que...*

*Claro que puede, esa joya vale tres veces más y usted no es estúpido.*

Me midió con la mirada.

*Está muy segura de sí misma... ¿Verdad?*

*Ponga usted el dinero y quédese con la joya. Busque el título de  
propiedad. ¡Qué espera!, le exigí.*

Me observó, en silencio. Unos instantes, y abrió la carpeta.



## LA MUSICA

El hocico peludo me humedeció la palma de la mano. La yegüita disfrutó del azúcar y quiso más. Antes de pisar el estribo alcé la mirada y seguí el derrotero de los patos silbones que surcaron el cielo rumbo al sur. Sacudí las riendas. La yegüita tiró de las varas y ganó la calle principal. Dejamos atrás la pulpería y salimos del pueblo. Los perros abandonaron la sombra del rancho y torearon el carruaje. La yegüita sacó pecho y avanzó con elegancia por la llanura. La infinitud palpitante me entregó el verde opaco de la pradera. Los ladridos amenguaron hasta desaparecer y sólo quedó el silbido que el viento excitaba en las matas dispersas. Entrecerré los ojos y me dejé mecer por el armonioso golpeteo de los cascos. Las largas crines en el cuello de la yegüita se ondulaban al ritmo de las patas y tuve la sensación que la línea del horizonte era quien deslizaba el carruaje hacia adelante. Tomé del ala el sombrero y lo arrojé hacia atrás; trazó una extraña voltereta arrastrado por la suave turbulencia y quedó atrapado en las pajas bravas. Me quité la red que sujetaba el rodete y mis cabellos se entregaron al aire del desierto.

*¡Corre Dulcinea, corre!, agité la marcha.*

El coche se desplazó a toda velocidad dejando tras de sí una estela de polvo. A su paso, los ñandúes se espantaron atemorizados hacia el médano, que reverberaba bajo los rayos del sol. Sentí la brisa golpearme plácida en el

rostro y un sentimiento de felicidad se instaló en todo mi cuerpo. En el cielo, la pareja de chajás parecía flotar debajo de la nube solitaria. En la tierra, la perdiz se estremeció por el estruendo que el carruaje hizo crecer detrás de los pajonales; batió frenética las cortas alas y emprendió un agitado vuelo que la depositó más allá del cañaveral. La Berlina flanqueó la picada con un ruidoso rechinar de hierros y maderas y se prolongó campo adentro.

*¡Corre Dulcinea, corre!*

## II

Los caballos exhibían un trote parejo. El cochero en el pescante estiró el ala del sombrero para evitar que lo cegaran los rayos del sol, que descendía en el oeste. Dentro de la galera, los ancianos se aletargaban al compás monótono del traqueteo.

*Así que el inglés resultó un melómano*, dijo uno de los viejos y observó los ñandúes, inquietos en la falda del médano.

*Siempre que pague*, comentó con voz temblorosa el que iba sentado frente a él.

Los otros dos dejaron escapar la risa.

*Qué bajo has caído Inocencio. El verdadero artista desprecia el dinero*, replicó sin dejar de mirar a los ñandúes, *es por eso que ejecutas cada vez peor tu instrumento*.

La galera desaceleró la marcha. El cochero divisó el reflejo rojizo de la laguna y tiró con fuerza de las riendas. El carruaje se detuvo pesadamente y

uno de los ancianos se asomó a la ventanilla.

*¿Qué pasa?, preguntó.*

*Me parece que perdimos la huella. Por acá no se va a Quillalauquen,* respondió el cochero sujetándose el sombrero. *Deberíamos de haber avistado el arroyo y no aquella laguna,* señaló con el brazo extendido.

*¿Y ahora qué hacemos?.*

*Cambiamos de rumbo o volvemos a San Carlos,* afirmó y trató de encontrar con una rápida mirada otro punto de referencia. *Lo mejor es regresar,* concluyó con un gesto de duda y se rascó la barba.

*Bajemos camaradas,* dijo uno de los viejos.

*¿Qué hace abuelo?,* le preguntó confundido el cochero desde el pescante.

El anciano pisó el estribo e hizo pie en tierra. Alzó apenas la cabeza y le respondió:

*Vamos a tocar.*

El cochero lo miró con un gesto de desconcierto.

*¿Van a tocar? ¿y qué van a tocar acá?,* preguntó.

El anciano inspiró profundo por las fosas nasales y se quitó el sombrero.

*¡Qué maravilla de aire!,* exclamó con una sonrisa.

### III

En medio de las sacudidas divisé el reflejo de la *Cabeza de Buey*. La

yegüita abrió la boca como para beberse todo el aire del desierto y la espuma blanca se escurrió por el freno. Sacudí las riendas, la yegüita apretó la marcha y dio la sensación de cabalgar con loca alegría, ganando terreno en línea recta a la laguna. Los juncos de la orilla crecieron en mis ojos. Ante la proximidad de la barranca tiré de las riendas para sofrenarla y adoptó un trote manso.

## IV

El anciano sintió el aire del desierto golpearle el rostro y perdió extasiado la mirada en el horizonte.

*¿Saben por qué toco cada vez mejor?, preguntó en voz alta y sin volverse. Porque siempre pienso: “esta vez será la última vez”.*

Uno de los caballos relinchó y sacudió la vara.

*Suba abuelo... se nos va a hacer tarde,* suplicó el cochero con el sombrero entre las manos; el sol le iluminaba el perfil derecho.

El anciano giró sobre los talones con una prestancia y agilidad que contradecía los años que llevaba a cuestas.

*Será apenas un momento. Hay que aprender a saborear los días hombre,* afirmó con seriedad y se dirigió a los otros ancianos: *Toquemos camaradas...*

Los ancianos bajaron lenta y dificultosamente de la galera. El cochero en el pescante se rascó la barba y fastidiado meneó la cabeza.

*Vamos amigo, desempaque el cello,* le ordenó Inocencio. *Vos Hipólito, bajá tu violín y el mío,* agregó.

El cochero se estiró sobre el portaequipajes de la Galera, extrajo el cello

del baúl y se desprendió del pescante

*Lo que único falta es que aparezca la indiada, masculló.*

El arco se deslizó sobre las cuerdas y arrancó un par de notas graves que se diluyeron en el aire. La mano huesuda se posó sobre el clavijero y el anciano asintió con un leve movimiento de cabeza. El cochero observó con curiosidad los dedos flacos y largos recorrer las llaves de la flauta transversa que marcaban las notas ascendentes. Basilio retiró los labios de la boquilla y buscó los ojos de Hipólito, que afinaba el violín.

*Se calentó rápido, comentó satisfecho.*

Inocencio puso el arco debajo del brazo. Con la mano libre retiró el pañuelo del bolsillo del saco para secarse la transpiración de la frente. Perdió la mirada en el desierto y en sus ojos se instaló un brillo extraño.

*¿Por quién vamos a tocar?, preguntó.*

Dos de los viejos se miraron cómplices. El cochero se acucilló bajo la sombra que proyectaba la galera; tomó una hierba del suelo y comenzó a mastigarla con desinterés.

*En recuerdo de Argentina Forever, la más grande soprano que haya conocido América,* respondió Basilio.

*De Alaska a Tierra del Fuego,* añadió Agapito con el índice en alto, pegado al puente del cello.

*Lo sabía...,* murmuró Hipólito y se alisó el bigote despoblado, *si para algo se complotan estos tres... es para el mismo homenaje. Ahora viene la anécdota de siempre,* concluyó para sí, al borde de la resignación.

Basilio alzó los ojos empañados en busca del cielo.

*¿Cuánto hace qué marchamos juntos camaradas?, preguntó.*

*Cincuenta y tres años, respondió con voz cascada Hipólito.*

*¿Y cuánto hace que se nos fue Argentina?*

*Veintinueve años, respondieron al unísono Inocencio y Agapito.*

*¿Recuerdan cuando tocamos en la casa del Restaurador de las Leyes?*

*¿Cómo olvidarlo?, rememoró Agapito. Esa noche Argentina embrujó hasta los cimientos del caserón.*

*Manuela Robustiana la apuñaló con la mirada porque Terrero no le quitaba los ojos del escote, recordó Basilio.*

*Siempre dije que ese escote tan pronunciado le iba a acarrear alguna desgracia, dejó correr Hipólito en un tono que rozaba la ironía, y no me equivoqué, hay gripes que no perdonan.*

*Basilio los recorrió con la mirada.*

*Tengo que confesarles algo camaradas, y creo que este el momento, dijo con una sonrisa desteñida. Toda mi vida la pasé enamorado de Argentina, aún después de desaparecida.*

*Inocencio y Agapito soltaron la carcajada ronca.*

*Eso era conocido, de Alaska a Tierra del Fuego, dijo Hipólito y con el arco empujó el sombrero que le tapaba las cejas.*

*Pero siempre se encargó de desairarme sin que jamás perdiera la esperanza, afirmó Basilio con una triste sonrisa.*

*Tan bella como esquiva, acotó Agapito con la mirada clavada en el suelo. También yo soñé con sus labios prometedores de felicidad futura.*

*Impredecible, definió Hipólito, por eso la anulé de mis pensamientos.*

*Lo bello siempre es impredecible e inalcanzable, afirmó Inocencio.*

*Basta de nostalgia camaradas, dijo Basilio y aproximó a sus labios la*

boquilla de la flauta travesa, *toquemos de una vez que se nos va la vida.*

*¡En memoria de Argentina Forever!*, exclamó Agapito.

*Un momento camaradas, un momento*, interrumpió Inocencio. *¿Qué vamos a tocar?*

*¿Bach?*, arriesgó tentativamente Agapito asomando la cabeza sobre el clavijero del cello.

Basilio se rascó el mentón y alzó pensativamente la mirada.

*No...*, le respondió y se mordió el labio inferior, *algo más que... para esta ocasión... ¿entienden...?*

Inocencio apoyó el arco sobre el puente del violín y concentró la mirada en su mano izquierda.

*Mozart*, propuso con voz firme.

*Eso me gusta*, afirmó Agapito.

Hipólito tomó posición junto a Basilio y abrió las piernas para afirmarse mejor.

*¿Las bodas del Fígaro?*, sugirió.

Basilio meneó la cabeza.

*No, algo más...*

*Réquiem*, dijo Hipólito.

*No; que hoy sea Beethoven*, solicitó Basilio.

*¿La quinta?*, preguntó Inocencio.

*¡No!*, exclamó Agapito, *qué sea la novena.*

*¿Cuarto movimiento?*, preguntó Hipólito.

*¡Eso, eso!*, exclamó con alegría Basilio. *Toquemos camaradas, hasta que se apague el sol.*

## V

La yegüita relinchó sacudiendo las varas del carruaje. Avancé lentamente y me detuve frente a la playa que se abría entre los juncos de la orilla. Los rayos del sol cabalgaban sobre el leve ondular y los destellos irradiaban una luminosidad canonizante. Me quité los botines y caminé descalza sobre la arena. Tiré de la falda hacia arriba para que no se humedeciera el ruedo del vestido y mis pies besaron las cálidas aguas. Retrocedí unos pasos. El calor de la arena trepó por mis piernas y me invadió de cuerpo entero. Cerré los ojos y alcé el rostro en busca del sol. El rojo fuego en los párpados incendió mis sentidos. Desprendí los botones y el vestido se amontonó sobre la arena. Casi sin apoyar los talones entré a la laguna. El agua me abrazó en el vientre y me dejé flotar a la deriva. Mis cabellos se mecieron en el leve ondular que recorrió mi cuerpo y me acarició como miles de manos. El aire del desierto trajo la melodía que me envolvió en una atmósfera de ensueño.

*Oh... qué maravilla... susurré extasiada, Beethoven...*

El sol, en el ocaso, tiñó de rojo crepuscular la cabeza del Buey, el firmamento y la pradera toda.

*No puede ser..., resistí, esa música sólo puede estar en mi cabeza.*



## ÍNDICE

1	El viaje	9
2	El pueblo	20
3	La niña	29
4	El progreso	40
5	El maestro	52
6	El buen salvaje	59
7	La cabeza del buey	67
8	El gran día	89
9	Supremacía	97
10	La barbarie	108
11	El consorte	117
12	La riña	126
13	El baile	135
14	El deseo	145
15	El camposanto	151
16	La eterna voluntad	157
17	La infamia	168
18	La música	184

“¿y cuánta sangre más correrá todavía  
hasta que esto se pudra  
y dé mañana sol?”

JUAN GELMAN